

COLECCIÓN ROMÁNTICA

Delicatessen

Mentiras
legales



Yolanda
Revuelta

COLECCIÓN ROMÁNTICA

Delicatessen

Mentiras legales



Yolanda Revuelta

«Mentiras legales»

Copyright © 2019 Yolanda Revuelta
Diseño de portada: Migarumo
Maquetación: Valerie Miller
valeriemillerescribe@gmail.com

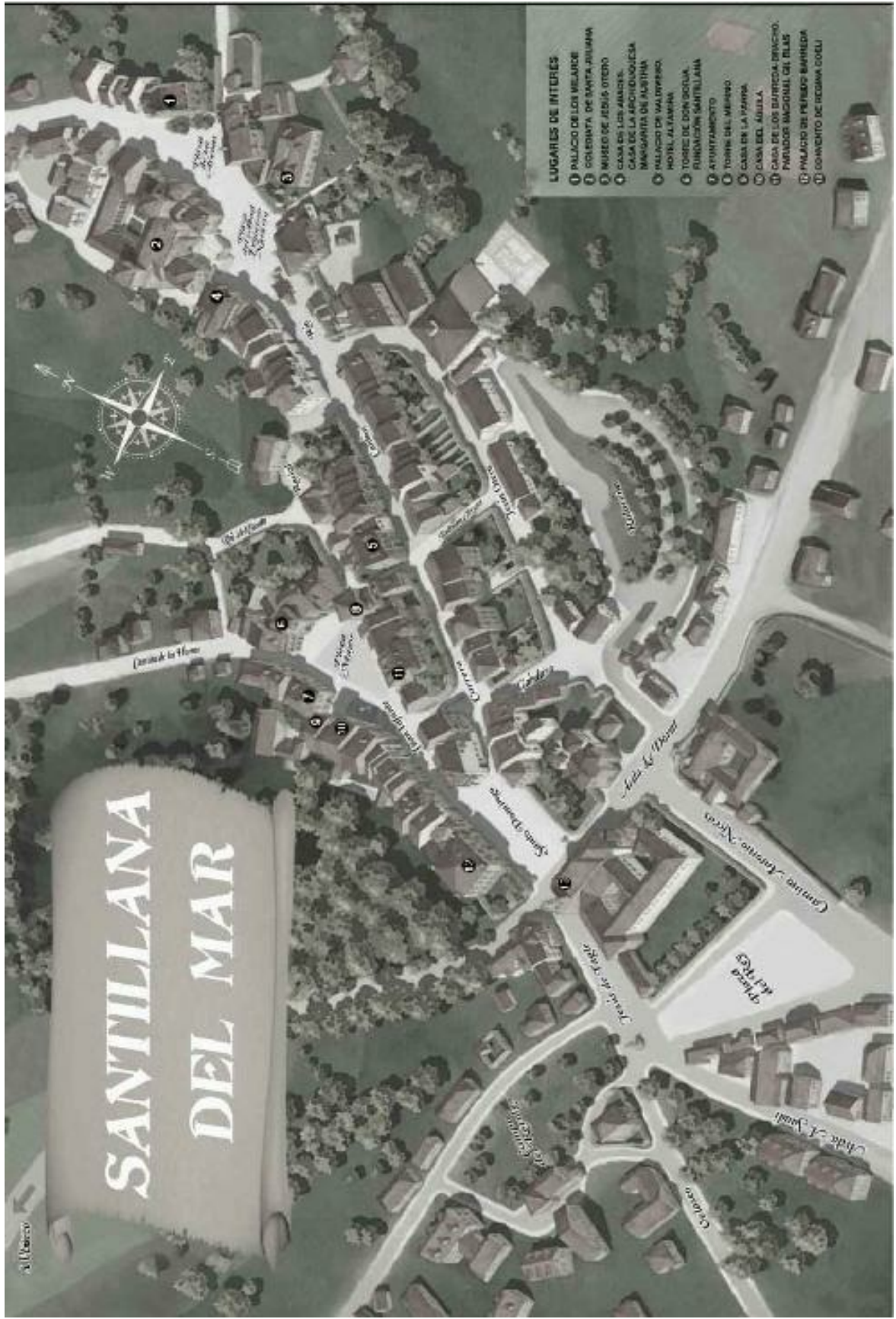
Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de los titulares del copyright.

All Rights reserved
Edición Marzo 2019

ISBN: 9781090111647
Independently published

*“Y es que, después del amigo íntimo,
el perfecto desconocido es el confidente ideal”.*

Aldous Huxley



LUGARES DE INTERÉS

- 1 PALACIO DE LOS MELARCE
- 2 COLEGIATA DE SANTA BRIGIDA
- 3 MUSEO DE JESUS OTENO
- 4 CASA DE LOS ANACHEL
- 5 CASA DE LA ARCHIDUCESA
- 6 MAGNATA DE ALUSTIÑA
- 7 PALACIO DE VALDEPERO
- 8 HOTEL ALZAMBA
- 9 TORRE DE DON SOLOA
- 10 FURQUISAN SANTILLANA
- 11 ATURRIMIENTO
- 12 TORRE DEL MELARCE
- 13 CASA DE LA PLAZA
- 14 CASA DEL ANACHEL
- 15 CASA DE LOS BARRIOSA-DINCHO
- 16 PALACIO NACIONAL DEL ILLEG
- 17 CONVENTO DE REGINA COEUV

**SANTILLANA
DEL MAR**

“ Todos los montañeses son austeros, beben normalmente agua, duermen en el suelo y dejan que el cabello les llegue muy abajo, como mujeres, pero luchan ciñéndose la frente con una banda...”

Párrafo III, 3, 7, referido a los pueblos del norte
Extracto de Estrabón



Dedicado a ti, mi diosa Cantabria.



CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

EPÍLOGO

NOTA DE LA AUTORA

Yolanda Revuelta

Otros títulos de la autora:

CAPÍTULO 1

Telma salió de su pequeña cabaña y se dirigió al acantilado, tal y como era su costumbre, cuando el sol se ponía en el horizonte. Le encantaban los colores rojizos y anaranjados que le regalaba cada día el atardecer. El frío viento del norte la recibió y ella, en respuesta, se envolvió en su chaqueta de lana gruesa. Observó el límite donde el cielo y el mar parecían unirse y advirtió en esa línea la curvatura de la Tierra. Esa visión siempre le maravillaba y no se cansaba de admirarla.

El mar Cantábrico no estaba en calma, como días anteriores. Sus olas arremetían de forma incesante contra las abruptas paredes del escarpado acantilado, ofreciendo al espectador una danza armoniosa, rítmica, incluso hipnótica.

Intentó distribuir su peso en ambas piernas, tal como le había indicado su fisioterapeuta, para evitar el punzante dolor que aún le producía su última lesión. La idea de no volver a subir a un escenario la estaba volviendo loca, pero no podía hacer al respecto. Amaba la danza, una de sus pasiones, hasta extremos insospechados, pero una grave rotura de fibras en el tendón de Aquiles había quebrado su vida profesional de forma radical y muy dolorosa. Tenía la impresión de vivir en el limbo, fuera de su entorno natural, en un mundo que no reconocía como el suyo.

Había decidido refugiarse en Ubiarco, quizá porque aquel pequeño pueblo costero de la provincia de Cantabria siempre la acogía con cariño y era, en muchas ocasiones, por no decir siempre, la respuesta a su dolor y a sus dudas. Adoraba la tierra en la que había nacido, donde sus padres, su hermana y sus antepasados habían vivido desde tiempos inmemorables. Con ese

pensamiento pululando por su mente, la brisa del mar volvió a reclamar su atención. Se retiró un mechón de pelo que el viento le había revuelto mientras su vista seguía fija en el mar.

Octubre había comenzado más frío de lo habitual y los turistas habían ido desapareciendo de forma paulatina —lo cual ella agradecía—, para dar paso a un otoño más silencioso y ajeno a las aglomeraciones. La pequeña playa de Santa Justa era una cala abierta al norte, de una belleza extraordinaria. A su derecha, al otro lado, encontró la ermita semiexcavada en la roca del acantilado. Parecía extraída de la historia para acoger el impresionante acantilado que se abría bajo su planta. De estilo semirrupestre, incrustada en la roca y con solo dos paredes de mampostería y una cubierta sencilla de teja, había desafiado a la inclemencia del mar y al paso del tiempo desde el Medievo. Elevó la mirada por encima del acantilado hasta toparse con las ruinas de la torre de San Telmo, una antigua atalaya medieval que sirvió antaño como punto de observación y como bastión y defensa contra los invasores. Precisamente a esa pequeña fortaleza le debía ella su nombre.

En aquel momento la cala se encontraba desierta y solo el graznido de las gaviotas junto a las olas rompían el silencio de la tarde otoñal. Cerró los ojos y respiró profundamente, hasta que el aire cargado de salitre llenó sus pulmones.

Hacía unas semanas que la cabaña y el entorno eran su mejor terapia. Intentaba, en ocasiones con más acierto y en otras con menos, instaurar una rutina. Ante todo, buscaba la forma de no desanimarse y encarar su presente y su futuro con valentía. Leer, dar paseos y escuchar música clásica la aislaban de una tristeza que amenazaba con destruirla.

La cabaña estaba situada en una zona que los pescadores solían frecuentar, por lo cual su soledad siempre se veía interrumpida por hombres del pueblo que iban y venían con una caña en la mano. No solían molestarla,

sencillamente dejaban oír sus pasos o sus conversaciones, si iban acompañados, pero poco más. En ese momento no vio a ningún pescador ni a nadie merodeando por la zona, ni tan siquiera había caña alguna a la vista que le indicase que pudiera haber otra presencia humana en los alrededores. Observó el cielo y supo que muy pronto llovería, así que lo mejor sería regresar a la cabaña, matar las horas con la ayuda de la lectura y escuchar a Chopin hasta que llegase la hora de la cena. Después se iría a la cama y soñaría que no existía ninguna lesión, que nada había cambiado y que se volvía a nutrir de los aplausos del público. Si algo había aprendido durante las últimas semanas era que mantener los ojos cerrados, soñar, era su única vía de escape.

Iba a darse la media vuelta cuando escuchó algo en la lejanía que le llamó poderosamente la atención: el ruido de un motor. En su campo de visión apareció una moto acuática que parecía volar sobre las olas a una velocidad vertiginosa. Entrecerró los ojos mientras cruzaba los brazos a la altura del pecho y se arrebujaba en su chaqueta de lana.

Tras la moto acuática, un yate. Telma habría jurado que deseaba dar alcance a la moto a todo trance. Tenía la impresión de que era una de estas locas carreras de testosterona donde nunca se evaluaban los daños colaterales. Se rio de su propia ocurrencia y de la sensación de incertidumbre que la embriagaba. Pero aun así había algo en la escena que no le permitía despegar los ojos de ella.

La moto fue de un lado para otro de una forma brusca y poco ocurrente. Aceleró, no cabía la más mínima duda que el hombre que maniobraba la moto controlaba la situación, pero al parecer no fue lo suficiente porque en ese mismo instante el yate acortó distancia. El hombre, que parecía indefenso, miró hacia atrás en varias ocasiones, como si quisiera comprobar en todo momento la posición de la embarcación. Segundos después todo pareció

transcurrir a cámara lenta, como si se tratase de una película de acción. El yate maniobró y embistió a la moto. El golpe fue brutal, tanto fue así que el piloto no tuvo ninguna oportunidad de escapar de la atroz colisión y saltó por los aires. La moto perdió el control, como si se tratase de una de esas escenas peligrosas tan ensayada por los actores; es más, buscó con ahínco la cámara de rodaje, como si pudiese así confirmar su teoría. Fue en ese momento cuando la moto estalló en mil pedazos sobre las olas. La explosión fue tremenda. Telma no pudo evitar un estremecimiento. Con sus manos se cubrió las mejillas y sintió que su corazón latía a mil por hora. Boqueó varias veces sorprendida, aturdida, como si todo lo que hubiera pasado hacía escasos cinco segundos no tuviera lógica alguna. Las manos se despegaron de su rostro para deslizarse por su cabello. Seguidamente ahogó un grito de horror en su garganta.

—¡Dios mío! —exclamó.

Bajó ambos brazos. Nerviosa, se ajustó la chaqueta al cuerpo, siguiendo la moto con la mirada vio como desaparecía y comenzaba a ser engullida por el mar. Intentó distinguir al piloto, pero no vio ningún cuerpo flotando, ni atisbo de él. El yate se había detenido y alguien, desde la cubierta, parecía observar a través de unos prismáticos el lugar donde había desaparecido la moto y el hombre.

No supo el tiempo que había transcurrido, no tenía ni idea de si llevaba cinco o quince minutos. Allí, de pie, observando una escena irreal. Uno de los hombres que iban a bordo del yate hizo algo que a Telma le desconcertó y le alarmó al mismo tiempo. Apuntó con un arma y comenzó a disparar contra las olas como si la vida le fuera en ello. El mar, como si supiera que estaba siendo atacado, respondió a la agresión formando varias olas inmensas que embistieron e hicieron balancearse al yate de una forma exagerada.

Se quedó fría. Intentó darle alguna coherencia a lo ocurrido; sin embargo, por más que buscó una razón a lo que estaba ocurriendo, no lo logró. Sus pies estaban pegados al suelo, el miedo y la situación la desbordaban. Decidió que era necesario hacer algo, que era el momento idóneo para ponerse en contacto con la Guardia Civil y contarles lo sucedido. Iba a hacerlo cuando el motor del yate rugió de nuevo. El ruido hizo que se sobrepusiese y que no moviese ni un solo músculo. Se puso en marcha y desapareció de su vista, dejando atrás las ruinas de la torre y los acantilados.

Telma ahogó un suspiro. Si no fuera por el humo negro que aún se dilucidaba en el mar, hubiese pensado que todo había sido fruto de su imaginación.

Con los nervios a flor de piel se giró. Lo que más deseaba en el mundo era refugiarse en la cabaña, pero antes tendría que hacer una llamada y contar lo sucedido, porque estaba segura de que el piloto no había sobrevivido al impacto.

Entonces, cierto movimiento en el mar captó su atención. Se envolvió de nuevo en sus brazos y esperó con ansía unos segundos. Primero vio asomar un brazo entre las olas y luego otro en movimiento.

Abrió la boca, pero no pudo emitir sonido alguno.

El hombre estaba vivo.

Lo vio bracear durante unos segundos, luego hundirse y salir a flote de nuevo. Las olas lo cubrían de nuevo y la cabeza volvía a desaparecer.

Telma tuvo que tragar saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta. Estaba claro que aquella persona estaba malherida.

Se olvidó de pedir ayuda, no había tiempo para ello, si quería que el hombre sobreviviese.

No fue consciente de la decisión que había tomado hasta que se desprendió de la chaqueta y las zapatillas deportivas. Optó por quedarse con

las mallas y la camiseta de algodón, al menos la aislarían algo del frío una vez que entrase en contacto con el agua.

¡Por el amor de Dios, era una locura! Pero no podía dejar morir a un hombre ante sus ojos. Buscó un pequeño escarpado que solían utilizar los pescadores para llegar al mar. El terreno, un desnivel considerable, estaba cubierto de rocas húmedas y resbaladizas, pero aun así reunió el valor necesario. Se agarró con fuerza a la maleza, puso un pie detrás del otro y comenzó, no sin esfuerzo, el descenso. Cuando quiso percatarse de la locura que estaba a punto de cometer encontró un pequeño saliente donde justo entraban sus pies. Las olas sacudieron sus piernas con tal fuerza que por un momento creyó que iba a perder el equilibrio. Como se imaginaba, el agua estaba helada, lo que hizo que sus músculos se tensaran más. Miró hacia el horizonte y para su pesar no encontró rastro alguno del hombre. La desazón, el frío y el miedo comenzaron a hacer mella en ella. La idea de regresar a la cabaña le pareció maravillosa y más segura que nunca.

Antes de rendirse, observó de nuevo más allá de las olas. El mar, como si supiera de su desesperación, pareció darle algo de tregua. De pronto percibió un brazo que se movía débilmente hacia adelante, luego otro que no conseguía terminar la brazada. Al cabo de unos pocos segundos surgió la cabeza. El hombre luchaba por mantenerse a flote, aun así, no lo iba a conseguir. Todo el cuerpo de Telma se tensó y no pudo hacer nada por hacer desaparecer la punzada de dolor que le atravesó el gemelo.

El hombre se hundió de nuevo y le perdió de vista durante unos segundos eternos. Supo que no tendría más oportunidades, así que, sin considerar siquiera las posibilidades de éxito, se lanzó al mar.

El agua fría la atenazó de inmediato y las olas desde un principio decidieron no ser sus aliadas, pero aun así nadó resuelta abriéndose paso a través de ellas. Perdió de vista al hombre una vez más, sumergió la cabeza,

pero no vio nada. El agua estaba muy turbia. Volvió a la superficie y respiró una bocanada de aire con la única idea de sumergirse de nuevo, pero no fue necesario. Él parecía no querer rendirse porque salió de nuevo a flote. Cuando Telma le alcanzó supo que estaba muy débil y malherido. Lo agarró de la cabeza y lo giró. Le pasó, con cuidado de no producirle ningún daño más, un brazo por el cuello y tiró con fuerza hasta tenerlo pegado a su cuerpo. Era un hombre alto y casi podía asegurar que el traje de neopreno escondía unos músculos bien tonificados. Parte del rostro lo tenía cubierto de sangre, quizá ese había sido el resultado del encuentro inesperado con una roca. Cuando lo agarró, él protestó y emitió un sonido que Telma no supo descifrar, pero era un hombre inteligente porque no hizo nada que dificultara el braceo de Telma hacia la costa. Las olas les empujaban hacia el fondo, el mar estaba más que decidido a engullirlos. Ella tuvo que agitar con fuerza las piernas para mantenerse a flote. El dolor en el gemelo se hizo más acusado. Respiró hondo e intentó por todos los medios ignorarlo. Ahora estaban en juego dos vidas, así que lo mejor era que tomase decisiones certeras.

Abrió la boca y tomó una profunda bocanada de aire cuando llegó a la zona escarpada por donde había decidido descender. Tenía el cuerpo entumecido por el frío. Telma tiró del hombre hasta que logró sacarlo por completo del agua y acomodó su cuerpo, no sin esfuerzo, sobre las rocas. El corazón le iba a mil por hora y creyó que le iba a saltar en mil pedazos en el pecho.

Sonrió al pensar que las clases de natación que había dado contra su voluntad y por orden tajante de su padre cuando tenía quince años por fin habían servido para algo más que para protestar y poner resistencia a una decisión paterna.

Varias olas les cubrieron de nuevo. Telma agarró con fuerza el cuerpo del hombre para que no se lo llevara de nuevo el mar.

—¡Ahora es mío! ¡Tú has perdido! —vociferó a la nada con la respiración entrecortada.

Apoyó la mano en el pecho del hombre y percibió sus latidos de forma clara, su corazón se movía al ritmo de su respiración. La primera impresión era que estaba vivo y fuera de peligro.

Hizo acopio de fuerzas y tiró de nuevo de él. Era un peso muerto y no tenía ni idea de cómo iba a subir la pendiente que se abría ante ellos.

—Vamos, tienes que ayudarme.

Le colocó de costado sobre las rocas.

El hombre pareció despertar de su letargo porque, en ese mismo instante, abrió los ojos. Tosió con fuerza hasta vomitar una bocanada de agua salada. Telma consiguió mantenerlo de lado. El hombre se dobló en dos y tosió con más ahínco. Cuando la tos fue desapareciendo, ella lo apoyó de espaldas sobre las rocas. Se estaba quedando helada, comenzó a temblar. El movimiento involuntario de su mandíbula hizo que sus dientes castañearan a una velocidad vertiginosa. Todos sus músculos estaban entumecidos por el frío y eso no era buena señal.

Telma se fijó en su mirada. Las pupilas estaban dilatadas y eso podía ser a causa de una conmoción cerebral. La sangre que brotaba de su cuero cabelludo le indicaba que podía haberse dado un golpe importante en la cabeza.

—Necesito que me ayudes. ¿Comprendes?

El hombre no respondió, se limitó a cerrar de nuevo los ojos.

—Estupendo —dijo con ironía—. Yo te salvo la vida y tú me ignoras.

El pecho le subía y le bajaba de forma regular y Telma supo que estaba fuera de peligro.

Él soltó una especie de gruñido y pronunció unas palabras que Telma no supo descifrar. Se acercó y colocó la oreja cerca de sus labios.

—No llames a la policía.

Telma sintió un escalofrío que le recorrió la columna vertebral, quizá porque aquel acento le desconcertó. Estaba claro que no era español. Sopesó aquellas palabras. Tomaría una decisión una vez que estuviesen en la cabaña, eso si conseguían llegar.

—De acuerdo, nada de policías.

Le pareció verle asentir, incluso creyó ver un atisbo de sonrisa en sus labios.

—Pero ahora tienes que ayudarme —Colocó los brazos bajo las axilas de él y tiró con fuerza, pero no consiguió moverle un palmo del suelo—. Escucha —imploró—, si no me ayudas, moriremos aquí los dos, congelados.

La advertencia debió dar resultado, porque él abrió los ojos de nuevo y por primera vez la observó, aunque su imagen estuviese enturbiada. Era una mujer hermosa que lo miraba con el ceño fruncido. A pesar de que le dolía todo el cuerpo, él hizo un esfuerzo titánico y consiguió incorporarse con ayuda de ella.

Telma sonrió y él creyó devolverle la sonrisa.

—De acuerdo, vamos allá. Estoy segura de que juntos podremos lograrlo.

CAPÍTULO 2

Quitarle el traje de neopreno había sido una tarea ardua, pero al final lo había conseguido. La desnudez de él no le impactó, quizá porque ya se había hecho una idea de que era un hombre con músculos tonificados y bien definidos. Como sospechaba su cabeza debía haber impactado con una roca, porque la brecha que se le había abierto en la frente era considerable. Podía haber muerto si el golpe se hubiese producido cinco centímetros más abajo. Solo pensarlo le produjo un escalofrío. En el costado izquierdo se estaba formando un hematoma vasto que no tenía buen aspecto, su color púrpura llamaba mucho la atención. Rogó porque no tuviese ninguna fractura en las costillas. La idea de que pudiera padecer una perforación en el pulmón podía resultar fatal y no le quedaría otra opción que llamar a urgencias y dejarlo al cuidado de profesionales.

Paseó su mirada hasta llegar al muslo izquierdo. Allí también tenía un corte feo. Muy cerca de la herida había una cicatriz antigua que no pasó desapercibida para Telma. Lo mejor era no hacerse más preguntas, porque sabía que no iba a encontrar las respuestas que buscaba. Había lavado y desinfectado lo mejor posible todas las magulladuras y los cortes. Había limpiado la sangre reseca pegada a la piel y había cosido las heridas aprovechando que había caído de nuevo en la inconsciencia. Tres años en la Facultad de Enfermería debían servir para algo más que para perder tiempo y dinero.

Ahora él dormía profundamente. Lo arropó con sábanas blancas, de algodón, y un par de mantas. Su respiración era constante y profunda, lo que le

indicaba que posiblemente no hubiese daños internos severos, pero no podía estar del todo segura. Decidió que lo mejor sería salir de la habitación. Apoyó el hombro en el marco de la puerta y lo observó con detenimiento y con una curiosidad desmedida.

—¿Quién eres? —preguntó más para sí misma que para su interlocutor.

Era un hombre atractivo. Tenía el pelo oscuro y poblado, piel bronceada y nariz romana. El tiempo que había mantenido los ojos abiertos, no estaba del todo segura, pero podía casi confirmar que eran grises, de mirada penetrante. Seguramente rozaría el metro ochenta, aunque tumbado en la cama parecía ser más alto. Su complexión atlética no pasaba desapercibida. Sin duda era un hombre que entrenaba con frecuencia sus músculos. Telma no pudo evitar compararlo con un semidiós y esbozar una sonrisa. Se despegó del marco de la puerta y decidió que era buen momento para encender la chimenea, la temperatura había disminuido considerablemente fuera de la cabaña. Después de una ducha caliente y ponerse ropa seca y cómoda se podía decir que se sentía algo más animada, aunque la verdad es que no estaba del todo segura. Descartó de inmediato ponerse el pijama, el hecho de estar vestida con unos *leggings* oscuros, una camisola amplia y una de sus chaquetas de lana le hacía sentirse más protegida ante el desconocido. Había hervido agua y había vaciado todo el armario donde guardaba su arsenal de primeros auxilios para curar las heridas al hombre. Más tarde había limpiado y había desinfectado todo el material que había utilizado y, por último, había frotado con ahínco los suelos y las superficies que había tocado para eliminar cualquier rastro de sangre y de suciedad. La higiene era fundamental siempre, pero en estos casos era imprescindible para evitar infecciones.

En su cama, situada en la única habitación que había en la cabaña, dormía un hombre que no tenía ni idea quién era y eso le provocaba cierto nerviosismo.

Se dirigió a la chimenea. Apoyó una rodilla en el suelo y seguidamente arrugó papel de periódico con las manos. A continuación colocó la leña en capas, entrecruzadas. Aproximó una cerilla al papel y en ese mismo instante una pequeña llama prendió y se avivó.

Podía ser un asesino, un terrorista o alguien relacionado con el tráfico de drogas. Podría ser cualquiera y ella podría estar en serio peligro. Lo más sensato sería llamar a la policía y dar el aviso de que había encontrado a un hombre indocumentado en la playa. Nadie le reprocharía que lo hubiese sacado del mar y lo hubiese atendido. Se incorporó con una sensación de congoja y, veloz, corrió en busca de su móvil.

«Todo esto es una locura», pensó mientras se debatía entre hacer lo que se le pediría a cualquier ciudadana con dos dedos de frente o seguir su instinto.

Miró la pantalla de su teléfono varios segundos. No tenía ni idea de por qué no llamaba de una vez por todas a la policía y les contaba lo sucedido. Había algo en toda aquella historia que no cuadraba y ella necesitaba atar todos los cabos para evitar cualquier tipo de error.

El hombre que estaba postrado en su cama y ahora dormía profundamente había sido embestido por un yate. ¿Qué sentido tenía todo aquello? Ninguno, se respondió ella misma. Todo aquello era una locura.

«No llames a la policía», le había dicho él con un acento que a ella le resultó impactante. La indecisión la estaba matando.

Dejó el teléfono de nuevo en la mesa de la cocina y decidió que no daría el aviso. Algo le decía que esperase, que confiase en él. Debía estar loca de atar por pensar así. En ese instante su estómago protestó. Supuso que era porque llevaba varias horas sin probar bocado. Había estado tan pendiente de su inesperado invitado que se había olvidado de sí misma. Abrió uno de los armarios y optó por comida rápida y no muy saludable, porque cocinar en ese

momento no entraba dentro de sus planes. Calentó sopa instantánea y cenó distraída con el pensamiento puesto en todo momento en el hombre que yacía en su cama. Todas las teorías que se le pasaban por la cabeza le parecían poco acertadas, aunque unas más inverosímiles que otras.

Supuso que, si ella tenía hambre, él no sería menos. Sin perder tiempo calentó agua y lo vertió en un nuevo envase. En un par de minutos, la sopa ya estaba preparada. Se dirigió al dormitorio con la esperanza de que el hombre en cuestión tomase al menos un par de cucharadas para entonar el estómago y aumentar así su propio calor corporal.

Esperó un tiempo prudente a que la sopa se enfriara, sopló y comprobó la temperatura antes de llevarle la cuchara a la boca. Se sentó al borde de la cama y observó con determinación aquel rostro que ya le comenzaba a ser familiar. Con la yema de los dedos acarició su piel y le apartó el pelo de la frente, con cuidado de no hacerle daño en la herida. Él no se inmutó ni movió un solo dedo. Bajó la mano y acarició con suavidad el hematoma que se le estaba formando alrededor del ojo a causa del golpe. Debía dolerle horrores, pero aun así no dio muestras de ello.

Había algo en él que le daba confianza, aunque no supiera qué.

Podía tratarse de un error mayúsculo, lo sabía de antemano; aun así decidió no llamar a la policía, al menos de momento.

El hombre, que seguía inconsciente, no movió ni un solo músculo bajo su escrutinio. Sabía que seguía con vida porque su pecho ascendía y descendía con regularidad, nada más.

Subir por una pendiente de rocas húmedas había sido todo un desafío, pero lo habían logrado juntos, a pesar de que habían tardado más de lo previsto por el estado de agotamiento físico que padecía él. Telma estaba segura de que no lo habrían conseguido si no hubiese sido por la resistencia y la complexión atlética de él. Al llegar a la cabaña, el hombre había consumido

las escasas fuerzas que parecía haber sacado de la nada y se había desmayado de nuevo. Llevarle hasta la cama había sido toda una odisea. Le colocó las manos bajo las axilas y lo arrastró por el suelo, con cuidado de no hacerle más daño. El movimiento debió causar el efecto contrario, porque el hombre protestó y durante unos segundos recobró la consciencia, tiempo suficiente para que colaborara y poder subirle a la cama. Después de una actividad que a ella le pareció frenética, no había vuelto a abrir los ojos. Sin duda el enorme esfuerzo le había pasado factura.

Pensó que era un buen momento para que tomase algo caliente, así que le colocó otra almohada bajo la cabeza para incorporarle. Cargó la cuchara de sopa y la llevó hasta su boca.

—Vamos, necesitas comer algo.

Como era de esperar, no hubo respuesta alguna.

Lo intentó de nuevo, pero sin resultado. Resignada, dejó el envase de la sopa en la mesilla. Machacó con ayuda de un par de cucharas, dos ibuprofenos, los disolvió en una cucharilla con agua. Con una mano entreabrió los labios y con la otra le introdujo la cucharilla en la boca.

—Con esto te dolerá menos la cabeza. Ayúdame, por favor. Traga —le ordenó suavemente en voz baja.

La cabeza del hombre estaba apoyada en un gran almohadón de plumas. Para sorpresa de Telma tragó la medicación. Aquello era una buena señal.

—Eso está mejor. Llevarme la contraria no sería bueno para ninguno de los dos.

Telma se rio de su propia advertencia. Acarició el pelo sedoso y oscuro del hombre antes de arroparlo de nuevo.

De momento no había señal alguna de fiebre y eso era algo positivo, porque era un buen indicador de que no había infección.

—Descansa. Espero poder hablar contigo mañana.

Salió de la habitación sin poder evitar echar un último vistazo. Parecía tan indefenso que sintió lástima por él. En la cabaña no había televisión, se había negado a comprar una y nunca se había arrepentido hasta esa noche. Se sentó en una silla mecedora que había pertenecido a su abuela y que ella había rescatado tras la venta de la casa de sus padres. La silla estaba situada cerca de la chimenea. El asiento y el respaldo eran de rejilla tensada y el resto era de madera maciza de haya. Tenía algunos arañazos repartidos por su estructura, pero eso le daba también cierta personalidad. Era ahí donde ella escuchaba música clásica y leía hasta que el tiempo se diluía. Encendió una pequeña radio y rastreó una emisora cualquiera en busca de las últimas noticias. Luego con ayuda de su móvil indagó por internet.

Tras dos horas de búsqueda llegó a la conclusión de que el hombre que dormía en su cama no era de interés para los medios de comunicación y al parecer nadie le echaba de menos.

Nada parecía tener sentido.

Estaba más cansada de lo que se imaginaba. Observó el fuego y se quedó mirando fijamente a las llamas.

«¿Qué estoy haciendo? —se preguntó con voz tenue—. Esto es una locura, Telma, y lo sabes».

El crepitar de un tronco fue la única respuesta. Soltó un suspiro, y a continuación, con movimientos pesarosos y lentos, estiró la suave manta gris de imitación a piel que le había regalado su amiga Marina y que en ese momento ya cubría sus piernas.

Se preguntó cuál sería la reacción de su amiga al ver a un hombre desnudo e inconsciente en su cama, pero no llegó a obtener ninguna respuesta porque sus ojos, sin poder evitarlo, se cerraron mientras un sopor dulce y complaciente la llevó directamente a los brazos de Morfeo.

CAPÍTULO 3

Se despertó sobresaltada y con un dolor punzante en la espalda que le hizo llevarse la mano a ese punto en concreto. La mecedora acusó su vaivén y ella tuvo que realizar un verdadero acto de fe para no gritar. Tardó unos segundos en conectar con la realidad y ser consciente de que todo lo acontecido el día anterior no formaba parte de ninguna pesadilla. Tiró la manta al suelo y corrió a la habitación.

Cuando llegó a la puerta descubrió que no había sido un mal sueño. Quiso asegurarse de la hora y sacó su móvil del bolsillo de su chaqueta. Comprobó que eran las cinco y media de la mañana y lo volvió a guardar. No pudo evitar que todo el aire contenido hasta ese momento en sus pulmones saliera al exterior. Él seguía allí, dormido profundamente y con la respiración regular y pausada. Se acercó despacio a la cama; él no movió ni un dedo. Ella no supo si sentirse aliviada o decepcionada. Colocó una mano en su frente y se percató de que no tenía fiebre. Era una buena señal. Fue al baño y cogió una de las toallas que guardaba en un pequeño armario bajo el lavabo, abrió el grifo y la humedeció con agua templada. Regresó a la habitación y se la pasó por los labios, los pómulos, los hombros y luego el pecho con una delicadeza extrema, como si se tratase de un ritual ya adquirido. Era un hombre poderoso, incluso dormido. Dobló la sábana y las mantas hasta las caderas y repitió los mismos movimientos por el abdomen, plano y fuerte, con cuidado de no hacerle daño. El hematoma había crecido en el transcurso de la noche y tenía un aspecto sobrecogedor. Con su dedo índice siguió la línea fina y sedosa que se perdía entre las sábanas. Sin duda era uno de los hombres más atractivos

que había conocido en su vida; ni tan siquiera Víctor se le podía comparar. Pensar en Víctor siempre le hacía daño e intentó por todos los medios sacarlo de su mente. No era el momento de pensar en un amor doloroso y no correspondido.

Respiró profundamente y estudió el rostro del desconocido: mandíbula fuerte y pómulos marcados; nariz recta y algo prominente; labios voluminosos, que ella acarició con el pulgar y que invitaban a ser besados. Ese pensamiento hizo que apartara rápidamente el dedo de la boca de él.

Estaba rozando la locura, eso debía ser. Todo aquello no tenía ninguna coherencia. Sin poder evitarlo, tomó una de sus enormes y masculinas manos entre las suyas y observó con atención aquellos dedos largos y uñas cuadradas. El corazón se le aceleró y se le cortó la respiración en la garganta.

¿Qué estaba haciendo?

De pronto, él murmuró palabras inconexas. Telma se sobresaltó y no pudo evitar prestar atención a lo que decía. Sus párpados seguían relajados y cerrados, sus labios se movían despacio y su ceño se fruncía levemente, como si pronunciar aquellas palabras fuese un esfuerzo casi sobrehumano. Él cerró, de forma instintiva, sus dedos alrededor de la mano de ella con una fuerza que a Telma le sorprendió. Más que el contacto entre ellos fueron aquellos murmullos lo que hizo que se pusiera en alerta.

Primero susurró algo que a ella le sonaba a francés, luego a inglés. Reconoció el idioma, pero no pudo enlazar las palabras con coherencia y darle forma a la frase en cuestión. Por último, Telma creyó que lo que mascullaba en un tono aún más bajo que las dos veces anteriores podría ser ruso, pero no podía estar del todo segura. Al cabo de unos segundos, el silencio se hizo otra vez entre ellos. El desconocido dejó de murmurar. Sus párpados se relajaron aún más, sus dedos se aflojaron y dejó caer la mano de nuevo sobre el colchón.

El corazón de Telma volvió a palparle con fuerza. Sintió que los músculos se le relajaban lentamente sin poder apartar la mirada del desconocido que descansaba en su cama. Por algún motivo que aún no podía concretar, supo que había tomado la decisión correcta.

—Estás loca. Definitivamente has perdido el juicio —murmuró Marina agitando la mano en el aire, como si quisiera dar más énfasis a sus palabras—. No conoces a ese tío de nada, ¿y le metes en tu casa? —preguntó alarmada—. En tu cama —puntualizó a la vez que intentaba moderar la voz para que el desconocido no se despertase.

Marina no se lo podía creer. Todo aquello parecía sacado de una película de James Bond. Debía reconocer que el hombre era atractivo, había algo en él que le llamaba la atención, incluso que daba cierta confianza, pero eso no era motivo para que Telma le hubiese abierto la puerta de su casa de par en par.

Ni por un momento imaginó lo que Telma se traía entre manos cuando el móvil la despertó aquel sábado a las seis y media de la mañana. Si lo hubiera sabido, habría apagado el teléfono la noche anterior y se hubiese desconectado del mundo. Se habría ahorrado muchos problemas.

Telma sabía que Marina llevaba toda la razón. No había nada que discutir ni nada que pudiera utilizar en su defensa. Apretó los labios, se sentó y apostó los codos en la mesa de la cocina. Se cubrió los ojos con las manos y deseó fervientemente que desaparecieran de un plumazo las últimas veinticuatro horas.

—Puede ser un terrorista. ¿Lo has pensado? —inquirió en un tono hosco—. O un traficante de drogas.

Los brazos de Telma se posaron sobre la mesa y se le dibujó un rictus amargo en la boca. Había llamado a Marina, amiga desde la infancia, porque necesitaba contarle a alguien lo ocurrido. Después de todo, no había sido una idea tan buena.

—Habla cuatro idiomas —explicó Telma, como si se tratase de un argumento de peso.

—¿Y qué? —protestó Marina—. ¿Ahora me vas a decir que los terroristas o los traficantes de drogas no hablan más de un idioma?

A Telma se le acababan las excusas. Marina le cerraba todas las puertas con un razonamiento aplastante.

—Cuéntame de nuevo cómo lo encontraste.

Telma se armó de paciencia y se vio a sí misma en lo alto del acantilado observando el horizonte. Verbalizó en voz alta cada una de las escenas que habían quedado grabadas en su cerebro y que dudaba que alguna vez se borrasen.

—¿Te das cuenta de que un yate le embistió a propósito?

Telma, nerviosa, se levantó de su silla y comenzó a caminar desde la mesa de la cocina a una de las paredes. No había más de diez pasos y ahora mismo eso la desquiciaba. Habían decidido, por mutuo acuerdo, que lo mejor era salir de la habitación para no molestar al enfermo.

—Sí, soy consciente.

—No fue un accidente. Alguien quiere a este tipo muerto.

Telma se pasó la mano por el pelo con una frustración evidente.

—Es lo que intento decirte desde hace una hora. Quizá deba protegerlo —Se humedeció los labios y tomó una bocanada de aire—. Tú me hablas constantemente del destino. Quizá nuestro encuentro estuviese escrito.

Marina, resignada, miró al techo.

—Permíteme decirte que esto no es obra del destino, sino de la mala

suerte.

Telma jugó su última baza. Si no lo conseguía, estaba segura de que Marina llamaría a la policía. Desde luego, no se lo podía reprochar.

—Te he llamado porque necesito apoyo moral.

Marina la miró como si le hubiese dicho la idiotez más grande del mundo.

—¿Apoyo moral? ¿Apoyo moral? —repitió en un tono cortante—. En tu cama hay un tío al que no conoces de nada —señaló con virulencia hacia la puerta con el dedo índice—. Está herido, inconsciente y puede ser peligroso, y tú me llamas porque dices necesitar apoyo moral...

Telma se envolvió en su chaqueta de lana. Era todavía muy temprano, las ocho menos cuarto de la mañana para ser exactos. Aún no había amanecido y Telma anheló un poco de luz para dejar atrás de una vez por todas esa fatídica noche.

—De acuerdo —admitió, estoy loca de atar. ¿Contenta?

—Al menos lo reconoces —alegó su amiga con determinación.

—¿Quieres más café?

—Necesito litros de café para poder asimilar todo esto —dijo Marina con la mirada perdida en una de las paredes de la cocina.

Telma cargó la cafetera y la puso de nuevo al fuego. Observó cómo la larga y sedosa melena azabache de Marina se deslizaba por su espalda cuando se giró, como si quisiera asegurarse que solo ellas dos se encontraban en la cocina. Veinte años de amistad daban mucho juego y Marina tenía todo el derecho a reprocharle su conducta. Aunque en el fondo sabía que era perro ladrador, pero poco mordedor.

Habían pasado por mucho y los cinco años que ella había estado en Madrid dándolo todo por su pasión, la danza, no había hecho mella en la amistad. El hilo invisible que unía el afecto de dos amigas no se rompía tan

fácilmente, quizás esa fuera la verdadera razón por lo que había decidido llamar a Marina y contarle lo sucedido. Confiaba en ella plenamente. Marina solía ser una mujer coherente y práctica, ella solía llevarse más por el corazón y la empatía. En muchas ocasiones había llegado a la misma conclusión, eran complementarias y eso les permitía ver las diferentes versiones de una misma realidad.

—Bien, ¿qué vas a hacer? —quiso saber Marina.

—Esperaré a que se despierte —respondió Telma sin pensar.

Marina abrió mucho los ojos y luego boqueó como un pez fuera del agua.

—No has escuchado una sola palabra de lo que te he dicho.

—Primero quiero saber quién es.

Marina logró controlar su irritación a duras penas.

—La policía te dirá quién es.

—Me pidió que no llamara a la policía.

Su amiga se llevó las manos a la cabeza y luego las dejó caer a la altura de las caderas.

—Voy a dar por hecho que te ha abducido una nave espacial anoche y que te han robado tus facultades psíquicas.

Telma ignoró de forma deliberada la pulla. Retiró la cafetera del fuego y vertió el café en las respectivas tazas.

—Marina, por favor...

—Pero ¿no lo ves? —la interrumpió su amiga—. Puede ser un hombre peligroso.

—Eso me lo has repetido hasta la saciedad.

—Te lo repito una y otra vez porque me da la impresión de que no te entra en esa dura mollera que tienes —La miró con expresión de reproche antes de continuar—. Necesito que entres en razón y que llames a la policía,

ya mismo.

—Veinticuatro horas más —le sugirió—. Si no despierta en ese tiempo o veo algo que no me convenza del todo, llamaré a la policía yo misma.

—¿Y cómo vas a explicar que lleva en tu casa veinticuatro horas?

Telma hundió un poco los hombros y exhaló un suspiro.

—Les diré que le he encontrado en ese momento.

Marina entrecerró los ojos.

—Tú piensas que la policía es tonta, ¿verdad?

—Marina, por favor...

Su amiga soltó una imprecación digna de un camionero. Se atusó la larga melena con los dedos y los ojos negros le brillaron con autodeterminación mientras la observaba detenidamente.

—Juramos apoyarnos la una a la otra, tomásemos la decisión que tomásemos. Fuera buena o mala —alegó Telma, a sabiendas de que estaba a punto de perder la batalla.

—¡Por el amor de Dios, Telma! Teníamos ocho años cuando hicimos ese juramento. Han pasado veinte años y ha llovido más de lo que quisiéramos —dijo Marina, que sabía que, después de todo, apoyaría a su amiga. Un juramento era un juramento y poco más se podía decir al respecto. Si algo le había enseñado su madre a lo largo de los años era a no renegar de sus compromisos.

—Tú nunca romperías tu palabra —empezó a decir Telma.

—Es cierto, y juegas con ello.

Por primera vez después de muchas horas, Telma sonrió.

—Eres la mejor amiga del mundo.

Marina pasó por alto las palabras de Telma. Estaba claro que esto era el comienzo de una locura que no tenía ni idea de cómo iba a terminar.

—Además de mi silencio, ¿qué necesitas?

—Ropa.

—Supongo que para él.

No era una pregunta. Telma lo supo de inmediato por el tono empleado por su amiga.

—Así es. No quiero dejarle solo.

Marina comprendía la inquietud de Telma, pero no por ello pudo dejar escapar una exclamación de sorpresa al oír aquello.

—Había pensado en tu hermano...

—Ni lo sueñes. No voy a abrir el armario de mi hermano ni por todo el oro del mundo.

—Está bien —cedió Telma—, ve a un centro comercial y compra lo necesario.

—¿Lo necesario? —preguntó Marina llevándose la taza de café a los labios. Por nada del mundo renunciaría a un café recién hecho.

—Ya sabes...—improvisó Telma—. Ropa interior, calcetines, pantalones de algodón, camisetas y zapatillas deportivas. Ah, y no olvides algo de abrigo.

Marina dejó la taza sobre la mesa.

—¿También va a salir a pasear?

—Por favor, Marina, deja la ironía aparte —le suplicó Telma.

—Bien. Supongo que no tengo otra opción.

—Otra cosa más —sugirió Telma—. Paga en efectivo. Voy a buscar dinero.

Telma salió de la cocina.

—¿Por qué no quieres que pague con tarjeta de crédito? —preguntó Marina levantando el tono de voz para dejarse oír en la distancia.

—Lo mejor es no dejar ningún rastro —dijo Telma volviendo a su lado.

—Solo quiero asegurarme de que las cosas salgan bien —Telma extendió dos billetes de cincuenta euros a su amiga—. Puedes gastarlo todo.

—No te sobra el dinero.

Era cierto. Sus ahorros menguaban a una velocidad alarmante. Hacía cinco años que su hermana y ella habían vendido la casa de sus padres para seguir con sus vidas fuera de Cantabria. Clara había empleado su parte de la herencia en crear una familia en Bélgica y ella en sus estudios de baile clásico, en Madrid. Ahora que no tenía ingresos y que todos sus sueños se habían desmoronado como un castillo de naipes, vivía de sus escasos ahorros.

—Algo me dice que debo hacerlo.

Marina negó con la cabeza y se resignó a la evidencia. Telma lo haría con o sin ella, la conocía demasiado bien. Habían salido de muchos embrollos juntas y la culpabilidad compartida era menos acusante y se llevaba mejor.

Telma necesitaba de todo su apoyo ahora que estaba tocando fondo y no la dejaría en la estacada por nada en el mundo.

Como su madre solía decir: «Si no eres parte de la solución, eres parte del problema».

—Está bien —Marina aceptó el dinero—. En el fondo será divertido ir de compras.

Telma soltó un suspiro, al mismo tiempo que sintió la necesidad de acercarse y abrazar a su amiga.

Marina, calculando el siguiente movimiento de Telma, levantó un dedo en señal de advertencia.

Telma se paró en seco y la observó resignada. Lo siguiente que dijo fue:

—Eres la mejor profesora de Infantil que conozco.

—Así está mejor.

CAPÍTULO 4

Eric intentó mover las piernas, pero un dolor punzante lo detuvo en el acto y le cortó la respiración. Tenía la impresión de que la izquierda le pesaba diez veces más que la derecha y que se encontraba semirrígida, lo que dificultaba cada uno de sus movimientos. Los músculos se resintieron y no se doblegaron a su voluntad, y eso le enfureció más que asustarle. Soportó el dolor un tiempo indefinido e intentó por todos los medios encontrar la postura que disminuyera de forma significativa la intensa molestia. Abrió los ojos el tiempo suficiente para descubrir que la habitación y la cama donde descansaba no le eran familiares en absoluto.

Aquello le desconcertó bastante y soltó un gruñido poco amistoso.

Ni tan siquiera el techo decorado con vigas de madera le daba una pista. Paseó la mirada por la habitación. Si el techo representaba un estilo más rústico, la decoración reinante en la habitación era más moderna. Entrecerró los ojos a causa de una incipiente migraña y, de forma instintiva, se llevó la mano a la frente: un dolor agudo y punzante se estaba instalando en una de sus sienas. La sensación de vómito se hizo más apremiante y eso hizo que sus músculos se tensaran. El dolor que lo invadió en la zona intercostal fue más de lo que pudo soportar en ese momento. Pasó con dificultad la saliva por una garganta seca y áspera como una lija. Una náusea se intensificó. Cerró los ojos con fuerza y comenzó a controlar su respiración, hasta que la sensación de malestar fue poco a poco diluyéndose.

Pasado el mal trago, escuchó algo que le llamó la atención. Agudizó el oído y se sorprendió al distinguir dos tonos diferentes de voces femeninas, no

lejos del lugar donde se encontraba. Intentó reconocerlas, pero sin éxito. Giró la cabeza hacia un lado y descubrió que había sido una mala idea, porque en ese instante percibió que el cerebro podría explotarle de un momento a otro. A la lista de lesiones había que añadir otra en el brazo izquierdo y un dolor agudo e intenso en el abdomen. Se palpó las costillas con la yema de los dedos y no le gustó lo que descubrió.

No cabía la más mínima duda de que se encontraba malherido, pero de alguna manera el hecho de no estar en un hospital le aliviaba. No estaba preparado mentalmente para crear sobre la marcha una historia sobre sí mismo. El ir indocumentado le daba cierta ventaja y libertad de maniobra, pero poco más.

Salir de aquella cama iba a ser una tarea imposible, al menos de momento. Tiró de las sábanas hacia arriba y el aroma a perfume de mujer lo dejó noqueado. Todo aquello no podía ser bueno. La idea de que le hubiesen dado caza hizo que le rechinasen los dientes y que el dolor se agudizase.

Consideró los pros y los contras, y por desgracia ganaban por goleada estos últimos. Necesitaba un plan de fuga ya. La idea de huir era realmente atractiva, pero, si algo tenía claro, es que era del todo inverosímil. Seguramente no podría andar más de veinte pasos sin desmayarse. Requería de tiempo para poder recuperar fuerzas y confianza en sí mismo. Solo pidió a Dios, y no es que fuese un ferviente devoto por todas las veces que le había defraudado; aun así, lo hizo, y le pidió que le diese fuerzas para encarar con valentía el futuro inmediato. Volver a Francia lo antes posible era ya una necesidad inminente. La mente se le abotargó mientras sopesaba las consecuencias de un plan que estaba desde el primer momento predestinado al fracaso. Estaba malherido, no había que ser un genio para deducirlo. Toda su atención recayó de nuevo en la puerta de la habitación; no llegaría a ella ni aunque se lo propusiera.

Se movió inquieto en la cama y sintió que su piel rozaba con las sábanas de algodón. Otro dato a tener en cuenta: estaba desnudo.

Intentó recordar cómo había llegado a aquel lugar. De pronto las imágenes de la moto acuática y el yate yendo hacia él comenzaron a tomar forma.

—Joder.

Una imagen poco nítida invadió su mente: un rostro femenino húmedo, desconocido y preocupado sobre él; una larga melena húmeda y desordenada goteando de forma incesante sobre su rostro, haciéndole pestañear más veces de las necesarias; aquella mujer le hablaba y gesticulaba muy rápido, pero por más que lo intentaba no recordaba ni una sola palabra de la conversación.

De pronto, el murmullo de voces se detuvo. Se hizo un silencio ensordecedor, que hasta a él mismo le sorprendió. Sin poder evitarlo, sus párpados comenzaron a cerrarse; de repente, le pesaban tanto que le costaba demasiado mantener los ojos abiertos.

Sin que él pudiera hacer nada para evitarlo, la oscuridad más absoluta lo arrastró de nuevo.

—Quiero su cadáver, y lo quiero ya.

El hombre que pronunciaba aquellas palabras se encontraba tranquilamente sentado en su elegante sillón de cuero envejecido, tras la mesa de su despacho.

—Estamos en ello —repuso su interlocutor con un tono poco firme y visiblemente nervioso. Se encontraba de pie, al otro lado de la mesa, en el centro de la estancia.

—Al parecer no es suficiente. Quiero verlo muerto con mis propios

ojos y bajo tierra desde ayer —replicó con un tono que no daba lugar a dudas—, no en el fondo del mar —especificó—. Espero que comprendas que lo que tenemos entre manos es un problema grave.

—Lo comprendo perfectamente, señor —farfulló su subordinado—. Puedo decirle que no queda ni rastro de la moto acuática y que durante el tiempo que permanecemos allí no salió a flote nada, ni vivo ni muerto.

Ventura Ulloa había nacido en la miseria. Había pasado hambre y había vestido harapos. Había visto a su madre prostituirse por unos míseros gramos de cocaína. Él no había caído en esa trampa mortal; lo que hizo fue sacar beneficio de ello y ahora manejara a su antojo un imperio de millones de euros. Lo había creado a base de esfuerzo y la dependencia de aquellos que no tenían voluntad y caían en la desesperación más absoluta. Ellos creían que la droga los sacaría de ese infierno, pero lo que no sabían es que Lucifer se alimentaba de ellos.

Volvió al presente y contempló al hombre que se encontraba ante él. Sabía que no mentía, porque, de haberlo pensado siquiera, ya le habría metido una bala entre ceja y ceja.

Eric Dufort estaba siendo un verdadero incordio hasta después de muerto.

—¡Fuisteis unos inconscientes! ¡Os deberíais haber dado cuenta de que era un agente infiltrado! —rugió—. ¡Seguid buscando, y no paréis hasta encontrar cada uno de sus huesos! ¿Habéis entendido?

—Perfectamente, señor.

—¡Quiero el cadáver de ese hijo de puta, y lo quiero ya! —bramó con acritud.

—Está muerto, señor, se lo aseguro.

Ventura Ulloa abrió la tapa de una caja de madera que descansaba sobre su mesa. Acarició con la yema de los dedos los habanos con deleite

antes de escoger uno.

—Más vale que no te equivoques. Dufort es un peligro incluso muerto —espetó sin ocultar su irritación—. Debemos encontrar su cuerpo antes que nadie o nos veremos envueltos en un problema serio. Quiero hacerle desaparecer de la faz de la tierra.

—Lo comprendo, señor. Así será.

—¿En serio?

El subordinado tragó saliva con dificultad y visiblemente nervioso.

Ventura Ulloa sonrió como lo haría una hiena.

—Si sale a flote el cadáver dará lugar a una investigación y la policía no tardará en encontrar un hilo de dónde tirar. Descubrirá que es uno de los suyos, y entonces..., no pararán hasta dar con nosotros —Cortó la parte trasera del habano con ayuda de un cortapuros. Seguidamente se lo colocó entre los labios y lo encendió con una cerilla. Sus mejillas formaron dos hoyos profundos mientras aspiraba con fuerza. Continuó así hasta que el humo se hizo visible. Despegó el puro de los labios y continuó hablando—. Si ocurriese eso, tú eres el que deseará estar muerto, ¿comprendido?

Al hombre le flaquearon las rodillas.

—Perfectamente, señor.

—Supongo que sí —Ulloa se sacó el puro de la boca. A continuación, una densa nube de humo contaminó el aire—. Espero por vuestro bien que no haya habido ningún testigo.

—Nadie, señor —respondió demasiado rápido su subordinado.

Ventura Ulloa sonrió complacido. Cuando la situación se complicaba, un buen habano solía ser de gran ayuda.

—La droga llegará a Francia según el plan previsto.

—De acuerdo, señor.

—Ahora, quítate de mi vista y arregla este marrón de una vez por

todas. No quiero a la pasma respirando en mi nuca.

Garrido se dio media vuelta y se dirigió a la puerta con una necesidad imperiosa. El cabrón de Dufort se la había liado, y bien. Giró el picaporte y raudo salió del despacho. Una vez fuera, era como si le hubiesen quitado un gran peso de encima.

—Por tu cara, veo que las cosas no han ido bien.

Garrido miró en dirección a Castillo, su compañero.

—Estás en lo cierto. No hay cadáver, no hay muerto —afirmó con aspereza.

—¿Es imposible que haya sobrevivido al impacto! —exclamó Castillo con expresión dura.

—¿Estás seguro de eso?

—No —respondió el aludido de forma taxativa.

—Pues, si no estás seguro, mantén la boca cerrada.

Castillo observó a Garrido con gesto adusto.

—¿A dónde quieres llegar? —se atrevió a preguntar.

—El jefe quiere ver el cadáver.

—¿Hablas en serio? —preguntó Castillo mientras caminaba con paso ligero tras su compañero—. ¿Cómo vamos a encontrar el cadáver? Las corrientes lo han podido arrastrar cientos de kilómetros en cualquier dirección. Estamos hablando del Cantábrico.

Garrido se paró en seco y se giró sin previo aviso, lo que hizo que Castillo diese un traspiés para no colisionar contra él.

—¿Viste a alguien?

El aludido le sostuvo la mirada hasta que comprendió lo que su compañero le preguntaba.

—¿Crees que hubo testigos?

—Maldita sea, no lo sé —dijo Garrido poniéndose de nuevo en

marcha.

—Yo no vi nada.

—El hecho de que no viéramos nada no significa que no hubiera alguien mirando.

Castillo tragó saliva con dificultad. Aquello se complicaba por momentos.

—No ha salido en las noticias que se haya encontrado ningún cadáver en las últimas horas.

—Y más vale que no lo hagan, porque de ser así Ulloa nos despellejaría vivos.

El ritmo cardiaco de Castillo aumentaba a una velocidad alarmante.

—¿Qué se supone que debemos hacer?

—Encontrar el cuerpo de Dufort antes que nadie —respondió Garrido de mala gana.

—Eso nos podría llevar semanas —adujo Castillo con tono lastimero.

—¿Tienes otra cosa mejor que hacer?

La situación empeoraba, de eso no cabía duda alguna.

—¿Y si no le encontramos? —inquirió con impaciencia.

—Seremos comida para los peces.

Castillo pensó que era el peor día de su vida y que la mala suerte los iba a acompañar durante mucho tiempo. Encontrar el cuerpo de Dufort sería como buscar una aguja en un pajar, una tarea imposible.

—Volvamos al lugar donde le vimos por última vez —sugirió Garrido saliendo de la casa solariega. Ignoró de forma deliberada a los hombres armados y con gesto hosco que custodiaban el terreno—. Quizá se nos haya pasado algo por alto.

Castillo no hizo ninguna pregunta más, se limitó a seguir a su compañero. Una vez en el exterior, miró en dirección al cielo. Quizá lo que

escapó de sus labios fue una plegaria, pero a decir verdad eso era algo que no podía confirmar.

CAPÍTULO 5

Telma escuchó cómo alguien golpeaba suavemente la puerta. Recogió la medicación que había dejado en la mesilla de noche y el zumo de naranja que había intentado que *su paciente* bebiese sin mucho éxito. A duras penas había dado un par de tragos.

Miró hacia atrás antes de salir de la habitación y comprobó que el hombre que había salvado la tarde anterior de una muerte segura dormía plácidamente, como si no le importase en absoluto lo que ocurría a su alrededor. El hecho de que le preocupase si pudiese tener frío o calor, hambre o sed, era algo que la desconcertaba. No le conocía de nada. Entonces, ¿por qué tanta preocupación? Escuchar la respiración pausada y lenta del hombre, sin saber muy bien el motivo, la tranquilizó.

Los golpes en la puerta se hicieron más persistentes. Telma no pudo ignorarlos más tiempo. Salió de la habitación y se dirigió a la puerta principal. Estaba casi segura de que sería Marina. Pocos eran los que la visitaban.

—¿Por qué has tardado tanto en abrir? —preguntó su amiga, que entró a la cabaña como una exhalación—. Mi mente puede producir cientos de escenas en segundos y te aseguro que muchas de ellas podrían ser parte de una película de terror.

Telma se limitó a cerrar la puerta y a seguir a Marina hasta la cocina.

Su amiga dejó varias bolsas sobre la mesa antes de girarse.

—¿Se ha despertado?

—No.

—¿Por qué has tardado tanto tiempo en abrir entonces?

Telma respiró hondo antes de responder. Todo lo que diría iba a ser

utilizado en su contra. Reconocía de sobra esa sensación cuando Marina la interrogaba.

—Intentaba que tomase un antiinflamatorio con ayuda de zumo. Tengo miedo de que se deshidrate —respondió mientras dejaba el vaso y la medicación sobre la encimera. Cuando se dio la vuelta se encontró con su amiga que la miraba de hito en hito—. ¿Qué?

—Creí que no te iba eso de ser enfermera.

Marina era muy buena en muchos aspectos, pero en meter el dedo en la llaga era la mejor sin duda alguna; aun así, la adoraba.

—Es cierto. Ya sabes que mi pasión es la danza, lo dejé todo por ir a Madrid —repuso con voz pausada—. Tú lo sabes mejor que nadie.

Marina decidió en esa ocasión, y sin que sirviera de precedente, guardar silencio.

—Mira, he estado pensando —dijo Telma sin rodeos—. Lo mejor es que te mantengas alejada de todo este embrollo —Al ver que Marina la iba a interrumpir, levantó una mano en alto para que se mantuviera en silencio el tiempo suficiente para que intentase explicarle algunas razones de peso para excluirla de la inverosímil situación en la que se encontraba—. Fue un error llamarte. Sin pretenderlo, te he puesto contra la espada y la pared. Te prometo que esa nunca fue mi intención.

Marina ladeó la cabeza y observó a su amiga detenidamente.

—¿Estás segura de que quieres mantenerme alejada de todo esto?

—Claro que sí.

La expresión de Marina se relajó.

—Quiero que sepas que me alegro de que me hayas llamado. Si no lo hubieras hecho, me habría sentido totalmente decepcionada.

—Lo sé, pero...

—Y también creo que tienes razón —la interrumpió. Ignoró la

expresión de sorpresa de Telma—. Debería alejarme. Cuanto menos sepa, mejor. Yo también he estado dándole vueltas a la cabeza.

—Me alegro de que lo entiendas y compartas mi decisión —Fue entonces cuando sonrió—. No tengo ni idea de en qué estoy metida, pero si tengo algo claro es que no quiero ni puedo arrastrarte conmigo.

Marina asintió y le devolvió la sonrisa.

—Te acompañaría al mismo infierno.

Telma sabía que lo que decía Marina era cierto, pero aun así necesitaba mantenerla alejada de todo aquel embrollo en el que se había metido ella sola. No sabía qué podría ocurrir en días venideros.

—Aun así...

Marina ladeó la cabeza.

—Lo sé, a veces las palabras sobran —dijo apresuradamente. Decidió que era el momento idóneo para cambiar de tema—. Aquí tienes todo lo necesario —dijo a la vez que señalaba las bolsas, intentando no pensar demasiado en el caos que tenían entre manos. Solo deseaba, por el bien de Telma, que aquel hombre desapareciera de una vez por todas—. He de reconocer que ha sido divertido ir de compras. Espero haber acertado con la talla.

—Seguro que sí —Sonrió otra vez—. Gracias por todo.

—Gracias a ti —dijo satisfecha—. Si me necesitas de nuevo, no dudes en llamarme. Me pasaré los próximos fines de semana en la tienda de recuerdos y de lunes a viernes estaré en...

—El colegio —Telma terminó la frase.

—Así es.

Telma se alegraba de que a su amiga le sonriera la vida. Marina se había enamorado de un buen hombre, César, y ahora parecían estar disfrutando, y mucho, el uno del otro.

César, además de un gran músico, era dueño de una tienda de recuerdos. La tienda estaba situada en Santillana del Mar y en la época estival siempre faltaban manos para atender a tantos y tantos turistas que decidían visitar una de las villas medievales más hermosas de España. Ahora en el otoño las ventas descendían, pero no la pasión que ponía cada uno de los comerciantes de la zona a la hora de recibir a los recién llegados.

—Pronto os haré una visita.

Marina deseó fervientemente que lo hiciese sola. Telma necesitaba cambiar de aires y evitar más problemas a toda costa.

—A César y a mí nos encantaría.

—Bien —fue lo único que se la ocurrió decir.

Esta vez fue Marina la que se acercó a Telma.

—No hace falta que me digas lo maravillosa profesora de Infantil que soy, en el fondo lo sé —Abrazó a su amiga mientras ambas estallaban en una carcajada conjunta—. Por cierto, el forro polar corre de mi cuenta.

Telma echó un vistazo a las bolsas.

—No deberías haberlo hecho.

—¿Para qué están si no las amigas?

—Puedo enumerar una lista enorme, si quieres.

Marina rio con ganas y no pudo evitar hacer aspavientos con la mano, como si quisiera con ello borrar con un solo gesto aquellas palabras.

—Creo que he acertado con el color.

Telma rio.

—Estoy segura de ello.

Marina la abrazó de nuevo.

—Cuídate, por favor.

—Lo haré, te lo prometo.

No hubo ningún adiós, únicamente una mirada que solo las amigas

logran comprender.

Lo siguiente que escuchó Telma fue cerrarse la puerta.

De nuevo sola.

Telma miró la mecedora sin demasiado interés. Pasar otra noche sentada mientras escuchaba las noticias en la radio no era en absoluto su velada soñada. Se encontraba más cansada de lo quería admitir y necesitaba estirarse en su cama y dormir a pierna suelta al menos durante dos o tres horas.

Había recogido la cocina después de calentar de nuevo sopa. Mañana sería otro día, y con un poco de suerte, y más ganas aún, cocinaría algo más sabroso y más saludable. Volvió a la habitación, como había hecho cientos de veces a lo largo del día, pero, como de costumbre, no había ninguna novedad. Su preocupación se hizo evidente cuando apoyó el hombro en la jamba de la puerta.

—¿Quién eres? —preguntó a la nada, a sabiendas de que el hombre que se encontraba postrado en su cama seguramente no la escuchaba.

Como era de suponer, no hubo respuesta alguna, nunca la había. El hematoma había empeorado considerablemente de aspecto, pero Telma sabía que ese tipo de lesiones llevaban su propia evolución. Los cortes y las magulladuras se veían mejor; la piel a su alrededor no estaba enrojecida ni inflamada, lo que indicaba que no había signo alguno de infección.

Al día siguiente volvería a repetir los mismos pasos que por la mañana: lavaría y curaría de nuevo las heridas. Apagó la luz del vestíbulo y, en ese mismo instante, las sombras engulleron el interior de la cabaña. Solo las olas rompiendo contra el acantilado asaltaban el profundo silencio de la

noche.

Se dio una ducha rápida y luego optó por uno de sus pijamas favoritos, era suave y de color gris. Se secó el pelo con ayuda de un difusor —su melena, ya leonina de por sí, no le dio ninguna tregua— y se lo rastrilló con los dedos, pero aun así supo de inmediato que tenía la batalla perdida en lo referente a su cabello, así que era mejor dejar las cosas como estaban si no quería que su humor empeorase. Suspiró resignada mientras su mente volaba, una y otra vez, a la habitación de al lado. No tenía muy claro si estaba cometiendo un error, y eso le hacía sentirse insegura. Se mantuvo ocupada mientras limpiaba el baño y frotaba con ahínco los grifos esmaltados; le encantaba que brillasen, que diesen esa nota de distinción que a ella tanto le gustaba. La cabaña podía ser pequeña, incluso pobre en decoración, pero si de algo estaba orgullosa era de mantenerla limpia y ordenada. Su abuela se sentiría también orgullosa si pudiera verlo. Pensar en ella hizo que le invadiese una ola de tristeza y nostalgia.

A decir verdad, le sorprendía que no pudiese manejar su vida tal y como lo hacía con aquel pequeño espacio que ahora se había convertido en su hogar, pero por el momento se tenía que conformar con el caos en el que se encontraba sumergida y que no tenía ni idea de cómo gestionar.

Se frotó los brazos con la única intención de generar un poco de calor corporal. El verano estaba dando paso a un otoño lluvioso y algo más frío de lo habitual para aquella época del año. Salió del baño para adentrarse en la habitación y se acercó al lado de la cama que estaba vacío. Estaba más cansada de lo que imaginaba. Allí de pie, sopesó las opciones y se cuestionó la posibilidad de no dormir esa noche en la mecedora. Su paciente estaba profundamente dormido y no había habido ningún cambio significativo desde la última vez que lo observó, por lo tanto, no debería correr ningún peligro, supuestamente. Anhelaba una cama donde dormir a pierna suelta y descansar

para poder hacer frente a la mañana siguiente.

Las excusas, como suele suceder, ganaron.

Pensar en las consecuencias de dormir en la misma cama que un desconocido debería denominarse situación extraña, pero el cansancio ganaba por goleada. Tenía la impresión de que los músculos le pesaban diez veces más de lo habitual y de que los párpados se le iban a cerrar de un momento a otro. Bostezó y seguidamente echó un último vistazo al hombre que reposaba a su lado. Él dormía profundamente y eso era una buena señal, porque eso significaba que el cuerpo se estaba recuperando. Sopesó, una vez más, las opciones. Debía ser realista. Al parecer no había aprendido nada de sus errores, y eso la frustraba y la enfurecía al mismo tiempo.

«Llamar a la policía es la opción correcta», se amonestó a sí misma.

Con ese pensamiento rondando por su mente se acostó con cuidado de no realizar ningún movimiento brusco. Tanteó con la mano la mesilla de noche y finalmente apagó la luz.

¡Dios, cuánto necesitaba una cama!

El tacto de las sábanas fue maravilloso, una sensación indescriptible para alguien que arrastraba tanto sueño, que no podía mantener los ojos abiertos mucho más tiempo. Escuchó durante unos segundos la respiración rítmica y serena de su paciente y comprobó que estaba relajado. Buscó su espacio en la cama, dejó de pensar y cerró los ojos. La sensación de ingravidez no tardó en llegar y el sopor se apoderó de ella casi al instante.

El otoño era su estación favorita. Quizá por esa razón había elegido esa época del año para regresar a casa. La caída de la hoja y la desnudez de las ramas revelaban una nostalgia que siempre había perdurado en su recuerdo. Los tonos ocres y anaranjados le daban paz y sosiego, algo que necesitaba desesperadamente para encontrar de nuevo su propio equilibrio.

No supo cómo describir lo que sucedió a continuación. Aquello hizo

que volviera de nuevo a entrar en contacto con el mundo real. Sus ojos se abrieron de par en par. Esta reacción provocó que todos sus sentidos se pusieran en alerta. Todos los sentimientos contradictorios que había desechado hacía escasos minutos antes de meterse en la cama se apoderaron de ella y dieron paso al miedo y la angustia. Sintió cómo el colchón se movió bruscamente bajo ella. A partir de ese momento, no tuvo tiempo ni tan siquiera para parpadear.

Telma no tuvo ninguna oportunidad cuando un cuerpo enorme e insoportable la aplastó contra el colchón. La sensación de asfixia se hizo evidente de forma inmediata. Ella buscó de forma desesperada una bocanada de aire que nunca llegó. Su cabeza se hundió de forma irremediable en la almohada. Fue en ese momento cuando se perdió en un mar confuso y traicionero. Iba a morir.

El miedo se adueñó de ella mientras su corazón no paraba de golpear de forma brusca contra sus costillas. La adrenalina tomó las riendas y se hizo cargo de una situación de la que sabía que no iba a sobrevivir. Arañó y pataleó hasta quedar exhausta, pero la asfixia se hizo más real al percatarse cómo una enorme mano cubría su boca y nariz, y una pierna, que a ella le pareció demasiado pesada, inmovilizaba sus muslos.

—¿Quién eres? —le susurró despacio una voz muy masculina al oído.

Telma sintió que se le helaba la sangre en las venas. El pánico se apoderó una vez más de ella, aun así, luchó e intentó zafarse del agarre. Sin embargo, le fue del todo imposible, porque el hombre que ella había rescatado de una muerte segura la tenía inmovilizada. Tragó saliva a duras penas mientras intentaba mantener sus nervios bajo control. Intentó abrir la boca para buscar de forma desesperada un poco de aire, pero le resultó del todo imposible. Se encontraba atrapada en su propia cama.

Se iba a desmayar, la falta de oxígeno estaba adormeciendo a su

cerebro. Podía dejarse vencer o morir luchando y optó por la última opción. Sacó fuerzas y pateó con más ahínco, hasta que los talones le dolieron de hacer fricción contra las sábanas.

Eric sintió una horrible punzada en el brazo izquierdo al hacer presión, pero intentó ignorarla. Al no conseguirlo levantó la mano y permitió que la mujer tomase aire. Ella dejó de moverse y se limitó a aspirar grandes bocanadas. No quiso calcular el tiempo que llevaba consciente y pendiente de cada uno de los movimientos de la mujer que le acompañaba. El hecho de mantener los ojos cerrados mientras ella pululaba tranquilamente por la habitación no había sido uno de sus mayores problemas.

También podría decirse que el hecho de que ambos compartiesen cama, le había extrañado, y mucho. Era un plan absurdo y chocante al que él estaba dispuesto a dar solución. La había inmovilizado con su peso por el temor de que pudiera estar armada, aunque estaba seguro de que, si hubiera querido hacerle daño, lo habría intentado antes, cuando él dormía profundamente y se encontraba totalmente a su merced. Todo aquello no parecía tener ni pies ni cabeza.

—¿Para quién trabajas? —preguntó.

Telma sintió el cálido aliento de él contra su piel. Asió las manos del desconocido y tiró de ellas con fuerza, con la única esperanza de que el hombre desistiera. Quizás el miedo o el sentido primitivo de supervivencia hizo que su codo se dirigiera directamente y con cierta virulencia contra el costado de su acosador.

Eric aulló de dolor cuando el embiste le dejó noqueado y sin respiración. Se apartó rápidamente y se giró a duras penas hasta volver a pegar la espalda contra el colchón. El malestar fue tan intenso que tuvo que hacer un sobreesfuerzo para volver a respirar. Recurrió a toda su fuerza de voluntad para no desmayarse y perder el control de nuevo. El colchón se

movió bajo su cuerpo y luego percibió un frío vacío a su lado: la mujer había logrado huir. Ahora se encontraba en desventaja.

Sin duda, había perdido buena parte de sus facultades.

Telma se tiró de la cama, tanteó en la oscuridad y se pegó literalmente a la pared. Estaba hiperventilando y eso no podía significar nada bueno. Se llevó la mano al pecho y allí sintió retumbar su corazón. Alzó la mano y a tientas buscó el interruptor de la luz. Cuando lo encontró, la habitación perdió toda la privacidad. Ella se fijó en que el hombre tenía los ojos fuertemente cerrados, la boca abierta y respiraba con dificultad. Se lo tenía bien merecido por haberle dado un susto de muerte.

—Pegas fuerte —dijo él, entrecortadamente.

—No deberías haberme asustado de esa manera —señaló mientras buscaba de forma desesperada por la habitación algo que pudiera utilizar como arma en el caso de que él volviera a atacarla.

—No voy a hacerte daño.

—No es lo que me ha aparecido —apuntó ella sin poder aún moverse del lugar donde se encontraba. Las piernas le temblaban considerablemente y el estómago se le había encogido de una manera sobrecogedora. Una náusea le sobrevino de repente, pero pudo controlarla a tiempo.

Telma supo que esas palabras habían salido de su boca, cuando el hombre abrió los ojos y la miró directamente. Sin lugar a duda eran grises. Ella no estaba preparada para aquella inquietante mirada.

—¿Quién eres? —preguntó Eric con la mano a la altura de las costillas, mientras intentaba recuperar de nuevo el ritmo de su respiración.

Telma bajó la mirada y no pudo evitar comprobar que el hematoma era al menos tres veces mayor que la mano del hombre. Sin duda, su fuerte codazo había hecho que aumentara de forma considerable. Era curioso, no sabía si sentirse orgullosa de sí misma o culpable de haberle ocasionado más

sufrimiento.

—Me llamo Telma.

Él soltó una especie de gruñido.

—Telma qué más.

—Telma Olivares.

Él cerró los ojos y pareció asentir. Hizo una búsqueda mental precipitada. Por más que lo intentó no encontró ninguna referencia relacionada con ese nombre y ese apellido.

—¿Dónde estoy? —inquirió con la voz entrecortada.

Telma intentó por todos los medios posibles tranquilizarse. El desconocido tenía una voz pastosa, casi se podía decir que amistosa.

—En mi cabaña.

Fue en ese momento cuando Eric fijó su mirada en ella. La sensación que sintió entonces le pilló totalmente desprevenido.

—¿Y tu casa se encuentra en...?

Telma no sabía si echarse a reír o llorar. Él le lanzó una mirada indescifrable y ella sintió la necesidad de responder a la pregunta.

—En la playa Santa Justa, en Ubiarco.

Quizá él ya supiera la localización y lo único que quería era ponerla a prueba. Pues bien, no iba a mentir. Decenas de preguntas se agolpaban en su mente, pero en el fondo sabía que no debía formularlas. De repente sus ojos se volvieron a encontrar. Tenía la mirada clavada en ella, motivo por el cual Telma se pegó más a la pared.

—Creo que debes ser más explícita, Telma.

—¿Sobre qué?

Eric intentó inspirar aire, pero se quedó a medias. El dolor era insoportable en algunos momentos, y este era uno de esos.

—¿Dónde está... Ubiarco? —demandó con cierta impaciencia.

Ella no se demoró en responder a la pregunta.

—Cerca de Santillana del Mar —dijo ella, como si él pudiese reconocer de forma inmediata el nombre de la villa. Al ver que no era así, intentó ser menos concisa—. Te encuentras en Cantabria.

Él asintió despacio, como si necesitase tiempo para asimilar la información.

—De acuerdo, eso me da que pensar.

Telma le miró sin comprender, pero decidió guardar silencio.

Eric hizo un esfuerzo casi sobrehumano para incorporarse sobre el colchón. No cabía duda de que todo su cuerpo estaba magullado, como si se hubiese golpeado contra algo duro y afilado. El dolor se hizo insoportable cuando se movió por segunda vez. Un sudor frío y la falta de aire fueron más que suficiente para que tuviera que detenerse para recobrar el aliento, antes de forzar el próximo movimiento que pretendía realizar.

Telma ni siquiera sopesó el riesgo que podría correr, ni que el hombre que ahora se encontraba en su cama pudiese atacarla de nuevo. Eran dos desconocidos en un espacio muy limitado. Tendrían que aprender a confiar el uno en el otro si deseaban que aquella experiencia saliese bien. Llevaba horas a su cuidado, pendiente de cualquier cambio. Sin pretenderlo habían creado un vínculo, y algo que no supo definir la despegó de la pared.

Sus piernas dejaron de temblar ante la necesidad de echar una mano y aliviar su dolor. Había velado por él durante horas, lo había lavado, lo había alimentado —al menos esto último lo había intentado— y había visto cada rincón de su cuerpo, nada podía ser más íntimo. Se paró a pocos centímetros de la cama.

Cruzaron una mirada.

—No te voy a hacer daño. Golpeas más fuerte que yo.

Telma supo que decía la verdad. Enderezó los hombros y se acercó a

la cama sin tomar ninguna precaución, como tantas veces había hecho al cabo del día. Se ofreció para ahuecarle la almohada. Le ayudó a acomodarse y acto seguido lo cubrió con la sábana y una de las mantas hasta la altura de las caderas. Cuando estaba inconsciente su desnudez poco le había importado; ahora que estaba despierto, la exhibición de sus músculos y sus partes íntimas hacían que ella se sintiera incómoda, así que bajó la mirada al suelo.

Él la observó sorprendido, pero no dijo nada, se limitó a tomar aire.

—¿Por qué me ayudas?

Si la pregunta le pareció inapropiada y un poco fuera de lugar, Telma no lo dio a entender. Volvió a fijar la mirada en él, le observó con cautela y seguidamente apretó los labios hasta que formaron una fina línea.

—Te encontré malherido en el mar y me pareció lo más sensato.

Eric sintió como una especie de paz interior cuando el dolor comenzó a ceder. Recordaba perfectamente lo sucedido, aunque algunas escenas del yate que lo perseguía entremezcladas con el ruido del motor de su moto acuática estaban aún algo borrosas en su mente. No sabía si Ventura Ulloa estaría brindando con champán su muerte o estaría aún buscando en el fondo del mar su cadáver, pero si algo tenía claro era que el próximo movimiento lo haría él. Lo mejor era no pensar en aquel hijo de puta por ahora o todas sus fuerzas flaquearían de nuevo. Tragó saliva y aún pudo percibir en sus papilas gustativas restos del agua salada. Las imágenes tras saltar por los aires iban y venían, no eran del todo nítidas. Si de algo no podía olvidarse era de cómo las olas se habían afanado por hundirlo mientras el fondo del mar forcejeaba por envolver su alma y su cuerpo en sus entrañas. Una nueva sensación de frío le invadió de nuevo.

Cayó en la cuenta de que las olas le habían sacudido de forma violenta contra las rocas y pudo recordar la necesidad imperiosa de salir a flote y respirar aire puro, incluso ver y sentir otra forma humana a su lado, pero no

podía estar del todo seguro que fuera la misma mujer que ahora estaba a su lado y lo observaba como si fuera un espécimen extraño venido de otra galaxia.

Cerró los ojos y recordó lo devastador del último golpe, lo que hizo que resultara malherido y seguramente el responsable de hacer que perdiera el conocimiento. No hacía falta el título de médico para saber que seguramente tendría una costilla fracturada o, en el mejor de los casos, fisurada. Ignoró el dolor en el brazo y la pierna izquierda. La cabeza le dolía horrores, pero aún podía lidiar con esa mala sensación. Tenía la impresión de que aquella mujer que lo observaba expectante en ese mismo instante, con una mezcla de curiosidad y cautela, había impedido que él ahora estuviese reposando en el fondo del mar y fuese alimento para los peces. Si estaba en lo cierto, le debía su gratitud.

Abrió los ojos muy a su pesar.

—¿Fuiste tú quién evitó que muriese ahogado?

—Eso parece.

Eric no pudo evitar fijarse en la tenue sonrisa de la mujer. Era amable, pero no muy cálida.

—¿Por qué?

La pregunta parecía tener trampa. Telma se sintió algo insegura, sin tener muy claro cuál debía ser la respuesta.

—Supongo que debería ser algo natural que un ser humano salve a otro de una muerte segura —replicó con tono irónico, evitando en todo momento ese sentimiento de agravio que comenzaba a golpear su ego.

Eric sonrió más para sí mismo que para ella. Estaba claro que además de atractiva tenía carácter.

«Es preciosa», pensó mientras su mente bullía e intentaba recolocar buena parte de sus pensamientos. ¿Cómo iba a hacer frente a aquella situación

imprevista?

Su larga y brillante melena, que formaba suaves ondas de color caoba, le llegaba a la altura de los hombros. Su cabello estaba aún un poco húmedo y enmarcaba un rostro de líneas suaves. El tiempo que había oído caer el agua de la ducha mientras examinaba con atención la habitación se le había hecho interminable mientras se afanaba por unir todas las piezas de un puzle que para él aún no tenía aún ni pies ni cabeza.

Volvió a ella. Los ojos de Telma eran grandes y tenían, en ese momento, una expresión de sorpresa. Lo contemplaban sin pestañear, como si aún la inquietud de verlo despierto perdurara en ella. Eran oscuros, como una noche de tormenta; sin embargo, brillaban con intensidad, como si estuvieran a la expectativa de algún cambio drástico por parte de él. Su nariz era pequeña y algo respingona, lo cual imprimía carácter. Las cejas eran finas y en ese momento estaban arqueadas ligeramente. Sus labios estaban ligeramente entreabiertos y daban la impresión de que deseaban decir algo, pero él pensó que lo único que anhelaban eran ser besados. Inmediatamente desechó esa idea de la mente. El hecho de que fueran algo más gruesos que la media y con un toque rosado impedía que pudiese despegar los ojos de ellos. En su piel no había rastro de maquillaje. Era una belleza natural en toda regla. Se fijó en su complexión frágil y delgada, aunque el pijama gris que llevaba puesto le quedaba holgado, no lo había pasado por alto cuando la aplastó con su cuerpo. Bajo la prenda se encontraba un cuerpo fibroso y ágil.

—Supongo que tienes razón y por ello te doy las gracias —dijo Eric al fin.

CAPÍTULO 6

Telma inspiró hondo y se humedeció los labios, gesto que no pasó desapercibido por Eric.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

Él sopesó la respuesta. Telma era quién le había salvado de una muerte segura, por lo tanto, ese hecho la convertía en una mujer en la cual se podía confiar, pero quería asegurarse antes de darle algunos detalles. Estaba claro que cuanto más supiera ella sobre él, el peligro aumentaría proporcionalmente.

Ella pareció leer sus pensamientos porque dijo:

—Me gustaría que no me mintieras, al menos en lo referente a tu nombre. Creo que me lo debes.

Él la observó con detenimiento. Se limitó a respirar profundamente, pero el dolor del costado hizo que se detuviera en el acto.

—Eric —dijo en un tono entrecortado.

Ella asintió mientras que una lenta sonrisa se anidó en sus labios. Por alguna razón que aún no comprendía decidió creerle.

—Es un placer saber por fin tu nombre, Eric.

Él se fijó en cómo en la mirada de Telma nacía un brillo de interés. Le gustaba su nombre en labios de ella. Pensar en eso era otra mala idea, así que obvió su propio pensamiento.

—Referente a mí, no puedo ser muy explícito.

Ella no supo cómo tomarse aquella información.

—¿Eres traficante de drogas o terrorista?

Él no tuvo que pensar demasiado tiempo a la hora de darle una respuesta.

—No encajo en ninguno de los dos perfiles.

Ella asintió despacio y pareció aliviada, como si estuviese procesando con suma cautela la escasa información que él le ofrecía.

—¿Eres un hombre peligroso? —preguntó con gesto adusto.

Esta vez fue Eric quien se humedeció los labios. Se podría haber echado a reír ante la pregunta, pero no tenía fuerzas suficientes para hacerlo.

—No —respondió serio—. Soy una persona de fiar, conmigo estarás segura. Nunca te haría daño, Telma —le aseguró mientras estiraba con ayuda de las manos las sábanas—. ¿Por qué no has llamado a la policía?

—Me dijiste que no lo hiciera.

Las manos de Eric se detuvieron en el acto y la miró fijamente.

—¿Hice realmente eso?

—Así es —Cansada, se frotó un punto entre las cejas. Un inminente dolor de cabeza comenzaba a fraguarse en ese lugar en concreto.

—Veo que estás cansada.

Los labios de ella se arquearon en una sonrisa tímida.

—Se puede decir que llevo más de veinticuatro horas algo tensa.

—Por mi culpa.

Supuso que no era una pregunta.

—Solo espero haber hecho lo correcto.

Eric apoyó la cabeza contra el cabecero de la cama.

—¿Hay más camas en la casa?

Ella movió la cabeza de un lado para otro.

—¿Dónde dormiste anoche?

Telma miró en dirección a la puerta, lugar donde se encontraba el vestíbulo.

—En una mecedora.

Las cejas de él se curvaron y permanecieron alzadas varios segundos

más.

—Entonces, no me extraña que estés agotada. Será mejor que te deje descansar —Hizo el ademán de echar hacia atrás las sábanas y manta—. Yo puedo dormir en la mecedora.

Ella alzó en ese momento las manos en un gesto apaciguador.

—No, no —aseguró al tiempo que intentaba que él se quedase donde estaba—. Lo de la mecedora no es buena idea. Tus heridas podrían resentirse y he trabajado muy duro para que no se infectasen.

Él volvió a dejar las sábanas en su sitio. Esta vez hizo un esfuerzo y sonrió de oreja a oreja. A ella se le formó un nudo en el estómago. ¡Por el amor de Dios! ¿En qué estaba pensando? Aquel cuerpo había recobrado la vida, y si dormido era un hombre increíblemente atractivo y vigoroso, despierto era intimidante. Por más que lo observaba no encontraba ningún defecto. Quizá su marcado acento extranjero, pero a decir verdad eso también era un detalle de lo más sensual.

«Telma, céntrate en lo importante y deja de pensar en tonterías», se dijo.

—¿No quieres que pase la noche en la mecedora? —preguntó él en tono sarcástico, haciendo que los pensamientos de ella se diluyeran en el acto.

Ella dio un paso atrás y luego otro hacía adelante, visiblemente nerviosa.

—No, no quiero.

La mirada de él se perdió en la distancia.

—Hace un momento ibas a tumbarte a mi lado. ¿Por qué no lo haces ahora?

Ella soltó, sin poder contenerse, una risa nerviosa.

—Oh, no creo que sea buena idea.

—¿Por qué?

No se podía creer que le estuviese formulando esa pregunta.

—No estás dormido —respondió con aspereza, como si su respuesta fuese una explicación de peso.

Él pareció comprender. Su mirada recayó en el lado vacío de la cama.

—No voy a propasarme, si es eso lo que te preocupa. Te lo prometo — Forzó una sonrisa y volvió a alzar la mirada—. No te tocaré ni me acercaré a ti.

Nerviosa, se frotó una mano con la otra. El corazón comenzó a palparle violentamente. Estaba en aquella situación porque ella la había desencadenado y no le quedaba otra que hacerle frente. Cruzó los brazos bajo el pecho y sopesó todas las opciones, aunque sin mucho éxito.

—No haré nada que te violente —El semblante de Eric se mantuvo impasible.

Telma tragó saliva con dificultad. Por alguna razón que no llegaba a comprender, le creyó.

«Estás metida en un lío, Telma», pensó.

Se limitó a suspirar.

—¿No quieres que llame al consulado de tu país?

—¿Por qué querría que hicieras eso?

Ella, en esta ocasión, respiró profundamente y se apartó el pelo de la cara con ambas manos. Su rostro quedó despejado y no pudo evitar sentirse más vulnerable.

—Por tu acento —Su voz flaqueó—. Tengo la impresión de que eres extranjero.

Un escalofrío le recorrió la espalda cuando la expresión de él se endureció.

—No, no quiero que llames al consulado —le confesó, sin darle ningún detalle más.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

Ella lo observó con los párpados medio cerrados, como si necesitase convencerse a sí misma de que no llamar a nadie seguía siendo una apuesta segura.

—Estaría más tranquilo si descansases.

No se movió del lugar donde se encontraba. Sus pies descalzos seguían pegados al suelo y el frío comenzó a hacer mella en ella.

—Por favor —le suplicó él más cansado de lo que pretendía entrever—. Te prometo que no sabrás ni que estoy aquí, no voy a hacerte ningún daño.

—¿Cómo puedo estar segura?

—Porque soy un hombre de palabra.

Eric percibió cómo Telma tomaba aire.

Quizás estuviese loca, pero decidió que había llegado el momento de tomar una decisión.

—Está bien —Se rindió al cansancio y a la necesidad de confiar en él. Rodeó la cama—. Será mejor que apague la bombilla del techo y encienda la lámpara de la mesilla de noche. —Lo hizo sintiendo en todo momento los ojos de Eric clavados en su espalda.

—No me tengas miedo, por favor —le pidió Eric cuando la vio titubear—. Soy un hombre de honor —le aseguró.

Decidió creerle. Echó las sábanas hacia atrás y se sentó en la cama. Que ella supiera, ya no quedaban hombres de honor en el planeta Tierra, al menos en la franja entre los dieciocho y los sesenta años.

—Quizá tengas hambre —le dijo mientras miraba en dirección a las sombras que se proyectaban en la pared a causa de la luz de la lámpara—. No has comido mucho en las últimas horas.

Eric pensó que se podría comer un elefante, pero no se iba a quejar al

respecto. Aquella mujer había hecho por él más en las últimas horas que su madre en toda su vida.

—Estoy bien. Gracias.

—De acuerdo —Ella permitió que su cuerpo se relajara—. ¿Y un ibuprofeno?

Él dudó unos segundos, que a Telma se le hicieron interminables.

—A eso no voy a decir que no.

Echó las sábanas hacia atrás, se levantó y se dirigió a la puerta del baño.

Él la perdió de vista unos segundos. No pudo evitar preguntarse de nuevo si Telma era un golpe de suerte en su desastrosa vida. Si algo tenía claro era que no podía estar seguro de nada.

Volvió a parecer con un vaso en la mano y una pastilla en la otra.

—Deberías comer algo.

—Más tarde —aseguró él—. Gracias.

Se incorporó lo suficiente para tragar el ibuprofeno con un generoso sorbo de agua.

Ella aceptó de nuevo el vaso.

—Te agradezco lo que estás haciendo por mí.

Telma no supo qué decir. Tenía la impresión de que, dijera lo que dijera, no iba a ser una respuesta adecuada, así que se limitó a asentir. Le dio la espalda y desapareció de nuevo.

Cuando regresó, él tenía los ojos cerrados, pero no parecía estar dormido.

—No voy a hacerte ningún daño —instó con los ojos cerrados—. Acuéstate, por favor.

Él pudo sentir cómo Telma luchaba contra sus demonios.

—Aunque sea difícil de creer, soy un hombre con principios.

Quizá fueran esas últimas palabras las que hicieron que Telma bordease de nuevo la cama.

—Me crees, ¿verdad?

Asintió nerviosa. Se sentía como una extraña en su propio hogar, en su cama. Se tumbó, dejó que la cabeza tocara la almohada y se arropó con las sábanas y las mantas. Quizá por instinto le dio la espalda a Eric y dejó un vacío entre ellos, sin saber por qué. Ese estrecho espacio vacío hizo que se sintiese más segura.

—¿Quieres que apague la luz?

Al ver que él tardaba en responder, se giró y se encontró cara a cara con el rostro varonil y atractivo que tantas veces había contemplado en las últimas horas.

—Al parecer eres buena a la hora de suturar una herida —dijo sutilmente Eric cambiando de tema, al tiempo que sus ojos se posaban en el corte del brazo izquierdo.

—Me las arreglo bien.

Eric le dedicó una mirada inquisitiva.

—¿Eres médico o algo por el estilo?

A él no se le pasó por alto que los ojos oscuros de Telma reflejaban cierto pesar.

—Se podría decir que algo por el estilo.

Telma olía de maravilla, era una mezcla entre jabón y flores silvestres. No le reprochaba que fuera parca en palabras, él estaba actuando igual. Estaba claro que la situación no estaba siendo fácil para ninguno de los dos.

—¿Cómo lo hiciste? —quiso saber Eric.

Ella supuso que se estaba refiriendo a cómo lo sacó del mar. Tenía todo el derecho a saber lo que había ocurrido.

—Me gusta observar el mar cuando la luz del día se va apagando —

comenzó a decir—. Te vi en la moto y supuse que eras un turista que estaba apurando las últimas horas del día. Luego apareció el yate... —Las miradas de ambos se cruzaron y ella rompió el contacto de forma inmediata—. Todo ocurrió muy deprisa. El yate se dirigió a ti y te embistió de forma violenta —suspiró—. Caíste al agua y desapareciste durante varios minutos. Uno de los hombres disparó varias veces. Luego, al ver que tu cuerpo no salía a flote, se fueron sin más.

Era tal como él lo recordaba.

—¿Crees que pudieron verte? —preguntó preocupado.

—No —dudó unos segundos—. Creo que no. Yo estaba en lo alto del acantilado y ellos muy ocupados intentando que tú no salieras con vida.

—¿Qué hiciste después? —preguntó con una expresión ensombrecida por la preocupación.

La imagen que tantas veces había revivido en las últimas horas de él saliendo de entre las olas volvió a ella. Era como recordar la escena de una película de acción, una y otra vez.

—Esperé unos segundos más y tú apareciste de pronto en la superficie, cuando el yate ya había desaparecido. Supe de inmediato que estabas herido porque tenías dificultades para mantenerte a flote y también porque movías con dificultad el brazo izquierdo —explicó lentamente—. Supongo que no lo pensé, me descalcé, tiré la chaqueta al suelo y bajé por el acantilado.

—Podrías haberte herido o, peor aún, haber muerto en el intento.

Le respondió con una vaga sonrisa.

—Hay un pequeño camino que han hecho los pescadores a su paso; además, no es un acantilado muy alto, lo suficiente para dar vida a una cala que aquí todos conocemos como Santa Justa.

Él pareció comprender. Cuando estuviese un poco más recuperado comprobaría la versión que Telma le estaba contando, no podía dejar nada al

azar.

—¿Qué ocurrió después?

Incómoda con la postura, se colocó boca arriba y miró al techo con gesto de cansancio. Dejó las manos fuera, mientras sus dedos jugaban con la sábana. Era lógico que él tuviera curiosidad.

—Nadé hasta ti. Recuerdo que el agua estaba helada, pero supuse que, si no lo intentaba, morirías —añadió despacio—. Estabas agotado, imagino que de haber estado tanto tiempo sin aire. Te agarraste a mí como si fuera una tabla de salvación y gracias a Dios recobraste la consciencia el tiempo suficiente para arrastrarte hasta las rocas —Retiró un mechón de pelo que le caía por la frente—. No sé de dónde sacaste las fuerzas ni yo cómo pude contigo, pero lo logramos. Fue en ese momento cuando me dijiste que no llamase a la policía.

Él la miró largamente y luego asintió con la cabeza.

—Y te lo agradezco.

Lo miró tratando de adivinar qué pensamientos se estarían ahora agolpando en su mente.

La mujer que estaba a su lado era como su ángel de la guarda: lo había cuidado, lavado y curado sus heridas; lo había alimentado, sin olvidar la medicación que le había administrado para evitar dolores mayores. La debía mucho, le debía la vida.

Eric se deslizó por el cochón hasta que quedó completamente tumbado.

—¿Eres un espía, Eric?

Ella no se dejó engañar por el silencio de él. Llevaba horas enteras dándole vueltas a la cabeza, y el hecho de que Eric fuera un agente secreto, no era tan descabellado.

—Deberíamos dormir.

Ella buscaba una nueva forma de replantear la pregunta, pero en el

último momento decidió no insistir. Iba a apagar la luz cuando Eric le preguntó algo:

—Telma, ¿he dicho algo inconveniente en sueños?

Ella supuso que la pregunta en cuestión era la respuesta que tanto ansiaba escuchar.

—No has revelado ningún secreto de Estado, si es eso lo que te inquieta —dijo con humor—. Solo te he escuchado farfullar en varios idiomas —Eric, que en ese momento tenía la vista fija en el techo, levantó los labios más por un lado que por otro de la boca—. ¿Eso es un problema?

—Supongo que no. Ahora duérmete.

—¿Estarás aquí cuando despierte?

—No iré a ninguna parte, si es eso lo que te preocupa.

Pareció satisfecha con la respuesta. Realmente Eric parecía un hombre de honor y decidió finalmente confiar en él. Los párpados le pesaban tanto que supo que no podría mantenerlos más tiempo abiertos. Por primera vez después de muchas horas encontró un poco de paz en su interior.

Lo último que escuchó fue un suspiro de frustración por parte de Eric, que ella no supo interpretar.

CAPÍTULO 7

Eric se despertó sobresaltado, dio un respingo en la cama antes de abrir los ojos. Un tenue rayo de luz que emanaba del amanecer se colaba como un intruso por un resquicio de la ventana que no lograba tapar la cortina. Había dormido a intervalos a causa del dolor, quizá por esa razón se sentía exhausto. Tenía la garganta seca. Tragó saliva y a continuación clavó la mirada en las vigas de madera que había sobre él. Fueron varios los pensamientos que se colaron por su mente de forma desordenada. Algunos de ellos los tuvo que reprimir de forma inmediata por su bien.

Notó una presión intensa, la herida del muslo lo estaba matando vivo. Intentó mover la pierna y, aunque la punzada era insufrible, lo consiguió. Respiró hondo y luego volvió a mirar hacia el techo sin evitar esbozar otra mueca de dolor. Presionó los dedos pulgar e índice contra los párpados cerrados, para luego fijar toda su atención en la solitaria y desnuda bombilla que colgaba de una de las vigas.

Debía tomar muchas decisiones y la primera de todas se hallaba a su lado. Telma dormía profundamente, su respiración acompasada y rítmica así se lo indicaba. Deslizó la mano por su frente y suspiró. Giró de nuevo la cabeza y la observó detenidamente: realmente era preciosa, y dormida aún más. Le retiró, con cuidado de no despertarla, un mechón de pelo que le cubría buena parte del rostro. Entonces, ella murmuró algunas palabras inteligibles y un segundo más tarde encogió la nariz. Él sonrió al observar el mohín.

Tenía un problema entre manos más grande y serio de lo que suponía.

De pronto ella, como si presintiera que estaba siendo observada, abrió los ojos despacio y de forma cautelosa. Las miradas de ambos se encontraron

un momento, pero ninguno de los dos dijo nada.

—Espero no haberte despertado —dijo él al fin con voz ronca.

Ella se despezó y se giró sobre el colchón. El frufú de las sábanas rompió el momento y deshizo el incómodo silencio.

—No, no lo has hecho —respondió sin demasiado ánimo—. ¿Te duele?

Él no pudo evitar esbozar una suave sonrisa.

—Quizá lo mejor es preguntar qué no me duele.

Telma echó hacia atrás las sábanas, se sentó sobre el colchón y dejó que los pies tocasen el frío suelo. No pudo evitar sentirse incómoda, supuso que era a causa de despertarse al lado de un desconocido.

—Te prepararé algo para desayunar.

—No tienes por qué hacerlo.

Ella se volvió y lo miró con el entrecejo fruncido.

—Lo hacía cuando estabas dormido, no entiendo por qué no puedo hacerlo ahora que estás despierto.

Eric, incómodo, se frotó de nuevo la frente con los dedos.

—Te agradezco tu ayuda, solo que no quiero ser un estorbo para ti, eso es todo.

No pudo evitar mirarla y el corazón se le sobrecogió. Estaba despeinada, su pelo tenía el aspecto de una maraña encrespada. Se podía decir que tenía más volumen que la noche anterior. Sus ojos, aún somnolientos, le miraban fijamente, pero nada de eso le quitó un ápice de belleza; es más, creyó que aumentaba de forma considerable su atractivo. No pudo evitar sucumbir al mohín que hizo con los labios. Si esto seguía así, realmente el problema que tenía era grave.

—Ya has hecho mucho por mí —insistió.

Ella lo ignoró y salió de la habitación. Necesitaba un poco de espacio,

no habían sido muchas las ocasiones en las que se había despertado junto a un desconocido; a decir verdad, nunca había ocurrido. Descorrió las cortinas que encontró a su paso y dejó que entrase la luz del amanecer en la cabaña. Observó con atención el paisaje que se advertía tras los cristales. El verde intenso de los prados se mezclaba sutilmente con el azul turquesa del mar Cantábrico. Nunca se cansaba de observar aquel marco incomparable y etéreo que le regalaba cada mañana su tierra. El cielo, como era de esperar en esa época del año, estaba cubierto de nubes plomizas y densas que auguraban lluvia.

Los días grises eran sus favoritos. Pensó que quizás eso se debía a que iban en consonancia con su estado de ánimo.

Se dio la vuelta y se fijó en las bolsas que Marina había traído el día anterior. Seguían sobre la mesa de la cocina. Las tomó por el asa y se dirigió a la habitación. Cuando llegó, Eric intentaba levantarse, no sin esfuerzo.

—Deberías tener cuidado con los puntos.

—Eso intento —dijo él—. Oye, si ha habido algo que te haya dicho...

—No debes preocuparte por eso. No tengo buen despertar, eso es todo

—Tiró las bolsas sobre la cama—. Aquí tienes ropa. Espero que sea de tu talla.

Él levantó la vista. Se detuvo primero en las bolsas y luego en ella.

—Ya veo que has pensado en todo.

—He tenido tiempo para pensar.

El silencio se apoderó de la estancia durante una fracción de segundo. Él estiró el brazo y arrastró sobre las mantas una de las bolsas. Miró en su interior y no pudo evitar fijarse en las etiquetas con sus precios correspondientes, lo que indicaba que era ropa para estrenar, no de segunda mano.

—¿Lo has comprado tú?

—No —respondió ella demasiado rápido.

Él mostró un rostro insondable.

—¿Quién entonces?

Ella dio un paso atrás y luego otro. Su intención era huir a la cocina y hacerse un café. Luego ya vería. No deseaba responder a ninguna de sus preguntas, pero estaba claro que su rutina se había trastocado y se encontraba un poco, por no decir bastante, desubicada.

—Marina.

—¿Marina? —preguntó él con el ceño fruncido—. ¿Quién es Marina?

—Una amiga.

Él dejó escapar poco a poco su respiración contenida.

—¿Quién más sabe que estoy aquí?

—Nadie más.

A él se le contrajo un músculo de la cara. El gesto no pasó desapercibido para Telma.

—Es una de mis mejores amigas. No dirá nada —le aclaró—. Si es eso lo que te preocupa.

—¿Por qué estás tan segura de que no dirá nada?

Ella no se podía creer que le preguntase algo así.

—Porque las buenas amigas saben guardar secretos.

—Tu amiga podría cambiar de idea.

Ella le miró con cara de pocos amigos.

—Sigues aquí, ¿verdad? —inquirió en un tono de lo más sarcástico—. Nadie ha preguntado por ti y la policía no ha tocado esa puerta —señaló con el dedo índice el exterior de la habitación—. Eso solo puede significar una cosa y es que Marina no ha hablado más de la cuenta.

Eric se sintió culpable en el mismo instante que abrió la boca. La mujer que tenía ante sí se había tirado literalmente de un acantilado para

salvar su vida y él ¿cómo se lo pagaba? Con un duro interrogatorio. Estaba claro que tenía que dejar a un lado su profesión si deseaba salir del atolladero donde se encontraba.

Miró hacia el suelo, intentando cambiar de conversación.

—No creo que pueda ducharme todavía.

—No, no puedes —respondió cortante.

Él asintió despacio, se lo tenía bien merecido.

Telma, sin saber muy bien qué hacer a continuación, encorvó los hombros.

—¿Necesitas ayuda?

—¿Dónde está el baño? Tengo la vejiga a punto de reventar.

Ella señaló una de las dos puertas que había en la habitación.

—Es el único baño que hay.

—Bien.

—No hay bañera, solo ducha.

—De acuerdo.

—Será mejor que vaya a hacer café.

Eric no dijo nada al respecto, se limitó a moverse ligeramente sobre el colchón hasta llegar a un lateral de la cama. Sintió algunos mareos, que se disiparon de forma rápida. Dejó que sus pies rozasen el suelo laminado de madera. Al contacto con la piel estaba frío, pero no le importó, le hacía sentirse vivo. Levantarse de la cama estaba siendo una tarea complicada.

Apoyó las palmas de la mano sobre el colchón e intentó hacer la suficiente fuerza para incorporarse. Casi al instante, se percató de que no iba a ser una empresa fácil. El dolor punzante de la pierna hizo que las rodillas le flaqueasen al primer intento. El dolor del costado se agudizó aún más, lo que estuvo a punto de cortarle la respiración.

—Veo que necesitas ayuda.

Eric se pasó la mano por el pelo en un gesto evidente de frustración. Se humedeció los labios y tomó de nuevo aire.

—Al parecer, sí. Lo siento.

Ella acortó la distancia y se colocó enfrente, entre sus piernas. Estiró los brazos.

—Dame tus manos.

Él lo hizo y fue ella la que hizo un gran esfuerzo para despegarle de la cama.

Eric sintió que se rompía en mil pedazos, pero no se quejó ni una sola vez.

La desnudez de él se hizo evidente entre ambos, pero ninguno de los dos dijo nada al respecto.

—Eres más alto de lo que creía —dijo ella sin dejar de mirarle a los ojos.

Él tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no excitarse ni acortar distancia y saborear la boca carnosa con la que ella sonreía ampliamente. Al parecer la paz los envolvía de nuevo. Él lo agradeció de forma infinita.

—De acuerdo —dijo ella—. Debemos marcar un ritmo. Primero un pie y luego otro —Ella se sintió satisfecha cuando lo vio asentir—. Supongo que este es nuestro primer baile —Él clavó los ojos en ella, pero no dijo nada al respecto. Telma pensó que el dolor le impedía ser foco de las bromas. La expresión de él hablaba por sí sola. Desenredó la sábana de uno de sus muslos y volvió a tomarle la mano antes de continuar—. Vamos, no va a ser fácil, pero podremos lograrlo.

Él no se podía creer cómo ella lo había podido rescatar y lo había podido llevar hasta la cabaña donde se encontraban. Telma era mucho más delicada de lo que él había supuesto en un principio. Sus manos eran finas y suaves, se podría decir que hasta elegantes. Sus brazos eran largos y delgados;

sin embargo, eran fuertes y al parecer resistentes.

—Si me caigo encima de ti, podría aplastarte.

La escena en sí misma provocó una sonrisa a Telma.

—Recuerda que aún dependes de mí.

Llegaron al baño, no sin dificultad. Telma subió la tapa del inodoro.

—Será mejor que te sujetes aquí con una mano —le dijo indicando el borde del lavabo. Él obedeció sin rechistar.

Salió del baño, lo dejó solo para darle intimidad; pero decidió que no lo perdería de vista, razón por la cual decidió no cerrar la puerta. Pensó que era un buen momento para abrir la ventana y ventilar la habitación. Necesitaba sentirse ocupada. Cuando vio que él se movía de nuevo, volvió con paso ligero al baño. Él no pareció en absoluto incómodo con su nueva intromisión, al contrario que ella. Telma tiró de la cisterna, a continuación, bajó la tapa del inodoro y la cubrió con una toalla.

—Siento darte tanto trabajo.

Ella lo miró, pero no dijo nada, algo que hizo que Eric se sintiera algo molesto. Le indicó que se sentara. No fue una tarea sencilla, ya que la herida del muslo tiraba con fuerza y dificultaba muchos de sus movimientos. Utilizó otra toalla para cubrir su desnudez.

—Bien. Cuanto antes empecemos, antes terminaremos —dijo con la vista fija en el jabón que había a un lado del lavabo—. Necesito un café ya mismo o sería capaz de gruñir.

Él sonrió ante la perspectiva de verla gruñir.

—¿Te gusta el café? —preguntó él con el único fin de buscar un tema de conversación.

—Adoro el café —respondió Telma mientras abría el grifo y ponía una toalla bajo el chorro de agua—. Mi abuela solía decir que esta no es la forma más idónea de una buena higiene, que así se lavan los gatos, pero de momento

no nos queda otra —Vio como los ojos de él brillaron con malicia—. ¿Qué?
—no pudo evitar preguntar ella.

—Me gusta que me hables de tu familia.

Esta vez fue ella la que sonrió.

—No te acostumbres.

Él supuso que no debería hacerlo.

Telma se volvió con naturalidad. Tenía una toalla húmeda y enjabonada entre las manos.

—¿Preparado?

Él no lo estaba, pero no dijo nada al respecto.

Con cuidado de no hacerle daño le pasó la toalla por el rostro. Los dedos de ella eran hábiles y ligeros y trabajaban a buen ritmo, lo que le indicaba a Eric que ya había hecho eso con anterioridad. Luego bajó hasta el cuello y por último los hombros. Telma creyó que era mucho más sencillo cuando él había estado dormido, al menos así intimidaba menos.

Eric tragó saliva con dificultad y carraspeó incómodo. Se estaba comenzando a excitar y, si eso ocurría, iba a pasar un mal rato, porque una ducha fría estaba descartada. Debía respetar a Telma, ante todo. Era imposible no verla como una mujer atractiva, pero tenía que controlar sus instintos si quería que todo saliera bien. Cuantas menos complicaciones hubiese, mejor para ambos.

—Creo que puedo continuar yo. Gracias —confesó mientras colocaba su mano izquierda sobre la de Telma, con la única intención de detener el sensual momento que ella le estaba provocando.

Ella se detuvo y estudió detenidamente su semblante. Estuvo a punto de retirar la mano, pero en el último momento lo pensó mejor. Ocultó su inquietud tras una sonrisa.

—Claro —aseguró—. Será mejor que vaya a preparar el desayuno.

Procura no humedecerte los puntos.

Él asintió con la cabeza. De pronto sintió la boca más seca y tuvo la sensación de que solo ella podría apagar su sed. Desechó esa desazón de forma inmediata. Cogió la toalla que ella le ofrecía.

—Si necesitas ayuda, solo tienes que llamarme —musitó ella—. La cabaña no es muy grande. Te acercaré la ropa.

—Te lo agradezco.

Telma tuvo que hacer un esfuerzo para no sucumbir a la ardiente mirada de él. Tenía que poner distancia ya.

—Hay cuchillas de afeitar en el segundo cajón —señaló a un pequeño armario situado al lado del lavabo.

—Creo que hoy no me afeitaré, pero gracias.

—Es comprensible —Ella se movió nerviosa por el angosto espacio—. Hay más toallas sobre la barra que hay en la pared de la ducha.

Él desvió la mirada hacía el lugar que ella señalaba. Aparte de las toallas encontró una percha donde colgaba su traje de neopreno. Estaba claro que ella lo había lavado.

—No imaginas lo que agradezco tu ayuda y tu hospitalidad.

Ella no supo qué decir. Lo miró largamente y luego asintió.

—Será mejor que me vaya.

Telma llegó a la cocina preguntándose qué había ocurrido hacía unos minutos en ese diminuto baño. La tensión sexual se podía haber cortado con un cuchillo. Se acercó a la cafetera, la llenó de agua y luego añadió el café.

Suspiró hondo mientras su mirada se perdía tras los cristales de la ventana. El mar estaba tranquilo, no se podía decir lo mismo de su corazón.

«Ni se te ocurra pensarlo, Telma», se dijo a sí misma en voz baja.

Fue en ese instante cuando su móvil vibró. Era un mensaje de Marina.

Espero que todo bien

«Nada va bien», pensó mientras ponía la cafetera al fuego.

CAPÍTULO 8

Telma sonrió para sus adentros cuando cayó en la cuenta de que ya no le quedaba pan para hacer tostadas. Eric se había comido al menos cuatro con mermelada y mantequilla. Volvió a llenar la cafetera de agua repitiendo la misma operación que ya había realizado escasamente veinte minutos antes. Estaba claro que Eric tenía buen apetito, señal de que se estaba recuperando.

Eric observó a Telma cuando esta le dio la espalda para poner la cafetera al fuego. Esa mujer era toda una incógnita; claro que ella podía decir lo mismo de él. Le había costado un esfuerzo casi titánico vestirse. El hecho de que fueran pantalones deportivos y camisetas de algodón amplias había sido de gran ayuda. Calzarse había sido otro de los obstáculos. Finalmente, no tuvo otra opción que recurrir a Telma. Estaba claro que Marina, la desconocida amiga, había acertado de pleno con su talla.

No sabía muy bien cómo tomarse que otra persona supiera de su presencia en la cabaña. Según Telma, Marina era una mujer en la que se podía confiar, él no lo dudaba, pero los tentáculos de Ulloa podían llegar muy lejos. Hasta los muertos desconfiaban de Ventura Ulloa, uno de los narcotraficantes más buscados en Europa. A esa lista había que añadir que era un asesino. Pensar en Arnaud hizo que la rabia que depositaba en su interior se revolviere violentamente. Arnaud no merecía haber muerto a manos de Ulloa. La tristeza lo invadió, como cada vez que pensaba en su compañero y amigo. Pero necesitaba, más que nunca, centrarse en el presente si deseaba sobrevivir mientras la venganza planeaba por su mente.

—¿Siempre has vivido aquí?

—No —fue la respuesta taxativa de ella.

No había que ser muy inteligente para adivinar que Telma no deseaba entrar en detalles.

Había sobrevivido al accidente de pura casualidad y estaba claro que era su ángel de la guarda. Un ángel muy atractivo, dicho sea de paso. Nada más llegar a esa conclusión, se sintió culpable. Intentó por todos los medios desechar ese pensamiento, por el bien de ambos.

Masticó despacio el pan caliente con mantequilla y mermelada de ciruela. Decir que todo estaba delicioso era decir poco. La cabaña le había sorprendido para bien. No era demasiado grande, pero tenía la impresión de que cumplía su cometido. Si bien los techos y los suelos eran de madera, las paredes estaban construidas a base de ladrillo y luego revocadas con cemento. Saltaba a la vista que quien la hubiese construido le había dedicado tiempo y había realizado un buen trabajo.

Era un espacio luminoso, con ventanas ni muy grandes ni muy pequeñas, pero sin persianas, algo no muy habitual en España. La intimidad del interior se salvaguardaba con pequeños y gruesos retazos de tela oscura, que colgaban de una barra de madera y argollas. De esta manera se intuía que había zonas donde los claros y oscuros predominaban buena parte del día. La cocina ocupaba un diminuto espacio, pero estaba bien equipada y parecía no tener importantes carencias; incluso un pequeño horno con grill situado sobre la encimera resultaba práctico y hasta se podría decir que curioso.

Eric levantó su taza de café, se la llevó a los labios y bebió un largo trago. No pudo evitar fijarse en la columna de cajas apiladas que había cerca de la puerta principal.

—Parece que estás de mudanza.

Telma acercó una cerilla al encendedor de la cocina. La llama surgió como por arte de magia y sobre ella fue donde colocó la cafetera. A continuación, miró el lugar exacto que indicaba Eric. Era cierto, dos meses

después de llegar a Ubiarco aún seguían varias cajas sin abrir. Si algo tenía claro es que el hecho de no haber desempaquetado todos sus enseres tenía un motivo, hospedarse en la cabaña era como un paréntesis en su vida. Con el tiempo tendría que comprar una casa algo más grande y organizar su vida de una vez por todas.

—Así es. Supongo que me cuesta adaptarme a los cambios —dijo ella sin más.

—¿De dónde vienes?

Ella supuso que un poco de conversación no la vendría mal. Sus largos y densos silencios solo eran rotos por *Chaikovski*: su música sonaba en un viejo tocadiscos que había pertenecido a su abuelo.

—Nací aquí, pero hace unos años me trasladé a Madrid.

Él masticó despacio mientras estudiaba cada uno de los gestos de Telma.

—¿Por qué Madrid?

Ella se encogió de hombros, luego apoyó la cadera en el borde de la encimera y dejó que sus dedos se entrelazasen. Jugó con ellos unos segundos antes de responder a la pregunta de Eric.

—Es allí donde se encuentra la mejor escuela de *ballet*.

Él la miró sorprendido. Las notas que salían del tocadiscos parecían dar más énfasis al argumento de Telma. Cuando terminó de hablar resonaron con más fuerza, si cabe, en la cabaña. Fue entonces cuando comprendió la elección de la pieza musical: *El lago de los cisnes*.

—¿Eres bailarina? —preguntó dejando la tostada inacabada sobre el plato.

—Era bailarina.

Al ver que ella no decía nada más, tomó un sorbo de café.

—¿Puedo saber qué pasó para que ahora hables en pasado?

—¿Puedo yo saber tu apellido? —respondió ella con otra pregunta. Sabía que se le presentaba la oportunidad de saber un poco más de él.

Eric dejó la taza sobre la mesa. Le parecía justo y lógico que ella quisiera indagar más sobre su vida. La cuestión era hasta dónde podría contarle. Estaba casi seguro de que Ulloa ya sabría su verdadera identidad, razón por la cual había firmado su sentencia de muerte. Decidió ser sincero. Al menos le debía eso a Telma.

—Dufort.

Ella le miró a los ojos. Estaba segura de que él le estaba diciendo la verdad.

—Eric Dufort —dijo ella, pronunciando por primera vez el nombre completo de él.

—Así es.

—Supongo que eres francés —le dijo, aunque ya había llegado a esa conclusión por su acento.

Él la miró con cierta cautela. El hecho de hablar desde su infancia el castellano no significaba que hubiese podido evitar su acento francés en los años posteriores. Nunca le había importado, pues estaba orgulloso de su nacionalidad y todo lo que representaba Francia.

—Y yo supongo que ya habías llegado a esa conclusión.

—Solo deseaba confirmar mi teoría —puntualizó ella. Cruzó los brazos en ese momento e intentó aparentar indiferencia—. Hablas varios idiomas.

Él dedujo que no era una pregunta.

—Ahora te toca a ti.

Ella se quedó muy quieta, ladeó la cabeza y fijó su mirada en él unos segundos.

—Está bien —claudicó, a sabiendas de que él no hablaría más sobre sí

mismo si ella no le daba cierta información—. Una mañana de marzo, mientras ensayaba, me rompí el tendón de Aquiles. El dolor fue insoportable y la decepción, tras el diagnóstico, aún más. Una operación, cinco semanas de escayola y varias más de rehabilitación —simplificó, sin querer recordar la desazón y las lágrimas de los días posteriores a la intervención quirúrgica—. Después de eso, mi vida profesional dio un giro de ciento ochenta grados. Todas mis expectativas, mis sueños y mis esfuerzos se diluyeron y quedaron relegados a un vacío que, aún hoy en día, complica demasiado las cosas.

Le parecía increíble poder resumir una nefasta etapa de su vida en tan pocas palabras.

—Suená complicado.

—Suená horrible —El agua de la cafetera hirvió y el café bulló al instante. El suave aroma se extendió por la cabaña—. ¿Más café?

—Sí, por favor —Él levantó la taza y extendió el brazo. Telma le sirvió primero a él y luego llenó su propia taza—. ¿No hay posibilidad alguna de volver a la danza?

—No, no la hay, y supongo que no la habrá nunca. Es un punto y aparte.

—Comprendo.

Ella dudaba que lo comprendiese. Tomó un sorbo de café sin dejar de observarle por el borde curvo de la taza. La danza clásica era algo más que subir a un escenario o llevar un tutú con más o menos estilo. El *ballet* era perseverancia, rutina, esfuerzo, significaba sentir la música con cada poro de tu piel, dar sentido a todo aquello que te apasiona, movimientos estudiados al detalle durante meses, músculos doloridos hasta la extenuación. Todo ello con una elegancia solo adquirida tras muchos años de dedicación y ejercicios rigurosos hasta llegar a rozar la perfección. Para ella la danza significaba belleza pura. En definitiva, era y sería siempre su vida.

Dejó sus pensamientos a un lado y se centró de nuevo en Eric.

—¿Y ahora vas a responder a mi pregunta?

Él la miró dubitativo.

—¿Cuántos idiomas hablas?

—Cuatro.

Ella le observó detenidamente. No pudo evitar abrir los ojos como platos, prestando especial atención a cada uno de sus gestos.

—¿Has dicho cuatro?

—Así es. Es una ecuación sencilla, verás: mi abuela era rusa, mi madre española, nací y me eduqué en Francia, y el inglés es un idioma que te imponen sin tan siquiera preguntar.

—Realmente increíble.

—Supongo que es un cúmulo de circunstancias.

—Lo tuyo también parece complicado.

—Lo es, te lo aseguro.

—¿Tus padres viven?

Mientras las preguntas de Telma fueran de índole personal, no había problema alguno. La cuestión era cómo reaccionar cuando su curiosidad se ampliase y tocase el campo profesional. Ser un agente francés infiltrado en España y que tu Gobierno no supiese tu localización exacta no era algo sencillo de explicar.

—No, murieron en un accidente de coche cuando yo tenía diecisiete años.

Ella abrió mucho los ojos.

—Vaya, lo siento —fue lo único que pudo decir.

—Son cosas que pasan.

No fue lo que dijo sino cómo lo dijo lo que llamó la atención a Telma.

Eric recordó aquellos fatídicos días tras el funeral como una auténtica pesadilla, a pesar de que su madre nunca se había comportado como se

esperaría que debería hacerlo una mujer entregada a sus hijos.

Los amigos y el resto de los familiares hicieron una verdadera piña para que el trauma y la conmoción del trágico accidente fuese menos doloroso e impactante para él y su hermana, pero aun así la sensación fue devastadora. Con el paso de los años comprendió que ese peso, esa sensación de vacío, no parecía querer disminuir. Nunca pensó que la echaría tanto de menos, pero ahí estaba él, diecisiete años después pensando en la mujer que le había dado la vida.

Su madre, Olivia, visto a través de los ojos de un adolescente, nunca había sentido lo que era el instinto maternal. Él lo comprendió demasiado tarde y ya poco se podía hacer al respecto. Un trabajo eventual como *au pair* en París le había dado la oportunidad de conocer al hombre que se convertiría en su marido. De la noche a la mañana su estatus social creció de forma vertiginosa. Pasó de cambiar pañales a codearse con la flor y nata de la capital francesa. Sus horas transcurrían hablando con sus amigas por teléfono o pensando qué traje de *Chanel* combinaba mejor para su próxima fiesta, en vez de sopesar las necesidades de sus propios hijos.

Su padre, Pierre Dufort, hijo de una inmigrante rusa y un pobre obrero de la construcción, se podía decir que tampoco había sido un padre maravilloso, pero era cierto que guardaba mejor recuerdo de él, quizá porque siempre lo había visto a través de los ojos de un niño que admira ensimismado a su héroe de la infancia. Su trabajo como inspector de homicidios le había robado demasiadas noches y días para con los suyos, eso había sido lo más duro para Eric. A él no le cabía la menor duda de que había sido un ejemplo para sus compañeros en la comisaría y para algunos de sus superiores. Eso siempre ocurre cuando se antepone el trabajo por encima de la familia. Quizás esa era la verdadera razón por la cual él no había querido casarse ni tener hijos. Su padre había sido un gran inspector, eso era indiscutible. Su sombra

aún sobrevolaba sobre su cabeza y él ahora le comprendía mejor que nadie. Aún se hablaba de él en París y de algunos de los complicados casos de asesinato que había resuelto. No se podía decir que Pierre Dufort hubiese sido un mal padre, pero sí un padre ausente.

La muerte de sus padres había sido tal y como habían vivido, rápida y violenta.

—¿Cómo ocurrió?

—Tras una de sus muchas fiestas regresaban a casa —resolló con fuerza—. Un conductor, que duplicaba la tasa de alcoholemia, se empotró contra el coche de mis padres. Murieron los tres tras el violento impacto.

—Es espantoso.

—Lo es, te lo aseguro.

—Tu vida cambió al momento.

Eric dio otro sorbo de café sin dejar de mirar a Telma. Por primera vez desde que él había despertado se la veía tranquila, no tan impaciente ni tensa con la situación que les estaba tocando vivir. Y debía reconocer que eso comenzaba a gustarle.

—Me afectó mucho —confesó, sin evitar romper el contacto visual con ella—. A mí hermana más que a mí, ella era más pequeña —explicó con calma—. Fueron mis abuelos paternos quienes nos acogieron tras el accidente. Doy por hecho que esa iba a ser tu próxima pregunta.

Ella negó con la cabeza. Eric era un hombre con demasiados secretos, pero el tiempo que había estado callado, creando silencios, supuso que era porque estaba recordando experiencias del pasado. Por su gesto contrito imaginó que tras la muerte de sus padres no había llevado una vida fácil y que seguramente se había esforzado mucho por sobrevivir. La curiosidad crecía por momentos, pero no quiso tensar la situación. Eric tenía todo el derecho del mundo a guardar bajo llave sus secretos, tal como ella hacía. No le podía

reprochar nada.

Él no pudo evitar sonreír cuando Telma volvió a hacer su característico mohín.

En ese preciso instante, la música se diluyó y permitió que el silencio se apoderara de nuevo en la cabaña.

— ¿Más preguntas?

El móvil de Telma, que en ese momento se encontraba sobre la mesa de la cocina, vibró con fuerza e hizo temblar la superficie. Ella fue rápida, pero no lo suficiente. Eric lo fue más. Pudo leer en la pantalla el nombre de Víctor antes de que ella lo cogiera.

Su rostro se mostró inexpresivo. Se limitó a colgar y a guardarse el teléfono en el bolsillo.

Él apartó la taza con la mano, quizás con la única intención de hacer algo. Mientras, ella guardaba un silencio sepulcral, dando a entender que no iba a hablar del asunto. Ella sacó la mano del bolsillo mientras toda su atención recayó de nuevo en él.

—¿Cómo se llama tu hermana?

Él cayó en la cuenta de que no se lo había dicho.

—Morgane —dijo al fin—. Es cinco años menor que yo.

A ella le gustó el nombre, y más cuando lo pronunció de nuevo con una dosis extra de cariño y dándole más énfasis, quizá porque no era un nombre muy común en España.

—¿Quieres llamarla?

El día había transcurrido tranquilo, sin altibajos. Eric, al no tener televisión, se había dedicado a leer y a escuchar música clásica. Supuso que

ambas actividades bien podían ser buenas purificadoras para el alma. En la cabaña había una pequeña estantería donde se podía encontrar algunos libros interesantes, desde novelas a manuales de enfermería y de medicina. Esto último le llamó poderosamente la atención. Decidió que, llegado el momento, le preguntaría a Telma y saldría de dudas. Se decidió por un *thriller* de asesinatos en serie. Era curioso cómo su mente estaba programada para resolver los casos más escabrosos. Había leído aproximadamente seis capítulos antes de cerrar el libro y no pudo evitar llegar a la misma conclusión a la que siempre llegaba: la realidad siempre superaba a la ficción. Él lo sabía mejor que el autor de la novela.

En ese instante se encontraba solo en la cabaña, Telma había salido. Según le había contado, tenía intención de hablar con algunos de los pescadores de la zona que solían reunirse allí cada día.

Se levantó de la cama con cautela y con toda la atención puesta en las zonas más sensibles de su anatomía. Soltó un improperio cuando la herida de la pierna le recordó que debía tener cuidado con los movimientos bruscos. Se sentó en el lateral del colchón y apoyó los codos cerca de las rodillas, evitando en todo momento el profundo corte del muslo. Dejó que la cabeza cayera directamente a sus manos.

Había declinado la oferta de Telma de ponerse en contacto con su hermana. Morgane estaba acostumbrada a los largos periodos de tiempo en el que él desaparecía para luego integrarse de nuevo en la vida familiar. La echaba de menos, siempre lo hacía, pero ahora tras el nacimiento de los gemelos la separación se parecía más a una penitencia que a otra cosa. Decir que adoraba a sus sobrinos Adrien y Bastián era poco. A sus dos años eran unos diablillos rubios con ojos azules a los que amaba por encima de muchas cosas, incluso de sí mismo. Jacques, su cuñado, cuidaría bien de ellos. Morgane había elegido bien a su compañero de vida. Jacques era un arquitecto

increíble, pero aún era mejor persona y confiaba plenamente en él.

Lo que más le preocupaba era que sus superiores le diesen por muerto. Sopesó varias opciones, pero no le convenció ninguna. Poner a Telma en riesgo quedaba totalmente descartado, ese pensamiento le dejó una sensación de alivio que no supo muy bien cómo interpretar. Volvió a la realidad y pensó que necesitaba tiempo para curar sus heridas, al menos hasta que pudiese andar con normalidad. Luego tendría que confeccionar un plan seguro, no necesitaba preguntas incómodas por parte de las autoridades españolas ni de Telma. Había llegado hasta allí saltándose varias fases del protocolo. Si fuese descubierto, estaba casi seguro, abriría una brecha diplomática entre el país galo y el español. Otro detalle destacable era que no disponía de dinero en efectivo, ni de documentación para identificarse en caso de que tuviera que hacerlo. Lo había perdido todo cuando salió huyendo de la fortaleza de Ulloa. Había salvado la vida por poco y por ahora eso bastaba. Ni tan siquiera podía disponer de vehículo, y eso nunca era una buena señal. El avión era una vía de huida inviable. También desechó la idea alquilar un coche. Subirse a un autobús era otra de las opciones que quedaba descartada, alguien podría estar buscándole y reconocerle. Improbable, pero no imposible. Además, estaba seguro de que Ulloa había apostado a algunos de sus hombres en lugares estratégicos por si él decidía salir del país.

Quizá lo peor de todo era que no iba armado. Había perdido su arma y seguramente ahora estaría en el fondo del mar. Bajó la mirada a sus manos desnudas y llegó a una conclusión: le urgía regresar a Francia lo antes posible, pero por ahora era inviable.

Escuchó voces fuera de la cabaña. Se incorporó e hizo todo lo posible por no pensar en el dolor. La brecha de la frente y la herida del brazo izquierdo eran más soportables, pero el dolor del costado y la pierna eran otro cantar. Esperaba que no hubiese ninguna costilla fracturada, sí alguna fisura,

pero sin una radiografía iba a ser complicado tener a ciencia cierta un diagnóstico veraz.

Se acercó hasta la cocina cojeando. Cogió un vaso de uno de los armarios, abrió el grifo y lo llenó de agua. Esbozó una sonrisa al ver la caja de ibuprofeno, que descansaba sobre la encimera. Necesitaba aplacar de una vez por todas el dolor, aunque solo fuera durante unas horas. Abrió el envase y cogió dos. Su hígado estaría totalmente en desacuerdo con esa decisión, pero su mente se lo agradecería.

Mientras tragaba las pastillas observó a Telma a través de la ventana. Por primera vez la escuchó reír. Algo se removió dentro de él, algo para lo que no estaba preparado. Esa risa llegaba amortiguada, pero era como un bálsamo de paz para su alma atormentada. No cabía duda de que Telma era especial, una mujer fuerte y leal a sus principios. Sin pretenderlo, la necesitaba.

En ese momento hablaba con un hombre de mediana edad. El hombre en cuestión levantaba las manos por encima de su cabeza, gesticulaba casi de una forma absurda y Eric quiso entender que señalaba al mar. De lo que no tenía duda era que parloteaba sin parar. La conversación parecía ser distendida y amena, viendo el interés que ponía Telma en ella.

Eric enjabonó y aclaró el vaso. Lo secó y lo guardó de nuevo en el armario, tal como le había enseñado su abuela. En ese preciso instante, Telma se retiró un mechón de pelo de detrás de la oreja, a la vez que su sonrisa se ensanchaba. «Demasiado bonita», pensó. «Borra ese pensamiento ahora mismo de tu mente», se ordenó.

Lo mejor para ambos era mantener las distancias.

Se alejó de la ventana por miedo a que el hombre se percatara de que Telma no estaba sola en la cabaña, pero desde su posición actual aún podía distinguir las dos figuras. Ante todo, quería pasar inadvertido, no revelar su

presencia en un pueblo que, según Telma, era muy pequeño, aunque muy acogedor. Si alguien le descubría, seguramente en cuestión de minutos estaría de boca en boca, sin poder hacer nada para evitarlo, y eso sería nefasto para todos.

El hecho de que Telma supiese la verdad ya era todo un riesgo.

La brisa del mar revolvió ligeramente su cabello ondulado. Ella rápidamente se retiró varios mechones de la cara. La observó asentir varias veces con la mirada puesta en el mar. El hombre seguía hablando, pero en esta ocasión sus manos se habían relajado y ya no gesticulaban con tanto entusiasmo.

Telma se despidió con un par de besos, uno en cada mejilla del hombre con el que había estado hablando alrededor de veinte minutos. Luego se giró sin evitar mirar hacia la ventana. No podía verle, pero estaba segura de que Eric estaba ahí. Era una sensación extraña, desconocida, pero al mismo tiempo ya reconocible. Un escalofrío le recorrió la espalda de principio a fin.

La situación se complicaba por momentos. Félix, pescador y amigo de su padre, había sido de gran ayuda. Le había contado que un yate había estado varias horas por la zona. Solo había distinguido a un par de buzos, pero que en ningún momento le habían preocupado, ya que no eran muchos los que solían bucear por la cala.

Telma no estaba del todo segura de que no fuesen los mismos hombres que habían atentado contra la vida a Eric. Le hubiese gustado comprobar si se trataba del mismo yate que ella había avistado hacía un par de días. Se ciñó la chaqueta al cuerpo y dirigió sus pasos a la cabaña. Antes de entrar su mirada se desvió al cielo: plumizas nubes cubrían buena parte de él y, como era de esperar en Cantabria, presagiaban lluvia. Lo último que advirtió antes de entrar en la cabaña fue la austera y solitaria ermita de Santa Justa al pie del acantilado. Las olas se afanaban por bañar sus muros, pero la furia de la

pleamar no parecía ser rival para ella. No cabía duda de que la ermita era una protectora idónea para las gentes de Ubiarco.

CAPÍTULO 9

Telma cortó, con ayuda de un cuchillo y sobre una pequeña tabla de madera, los tomates en rodajas finas. A continuación, las dividió en los dos platos que se encontraban sobre la encimera. Le gustaba estar ocupada e intentar no pensar en nada que no fuese lo que tenía entre manos. Podía sentir la mirada de Eric en su espalda, pero hizo un gran esfuerzo por no girarse. Seguían siendo dos desconocidos y eso no derribaba barreras, sino todo lo contrario, parecía levantarlas.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Ella no cesó en su tarea. Pensó que ni un huracán evitaría que Eric formulase su pregunta, así que se limitó a mostrarse receptiva. Había descubierto en las últimas horas que el hombre con el que ahora compartía la cabaña podía ser impaciente, curioso en el más amplio sentido de la palabra, y sobre todo muy reservado para lo concerniente a sí mismo. Todas esas apreciaciones habían calado en ella. Sin pretenderlo había llegado a una conclusión: no iba a acelerar las cosas. Ante todo, necesitaban encontrar ese ritmo que fuese cómodo para los dos. Si algo había aprendido en la vida era que vivir en el pasado solo traía tristeza y hacerlo en el futuro, ansiedad.

—Claro. Dispara.

Él la miró con los ojos entornados. Segundos después, sonrió abiertamente. Esa sonrisa hizo que a Telma le flaqueasen las piernas.

—¿Quién era el hombre con el que has estado hablando ahí fuera?

No era aquel un tono de reprimenda, así que ella dedujo que era simple curiosidad.

—Se llama Félix. Era amigo de mi padre y le gusta pescar por esta

zona algunas tardes. Hablamos a menudo, si yo no he salido a dar un paseo o a algún recado al pueblo.

A él no le pasó desapercibido que Telma hablaba en pasado.

—¿Era?

Telma se giró y abrió el frigorífico. De la primera balda cogió una bolsa de plástico que contenía lechugas variadas para preparar la ensalada.

—Mi padre murió hace ocho años de un ictus cerebral —dijo mientras abría la bolsa y volcaba parte de su contenido en uno de los platos—. Le encantaba pescar y solía hacerlo con Félix —Intentó por todos los medios posibles dejar de sentir esa sensación de culpabilidad que se apoderaba de ella cada vez que hablaba de aquello.

Eric se levantó de la silla en la que se encontraba sentado, maldijo el dolor de la pierna que le impedía andar con normalidad y permitió que su mirada se perdiera a través de la ventana. Observó cómo la luz del atardecer se dispersaba por los increíbles campos de intenso verde que rodeaban la cabaña. Estaba claro que Telma portaba su propia mochila de penalidades y que la vida tampoco le había sonreído en exceso.

—¿Por aquel entonces qué edad tenías?

—Veintidós años.

Eric pensó que la edad en la que Telma perdió a su padre no distaba mucho de la que tenía él cuando perdió a los suyos. Sin duda alguna había sido un duro golpe para ella.

—¿Puedo ayudar en algo?

Ella levantó la vista en ese momento y dejó la bolsa de plástico al lado de uno de los platos.

—No es necesario, gracias —dijo lentamente, como si necesitase recomponer sus pensamientos antes de continuar. Decidió que era el momento idóneo para cambiar de conversación—. Será una cena sencilla. Pechugas de

pavo acompañadas por una ensalada sencilla, nada del otro mundo. No serás vegetariano, ¿verdad?

Él la miró con una sonrisa en los labios y dijo que no.

Ella, nerviosa por el tono de su voz, decidió cortar el segundo tomate. Resolvió que lo mejor era centrarse en la tarea y evitar una tragedia con el filo del cuchillo.

—¿Alérgico a algún alimento?

Eric se metió las manos en los bolsillos de su pantalón deportivo. Era la mejor manera de mantenerlas controladas y a salvo de Telma. Era una mujer hermosa e inteligente, que sin que él pudiera hacer nada al respecto iba haciéndose un hueco en su vida. Le atraía demasiado, así que optó por controlar su libido. Necesitaba que las cosas salieran bien.

—No, supongo que no —respondió en un tono jocoso.

Ella levantó en ese momento la cabeza y arqueó las cejas.

—¿Supones?

La sonrisa de él se ensanchó.

—No he probado todas las delicias españolas, así que aún no estoy seguro.

No fue lo que dijo sino cómo lo dijo lo que hizo que todas las alarmas de Telma saltasen a la vez. Eric era un hombre muy atractivo y derrochaba testosterona. Ella se había dado cuenta y mantenía las distancias, quizá porque lo último que deseaba era complicarse en una situación que sabía con antelación que no tendría ningún éxito en el futuro. Estaba segura de que Eric se iría, no era un hombre que echase raíces.

«Céntrate y no te desvíes de tu camino», pensó mientras volvía a prestar atención a la tarea que tenía entre manos.

—Bien —fue lo único que pudo responder.

—Siento mucho lo de tu padre —dijo él retomando la conversación.

Ella levantó la mirada y se estremeció al sentir cómo sus ojos grises la observaban.

—Gracias —fue lo único que pudo decir, mientras volvía a concentrarse en el cuchillo para evitar sufrir un accidente.

—¿Y tu madre?

Ella decidió que era el momento de dejar la ensalada y centrarse en el segundo plato. Para ello, sacó la sartén de uno de los armarios y la colocó sobre uno de los encendedores de la cocina.

—Lo siento —se disculpó—. No respondas si no quieres.

Ella se limitó a humedecerse los labios.

—Mi madre vive en Bélgica con mi hermana Clara.

Él, cansado de soportar casi todo su peso en la misma pierna, volvió a la silla donde minutos antes había estado sentado.

—Bélgica es un gran país.

—Imagino que sí —respondió ella, mientras vertía una pequeña cantidad de aceite de oliva en la sartén y con ayuda de una cerilla prendía el encendedor de gas.

—Así que estás sola aquí.

Tomó aire antes de contestar. Al parecer la curiosidad sobre sus vidas era mutua. Optó por responder a sus preguntas. Desde que él había despertado no se sentía tan sola y un poco de conversación era de agradecer.

—Así es. Mi hermana ha dado a luz hace unos meses y necesita ayuda con el bebé.

—¡Felicidades! Eres tía —Él siguió mirándola como si lo que más le importase en ese momento fuese analizar cada uno de sus gestos—. ¿Niño o niña?

—Niño. Se llama Pablo.

Quizá lo que más le impactó a Eric fue el tono de orgullo que utilizó

Telma a la hora de hablar de su sobrino.

—Aún no le conozco. He visto cientos de fotos, eso sí —aclaró sin poder borrar una enorme sonrisa de sus labios.

—Es una lástima, pero estoy seguro de que muy pronto podrás tenerle entre tus brazos.

Eric no pudo evitar pensar en sus propios sobrinos; los extrañaba y mucho. Se preguntó qué estaría haciendo en aquel momento su hermana Morgane y si estaría pensando en él. Seguramente la respuesta sería sí. Desterró ese pensamiento antes de que pudiera hacerle más daño.

Ella no respondió, se limitó a sazonar las pechugas de pavo.

El silencio se instauró entre ellos como una losa.

De pronto a Eric le vino una nueva pregunta.

—¿Tu hermana y tu madre saben lo de tu lesión?

Ella dejó la carne en la sartén, la cubrió con una tapa y se volvió a mirarlo; él intentó leer la verdad en sus ojos antes que pronunciase una sola palabra.

—No —A duras penas sonrió.

—¿Por qué? —preguntó él, sintiendo cada vez más curiosidad por Telma y su familia.

—Mi madre habría regresado a Cantabria de inmediato.

Él arrugó el ceño.

—¿Y eso hubiese sido malo?

—Mi hermana la necesitaba y aún la necesita —explicó a *grosso modo*—. Ellas piensan que me estoy tomando unas semanas de vacaciones —Le sostuvo la mirada un momento—. Espero que no me juzgues.

Él apretó la mandíbula, quizá porque era Telma, sin saberlo, quien le estaba juzgando a él.

—No soy nadie para juzgarte.

Ella no supo cómo tomarse la respuesta. Levantó de nuevo la tapa de la sartén y, con ayuda de un tenedor, le dio vuelta a la carne.

—¿A qué se dedica tu hermana?

—Es ingeniera química.

Él silbó con fuerza.

—Sí. Es increíble en tantas cosas que me pasaría horas enumerándolas. La admiro, ¿sabes? —Cogió la sartén por el asa y la movió despacio en el aire—. Es feliz con su pareja y sé que ser madre es un sueño hecho realidad.

—Hablas con orgullo.

—Estoy muy orgullosa de ella y de todo lo que ha conseguido en la vida. Sintió la necesidad de decir—. Es increíble en muchos aspectos.

Eric se recostó en la silla.

—Y ahora la necesitas más que nunca.

Ella tragó saliva con dificultad.

—Es posible, pero al mismo tiempo complicado.

—Podrías llamarla y contarle lo que está sucediendo.

Telma intentó sonreír, pero no lo consiguió.

—No, no quiero enturbiar su momento.

Eric la comprendía mejor que nadie. Él actuaba de la misma manera, pero también conocía la respuesta ante esa actitud: una soledad sobrecogedora.

—Tienes todo el derecho a pensar así.

—Claro que lo tengo —respondió Telma con una sonrisa que no le llegó a los ojos—. Se lo contaré a su debido tiempo. Ella se enfadará y luego me perdonará, así funcionan las familias.

Eric había escuchado aquella misma respuesta cientos de veces de sus propios labios, pero no siempre era tan fácil.

—¿Por qué tienes tantos libros de medicina? —preguntó con la única intención de llevar la conversación a otro terreno. Saltaba a la vista que Telma estaba intranquila.

Telma colocó en uno de los platos la pechuga de pavo que había sacado de la sartén y a continuación decidió cocinar la segunda. Notó el nudo en la garganta antes de responder.

—Eran de mi padre.

«Vaya, al parecer el tema familia no se ha zanjado», pensó Eric.

—¿Era médico?

—Sí, un gran médico —se vio en la necesidad de decir—. El mejor, diría yo.

Eric observó cómo los ojos de Telma se iluminaban cuando hablaba de su padre.

—Por lo que veo fue un buen maestro, te enseñó bien —dijo haciendo referencia a sus heridas y a sus puntos de sutura.

Ella se apoyó contra la encimera.

—Se puede decir que he vivido entre enfermedades y heridas buena parte de mi vida. Me encantaba ayudarlo en su consulta, ¿sabes? —Sintió las lágrimas contenidas en sus ojos, pero logró controlarlas a tiempo—. Era un padre increíble y dedicado a su profesión. Le echo tanto de menos que tengo la impresión de que a veces se me puede romper el corazón. Es una pesadilla que no quiere pasar página —Se llevó la mano a la garganta y sintió cómo su pulso, ya acelerado de por sí, aumentaba aún más el ritmo.

—Conozco la sensación.

—Sí, supongo que sí —fue lo único que pudo responder ella, sabiendo que más tarde le preguntaría a Eric lo que había querido decir con aquella afirmación.

—¿Sabes? Comencé a estudiar Enfermería. —Ni siquiera sabía por

qué había dicho aquello en voz alta. Se percató de que ya era demasiado tarde cuando comprobó que había captado toda su atención —. No terminé la carrera.

Eric la miró largamente. La tensa expresión de Telma se suavizó. Luego él asintió despacio.

—Esas cosas suelen ocurrir, no debes culparte.

Ella apagó el fuego. Llevó los platos a la mesa.

—Espero que te guste la cena.

Él atrapó una de las manos de Telma entre las suyas.

—No hay respuestas correctas. Estoy seguro de que hiciste lo correcto al dejar la carrera e ir a Madrid en busca de tu sueño.

—¿Tú crees? —preguntó ella, sin poder dejar de sentir el calor de su mano sobre la suya.

—Puedes retomar la carrera cuando quieras, si es lo que deseas.

Ella se alejó de él y no pudo evitar sentir una sensación de frialdad al hacerlo.

—Imagino que todo es posible —dijo sin más—. Come, la cena se enfría.

—¿Quién es Víctor?

Ella suspiró y se amoldó de nuevo al colchón antes de responder.

«¿Quién es Víctor?». Era curioso, pero se había repetido hasta la saciedad la misma pregunta en las últimas semanas y aún no había encontrado una respuesta que la satisficiera y no la hiciese pensar que había sido la mujer más estúpida de la faz de la tierra.

—Alguien del pasado —dijo sin más, intentando dar por zanjado el

interrogatorio sobre ese tema. No quería hablar de Víctor ni de nada relacionado con él, quizá porque había sido otro de sus fracasos en la vida y aún le dolía demasiado.

Eric observó la tensa espalda de Telma, que se movió inquieta. Saltaba a la vista que estaba pisando terreno peligroso. Con cuidado de no hacerse daño, se dio media vuelta y miró hacia el techo. Ella se encontraba a su lado. Le gustaba ese momento que compartían durante la noche, quizá demasiado. Aunque era curioso, ya que era el instante que más unidos estaban físicamente y más distantes sus almas. Después de escuchar las noticias en la radio, habían decidido irse a dormir, pero el sueño parecía no sucumbir.

Decidió que no insistiría respecto al tema del tal Víctor por el momento.

—¿Te duele la pierna?

Él se pellizcó el puente de la nariz, cerró los ojos un segundo y volvió a abrirlos.

—No tanto como esta mañana.

La respuesta no dejó muy convencida a Telma, pero ella poco más podía hacer al respecto.

—Podríamos ir al hospital.

Eric tensó los labios.

—Mejor no —respondió él demasiado rápido—. Pero agradezco tu interés, sé que has hecho mucho por mí y no quiero ser descortés.

Telma sintió la necesidad de acercarse más a él, de abrazarle, de darle esa paz que él también parecía necesitar; sin embargo, sabía que no sería buena idea, así que reprimió el impulso y se quedó en su lado de la cama.

—¿Por qué no has llamado a tu hermana? —preguntó con el único fin de saciar su curiosidad. A medida que pasaba más tiempo con Eric, miles de preguntas y de dudas asaltaban su mente.

Eric se pasó los dedos por la frente antes de responder. En la cabaña no había instalado ningún rúter, por lo tanto, no había conexión wifi. Era una de las cosas que había comprobado esa tarde. No quería poner a Telma en peligro, razón de más para no utilizar su móvil.

—Morgane sabe que puedo pasar varias semanas... —iba a decir meses, pero se corrigió antes de continuar—... sin saber de mí.

—¿Semanas? —inquirió Telma con un tono de incredulidad, mirando una pared que ya conocía cada una de sus irregularidades a causa de sus desvelos.

Eric sabía, de antemano, que Telma necesitaba respuestas si no deseaba que la desconfianza creciese aún más entre ellos. La debía mucho y había llegado el momento de sincerarse, al menos hasta donde pudiese contarle. Suspiró y con aire pensativo se fijó en las sombras que se proyectaban en el techo. Sopesó las diferentes opciones y llegó a la conclusión de que ya no había marcha atrás. Rezó por no estar cometiendo el error más grande de su vida.

—Debería irme y dejar que siguieras con tu vida.

Ella permitió que las palabras quedaran suspendidas un momento en el aire.

—No tengo dinero con que pagar tu hospitalidad ni cubrir gastos —repuso con tono hosco—. Y eso no está bien por mi parte.

Pensó en la sencilla y deliciosa cena que ella le había preparado esa noche. No podía seguir abusando del refugio que Telma le brindaba. Sus pensamientos se desvanecieron cuando escuchó la voz de ella.

—No puedes dar más de dos pasos sin cojear y aún no has recobrado las fuerzas —dijo a fin de no parecer muy patética.

No tenía ni idea de por qué deseaba que Eric se quedase a su lado. Quizá fuera egoísmo o que no deseaba enfrentarse a esa etapa de su vida sola.

Suspiró y deseó borrar esos pensamientos de un solo plumazo de su mente. En el fondo, sí estaba siendo patética, y eso no le gustaba en absoluto.

—Lo que te voy a decir a continuación podría cambiar tu vida para siempre.

Telma, ante esa afirmación, se hubiese echado a reír, pero no deseaba que Eric se llevase una mala impresión de ella. Con la yema de los dedos acarició las sábanas. El contacto con la tela pareció tranquilizarla, pero en el fondo sabía que no era cierto. Desde que Eric había entrado en su vida siempre estaba tensa, a la expectativa. Podía detener aquello ya mismo, decirle que se marchara, expulsarle de su vida y nadie se lo reprocharía. Posiblemente lo haría ella misma, sin embargo, con el tiempo se perdonaría y dejaría aparcado aquel episodio en un lugar muy recóndito de su mente.

«¿A quién quiero engañar?», se dijo. No se sorprendió al no obtener respuesta alguna.

—¿Tú quieres irte?

Eric sopesó la respuesta antes de contestar.

—Solo digo que sería lo mejor para ti.

—No creo en las casualidades, Eric. Sé que has llegado a mi vida por alguna razón.

—Haces bien en desconfiar de mí —dijo él, sin segundas intenciones.

Ella hizo una mueca y luego tragó saliva. Seguía de espaldas a él. Era curioso, llegó a la conclusión de que nunca le había temido, sí desconfiado. Sin embargo, el miedo nunca se había instaurado entre ellos.

—Háblame, Eric.

Una tonta sensación de alivio se apoderó de él.

—Pertenezco al DGSE —dijo al fin.

Telma arrugó el entrecejo. No tenía ni idea de qué significaban esas siglas, pero sonaban importantes. Se giró y apoyó un codo en el colchón

mientras su mano sostenía su cabeza. Lo observó con intensidad.

—¿Qué significan las siglas DGSE?

Algo parecido a un bufido llegó hasta ella. Eric dejó de mirar al techo,ladeó la cabeza y toda su atención recayó sobre Telma. Le hubiese gustado enredar sus dedos en los cabellos de ella, atraerla hacia a sí y besarla hasta hacer que perdiera cada uno de sus miedos; sin embargo, sabía de antemano que aquello no iba a ser una buena idea. Telma se estaba metiendo en su piel y en su corazón tan deprisa que él parecía no poder hacer nada para evitarlo. Así que se resignó a la evidencia y decidió que, para bien o para mal, ya era hora de enfrentarse a su destino.

—Voy a ser sincero contigo, Telma. Pero quiero que entiendas que hay detalles que no puedo contar.

Telma se sentó en la cama, se llevó las rodillas al pecho y lo observó detenidamente, como si quisiera leer más allá de lo que él le permitía.

Eric se fijó en el sutil movimiento de Telma cuando se llevó una de las manos al pelo y lo apartó hacia atrás. Fue un gesto cotidiano, sin importancia alguna, pero a él le pareció de lo más sensual. Tragó saliva con dificultad y se limitó a cambiar la posición de las piernas, ya que un hormiguelo incesante le recorría la extremidad y le estaba resultando de lo más incómodo.

—Pues empieza por lo que me puedes contar —dijo ella con una sonrisa inocente y suave en los labios.

CAPÍTULO 10

—Trabajo para la Agencia de Inteligencia Exterior de Francia.

Ya está, ya lo había dicho en voz alta. La suerte estaba echada.

Ella abrió muchos los ojos, como si intentara gestionar de alguna manera aquella información. Inspiró aire y luego lo dejó escapar lentamente.

—Entonces, ¿estaba en lo cierto? ¿Eres un espía tipo James Bond?

Eric soltó una carcajada. Segundos después se presionaba los ojos con los dedos.

—No está bien que me compares con James Bond, eso no me deja en buen lugar, te lo aseguro.

Ella, aún con las rodillas en el pecho, escondió en ellas la cara.

—Lo siento —Su voz sonó amortiguada, quizás algo avergonzada. Eric se había comportado como un caballero desde que se había despertado. No había habido ningún tipo de contratiempo y no estaba del todo seguro de si eso la irritaba o, por el contrario, la tranquilizaba. Llenó de nuevo sus pulmones e intentó colocar todas las piezas del rompecabezas que tenía entre manos.

—¿Decepcionada?

Ella ladeó la cabeza y dejó entrever de nuevo su rostro. Soltó el aire que un par de segundos antes había inspirado. Tenía mucho en qué pensar. Marina la había tachado de insensata a la hora de rescatar a un hombre del mar, y no le faltaba razón; pero, a medida que transcurrían las horas, tenía la impresión, aunque fuera la impresión más incoherente y estúpida del mundo entero, que aquel hombre que había salvado de morir ahogado era una treta del destino. Por un momento encontró cierta similitud con *La sirenita*, uno de los cuentos de Hans Christian Andersen. Eso hizo que se sintiera más ridícula aún.

Eric no era un príncipe sino un espía francés que se encontraba en España. Tomó nota mental de esto último.

«Despierta, Telma, despierta de esta fantasía y enfréntate a los hechos de una vez por todas», pensó mientras su mirada se hilaba de nuevo a la de Eric.

—No, supongo que sorprendida, pero, si te soy sincera, más tranquila de saber que no estoy durmiendo con un asesino en serie.

Él arqueó una ceja.

—Nunca has pensado eso.

Ella sabía que Eric estaba en lo cierto. Desde el primer momento que lo avistó, sin saber muy bien por qué, deseó darle una oportunidad. Había algo en él que la había cautivado desde el principio. No podía explicarlo, pero ese *algo* iba creciendo a una velocidad vertiginosa, y ella no tenía ni idea de cómo detenerlo o si realmente deseaba obviarlo. Entre ellos había complicidad, eran dos desconocidos que necesitan con urgencia confiar el uno en el otro. Miró a Eric y sintió un escalofrío que la dejó helada y temblando. Él la miraba con atención, sin prisas, como si fuese un ser valioso que anhelaba contemplar. Casi podía asegurar que lo hacía con deseo. No sabía cómo hacer frente a la situación, así que se limitó a responder tras buscar una postura erguida y con los hombros hacia adelante.

—No, no lo he hecho —dijo con una sonrisa sesgada—. Confíe en mi instinto y, por una vez, supongo que acerté.

—¿Hubieses preferido que fuese uno de los malos?

Telma, ante la pregunta, boqueó y seguidamente sonrió abiertamente. Cogió la almohada, que se encontraba a su espalda, y se la tiró a Eric.

Él rio con fuerza, recogió la almohada con las manos antes de que impactase en su cara. Sus compañeros siempre le decían que en buenos reflejos no le solía ganar nadie.

—Por supuesto que no —subrayó ella—; es más, creo que mi ritmo cardíaco ha descendido considerablemente tras aclarar mis dudas.

—No era mi intención que tu ritmo cardíaco disminuyera —dijo él colocando de nuevo la almohada en su lugar.

Ella ladeó la cabeza y le miró arqueando las cejas.

—¿Estás flirteando conmigo, Eric Dufort?

A él le encantaba cómo sonaba su nombre en labios de ella.

—¿Estaría mal que lo hiciera?

La sonrisa de ella desapareció y dio lugar a una expresión que él no supo interpretar. Carraspeó antes de continuar con la conversación.

—En el fondo, creía que te debía una explicación —repuso con la única finalidad de cambiar de tema. Estaba andando sobre arenas movedizas—. Sé por experiencia que confiar los unos de los otros es la única manera de evitar la traición.

Ella le miró seria. El brusco cambio de conversación la pilló desprevenida, así que colocó sus codos contra las piernas, cansada. Compartir cama era algo íntimo, un paso importante. Ella tenía la impresión de que se habían saltado muchos de esos pasos, quizá por esa razón estaba tan inquieta.

—Parece que sabes de lo que hablas —dijo al fin, dando de lado a sus pensamientos.

Eric volvió a mirar hacia el techo. Era una vía de escape más. Allí no había nada interesante, pero al menos escapaba de la mirada de Telma, y eso ya era mucho. Se sentía liberado por haber sido sincero con ella, pero al mismo tiempo preocupado.

—¿Qué me estoy perdiendo?

Eric giró la cabeza y la observó. Cada vez que lo hacía, más la deseaba, y eso no estaba bien. Se increpó a sí mismo por su actitud.

—Tengo que ponerme en contacto con mi gente, Telma —dijo con

aparente calma.

—¿En Francia?

Él afirmó con la cabeza.

Ella supuso que tras esas palabras había algo más, pero se limitó a aspirar profundamente. Estaba siendo una noche muy intensa.

—Puedes hacerlo cuando quieras, tienes mi móvil a tu entera disposición.

Le estaba ofreciendo una salida, una huida. No pudo seguir mirándole a los ojos y apartó la mirada una vez más.

—Telma... —Eric levantó un brazo. Sus dedos se deslizaron por la mejilla de ella.

Telma sintió que la parte donde Eric la acariciaba dejaba un rastro de calor intenso. Dio un respingo involuntario y fue entonces cuando él dejó caer el brazo de forma precipitada.

—No puedo utilizar tu teléfono móvil —le dijo con aparente calma mientras mentalmente se reprendió por el íntimo gesto que acaba de compartir con ella—. En segundos rastrearían la señal y no quiero que te veas envuelta en todo esto.

Ella iba a responder que ya estaba metida hasta el cuello, pero se limitó a guardar silencio. Bajó la mirada, visiblemente incómoda.

—Mi coche es otra opción.

Él la observaba como si intentara leer su mente.

—No podría hacer algo así, pero te agradezco la oferta. Es más que generosa.

—Podrías devolvérmelo más adelante.

—Conducir tu coche te relacionaría conmigo, y eso no va a suceder.

—Es solo un utilitario, pero...

—Telma, no —la interrumpió él—. Nunca te pondría en peligro. Lo

hice una vez cuando te tiraste al mar para salvarme, pero no va a volver a suceder.

—Fue una elección mía, tú no me obligaste —objetó ella.

—Y siempre estaré en deuda contigo por ello —Eric tenía la mirada fija en el techo—. Pensaré en algo.

—Eric...

—He decidido que no voy a mentirme más —La interrumpió él con tono sombrío. La tensión sexual entre ellos era más que evidente y él tenía que salir de esa cabaña a toda costa—. Puede sonar hipócrita, pero quiero que sepas que estoy siendo sincero contigo. Te deseo, y eso podría complicar las cosas entre nosotros.

Ella apretó los labios mientras su mirada volaba de nuevo a él. Más nerviosa de lo que pudiera confesar, se colocó el pelo detrás de las orejas. Era más un gesto adquirido que una necesidad. De pronto sintió que el frío aire de la habitación la envolvió.

—Ven aquí.

Ella vaciló unos segundos. No tuvo necesidad de hacerlo más porque él la atrajo hacia su cuerpo. Eric renegó cuando se vio en la necesidad de mover la pierna. Telma, con cuidado de no hacerle daño, se deslizó bajo la sábana hasta que su cabeza tocó con la almohada. Casi de forma instintiva, se giró a su postura inicial, mirando hacia la pared, pero Eric llegó más lejos y apoyó la espalda de ella contra su pecho. Era una postura íntima, como si fuera la de dos amantes. Con un brazo le rodeó la cintura y la atrajo más a él.

—Sería un necio si ignorase lo que estoy comenzando a sentir por ti, pero sé que te debo algo más que respeto —confesó él con la nariz pegada al pelo de Telma. Aspiró y su fragancia le llenó los sentidos—. No daré el primer paso. Tendrás que ser tú la que decida si quieres que esto vaya más lejos.

Cada una de las palabras de Eric se propagaron por todos los rincones de su cuerpo. No pudo evitar estremecerse al sentir el roce de sus labios detrás de la oreja. Cerró los ojos y se dejó llevar por esa sensación. Admitir lo que estaba comenzando a sentir por él era una gran responsabilidad. Lo había intentado con Víctor, le había prometido cientos de veces que dejaría a su esposa y a sus hijos, y que la elegiría a ella. Pero eso nunca sucedió, había fracasado estrepitosamente. Ese dolor aún le estaba pasando factura y tardaría aún mucho tiempo en volver a ser la que un día fue.

—¿Cuándo tienes pensado marcharte?

Un largo y abrumador silencio se hizo otra vez entre ellos.

—Intentaré que sea lo antes posible, no quiero que corras ningún riesgo —Le besó el pelo y percibió cómo ella luchaba por no rendirse a él.

El cuerpo de Eric le proporcionaba calor, el calor humano que ella tanto parecía necesitar. Estiró el brazo y con la mano llegó al interruptor de la lámpara. La luz se desvaneció, en penumbra ninguno de los dos hizo ningún movimiento.

—¿Te volveré a ver?

Él hundió más la nariz en su pelo. Ella no pudo evitar cerrar los ojos y dejarse abrigar por esa sensación.

—No lo creo.

Ella aspiró con fuerza para soltar el aire muy despacio.

—¿Por qué? —El corazón se le aceleró y le cortó la respiración en la garganta.

La respuesta se dilató unos segundos, que a ella se le hicieron interminables.

—Mi trabajo es muy exigente, me absorbe más horas de lo que me gustaría y no suelo estar demasiado tiempo en un mismo lugar. A eso hay que añadir el peligro que conlleva —Se interrumpió como si estuviese buscando

las palabras más adecuadas—. Cada mañana me despierto pensando que puede ser el último día de mi vida. Eso no es asumible para nadie, ni tan siquiera para mí, pero lo acepto porque llevo cada una de mis misiones en la sangre.

Ella intentó, por todos los medios que tenía a su alcance, comprender lo que él intentaba decirle. Se veía a leguas que era un hombre de férreos principios y que pocas cosas le harían cambiar de opinión. Era un ser noble en un mundo lleno de injusticias.

—Digamos que aportas tu grano de arena.

Él rio.

—Esa es una expresión muy española —Ella se lo imaginó aún con la sonrisa en los labios—. Me gustaría compararme más con un desierto que con un grano de arena, pero es lo que hay. ¿Eso responde a tu pregunta?

Ella no pudo evitar responder con otra pregunta:

—Entonces, ¿nunca has mantenido una relación seria?

Eric pensó en la cantidad de mujeres con las que se había acostado a lo largo de su vida. Habían sido muchas, quizá demasiadas, pero ninguna le había proporcionado nada, solo sexo y horas de diversión. Envidiaba lo que tenía su hermana, Morgane, con Jacques, su cuñado. Deseaba más que nada lo que ellos habían construido con amor y dosis extras de paciencia, pero a él el tiempo le había demostrado que el matrimonio no era una opción que pudiese tener en cuenta. Él restaba más que sumaba, y esa ecuación no solía funcionar en una relación. Amaba por encima de todo su libertad, vivir sin ataduras, sin complicaciones; además, le encantaba su trabajo, porque le ofrecía todo aquello que ninguna mujer había logrado darle hasta ahora.

—No —fue la taxativa respuesta.

—¿Por qué?

Ella le escuchó soltar el aire. Pasados unos segundos, y cuando creyó

que no iba a responder a su pregunta, él lo hizo.

—Nadie me ha importado tanto como para dejar mi trabajo. Formar una familia es una gran responsabilidad para la cual no creo estar preparado.

Telma, ante esa respuesta, decidió guardar silencio. Sentirse herida no tenía ninguna explicación lógica. Eric había llegado a su vida de forma imprevista, estaba claro que ninguno de los dos esperaba algo así. Pasados unos días, él se marcharía para siempre. Así parecían funcionar las cosas para Eric Dufort, y ella poco podía hacer al respecto.

—Descansa. Ha sido un día intenso —le sugirió él.

A ella le hubiese gustado sucumbir al sueño, pero sus pensamientos parecían tener otros planes. Su cabeza no paraba de dar vueltas a una situación que casi había terminado antes de empezar.

Lo más sensato sería tomar distancia.

Con esa idea en la mente y con el calor que le proporcionaba el cuerpo de Eric, cerró los ojos.

CAPÍTULO 11

Ventura Ulloa, sentado en una de las terrazas de su lujosa casona de piedra —que había decidido alquilar sin tener en cuenta cuánto tiempo duraría su estancia—, se inclinó hacia adelante, apoyó los antebrazos en las rodillas y miró hacia el suelo. Se encontraba intranquilo y no tenía ni idea de cómo retomar el asunto que tenía entre manos.

Dufort no aparecía ni vivo ni muerto, y eso era un problema serio.

Más alterado de lo acostumbrado se incorporó y se pasó los dedos por la frente. Sus hombres habían rastreado la zona a conciencia y habían venido con las manos vacías. Había estado al tanto de los periódicos y las noticias, y hasta la fecha ningún cadáver había aparecido flotando en el mar. No sabía qué pensar.

Volar a otro país sin haber zanjado el tema de Dufort no era algo que le agradase, pero sí era cierto que necesitaba encontrar una playa lejos del mundanal ruido y un país menos exaltado con la política.

Su móvil sonó, pero él lo ignoró de forma deliberada. Sería complicado pasar inadvertido después de llevar a cabo la operación que había planeado de forma meticulosa, pero el dinero podía abrir muchas puertas. Él lo sabía mejor que nadie, ya que aún no había pisado una prisión. Los hombres, por no hablar de algunos políticos, sobre todo los de la antigua escuela, eran demasiado previsibles y se les compraba fácilmente. Solo era cuestión de insistir con varios fajos de billetes o meter el dedo en la llaga que otro había dejado abierta. Todo lo demás llegaba solo, sin demasiadas complicaciones.

Dudó en si debía contestar a la llamada. El sol pegaba con fuerza ese

mediodía y no estaba del todo espabilado; es más, se encontraba adormecido, y mover un dedo ya le resultaba un incordio. Se dignó a leer el nombre que aparecía en pantalla y no pudo evitar soltar un bufido audible. Tanto fue así que uno de sus hombres armados, que hacían guardia a una distancia prudente de él, se giró para comprobar que todo marchaba como era debido.

Ulloa le hizo un gesto despectivo con la mano y el hombre en cuestión volvió a fijar, de forma inmediata, su mirada en el horizonte. La melodía del móvil parecía no tener fin. Sabía que debía responder si no deseaba que sus problemas se multiplicasen.

—Román, trae la caja de puros —ordenó, un segundo antes de pulsar la tecla del teléfono.

—¿Sí?

La voz al otro lado de la línea no se hizo esperar. Sonó crispada.

—Llevo días esperando noticias tuyas. Mi paciencia tiene un límite, Ulloa.

No se dejó amilanar. Estranguló el móvil con los dedos antes de responder.

—Aún no hemos localizado el cuerpo.

Silencio.

Fue en ese momento cuando Román, uno de sus sirvientes, interrumpió la conversación. Se inclinó, a modo de saludo, antes de abrir la caja de habanos con sus manos enguantadas. Ventura Ulloa eligió uno y se lo llevó a la boca.

—No estarás jugando conmigo, ¿verdad, Ulloa? Tienes mucho que perder si fuera así.

El narcotraficante y asesino se recostó de nuevo en el sillón. Intentó que su respuesta sonase convincente y, al mismo tiempo, coherente a su interlocutor. Ese día lucía el sol en la costa cántabra, algo que él agradecía

personalmente.

—Soy un hombre de palabra y la cumpliré cueste lo que cueste —dijo mientras colocaba el teléfono entre la oreja y el hombro. Procedió al corte y el encendido del habano. Despidió a su sirviente con un desaire, como era su costumbre—. Si está vivo —dijo volviendo a coger el teléfono entre los dedos—, lo encontraré. Y si está muerto le entregaré su cuerpo para que haga con él lo que le plazca.

—Haz tu trabajo, Ulloa, o seré yo mismo quien se ocupe de que los peces no pasen hambre.

A Ulloa se le atragantó una posible réplica antes de que la llamada llegase a su fin. Maldijo por enésima vez a los ineptos de Garrido y Castillo.

Tiró el teléfono sobre la mesa con una rabia desproporcionada. El aparato bailó sobre la superficie y, desafiando a la gravedad, no cayó al suelo. Nervioso sopló ligeramente la parte encendida del habano. Levantó la mirada y sus ojos se perdieron en el inmenso mar Cantábrico.

—¿Dónde cojones estás, Dufort?

Había transcurrido una semana, días que se habían diluido con calma, como si el tiempo hubiese querido detenerse en el interior de la cabaña. Telma creyó estar viviendo en una burbuja y no estaba muy segura de si deseaba escapar de ella.

Recogía los platos de la cena mientras Eric se duchaba. Esos hechos cotidianos, incluso íntimos, ya formaban parte de su rutina, y eso le daba que pensar. Colocó los platos dentro de su armario correspondiente. Eric se había mostrado encantador, incluso algo más hablador de lo habitual, lo cual ella agradecía, aunque no le había confesado nada nuevo y no tenía muy claro si

eso era algo bueno o malo. Había decidido confiar en él desde el primer minuto y ahora era demasiado tarde para echarse atrás. No habían vuelto a retomar la conversación en la que él le había confesado que era un agente francés infiltrado y, a decir verdad, ella temía lo que él pudiese revelar sobre su vida.

Había llegado a una conclusión y no estaba segura del todo que le gustase: se estaba enamorando de Eric Dufort. Eso no traería nada bueno.

No, no podía tratarse de amor.

Con ese pensamiento rondando por su mente, cerró el armario y se ocupó de los cubiertos.

La cicatrización de las heridas de la frente y del brazo iban de maravilla. En breve se podrían retirar los puntos de sutura. Seguramente ella no estaría presente cuando eso ocurriese. Intentó por todos los medios dejar a un lado esa desazón que embotaba su mente y centrarse en actividades más mundanas, como recoger la cocina. Abrió el cajón superior, situado al lado del fregadero, y empezó a colocar los cubiertos de forma distraída. El corte de la pierna era más delicado, pero se recuperaría. Él cojeaba menos y sin duda con su voluntad férrea ganaría la batalla. Esa misma tarde había decidido que había llegado el momento de salir al exterior, respirar aire puro y poner contra las cuerdas a sus músculos. Había regresado extenuado y bañado en sudor, pero con una sonrisa de oreja a oreja. Sin duda estaba retomando el control de su cuerpo.

Cerró el cajón y procuró no pensar en la expresión de los ojos de Eric.

—Necesito que esta pierna no pierda más fuerza. —Le había dicho antes de cerrar la puerta y dar vueltas alrededor de la cabaña.

Era un hombre de carácter, con convicciones claras.

Apenas habían comenzado a conocerse y él ya hablaba de partir.

Telma se detuvo frente a la ventana y descubrió una luna llena y

brillante. Era perfecta en todos los sentidos. Dobló el paño que tenía entre manos y decidió salir fuera, allí se estaba asfixiando. Eric era dueño y señor de su vida, una vida que ella había rescatado de una muerte segura; pero al parecer eso ya no importaba. Y así es como debía ser.

La noche la recibió con una brisa suave, y no demasiado fría. Por aquella época el sur soplaba con fuerza, acompañando al otoño. Muy pronto caerían las hojas de los árboles, olería a manzanas frescas, y los castaños y nogales se desprenderían de sus frutos. Así había sucedido siempre en aquellos lares, desde que el mundo era mundo.

El murmullo del mar se dejó oír a través de la noche. Adoraba aquel sonido que le regalaba la naturaleza, una canción que emergía desde tiempos inmemorables. En el fondo era una mujer afortunada, solo tenía que aprender a relativizar más sus conflictos internos para aprender a vivir sin culpabilidad. Se arrebujó en su chaqueta y cruzó los brazos a la altura del pecho. Deseó que aquel pensamiento se grabase a fuego en su mente y convencerse a sí misma de que iba por buen camino.

Miró hacia arriba, hacia aquel manto oscuro que cubría el firmamento. La noche estaba salpicada por cientos de estrellas, puntos brillantes que titilaban en el cielo nocturno. Era un espectáculo hipnótico que ella había dejado de apreciar una vez que se había mudado a Madrid. Se había perdido muchas noches como esas, y ahora más que nunca lo lamentaba. Aunque había vivido otras experiencias, en Ubiarco habían sido las más intensas.

Estaba claro que había intentado doblegar al destino, sin embargo, no había tenido en cuenta las consecuencias. Allí estaba de nuevo, en la salida de casilla, sin saber cómo dirigir su vida. No era una sensación agradable. Puso una vez más su punto de mira en la esfera brillante que reinaba la noche y, como era de suponer, allí no encontró las respuestas que tanto anhelaba. La luna pareció obviarla.

—¿No tienes frío?

Telma se sobresaltó al escuchar la voz masculina. Se abrazó con más fuerza, como si eso pudiera poner más distancia con Eric.

—No, estoy bien —respondió al cabo de unos segundos.

Las cejas de Eric se unieron. Telma vestía informal, vaqueros, jersey gris fino con escote pico, zapatillas de deporte y una gruesa chaqueta de lana, que parecía apreciar mucho. Allí, cerca del acantilado, con los brazos cruzados, parecía un animalillo asustado que buscaba respuestas en una noche plagada de estrellas. Bien sabe Dios que había intentado poner distancia, pero, a medida que las horas transcurrían, la tarea le resultaba más complicada. Observó cómo el viento jugaba caprichosamente con su cabello. Durante una fracción de segundos, tuvo celos de una simple corriente de aire.

—¿Seguro? —preguntó él preocupado.

Ella volvió a mirar al frente. No respondió.

—¿Escuchas eso, Eric?

Él no estaba muy seguro de a qué se refería y agudizó el oído. Solo se escuchaban las olas golpeando con fuerza contra las rocas.

—¿Te refieres al mar?

—A las olas en concreto —matizó ella—. Escucha.

Él lo hizo de nuevo. Buscó en los ojos de Telma la respuesta que ella tanto parecía anhelar.

—Ese es el latido de mi tierra.

Él no supo qué decir. Se acercó a ella y rodeó con sus brazos su estrecha figura, tal y como hacía cuando iban a dormir. Telma no le rechazó, se limitó a amoldarse a su cuerpo, algo que él agradeció.

—Tu tierra tiene un pulso fuerte, creo que goza de buena salud.

Ella sonrió a la noche.

—Cantabria es una tierra bellísima.

Telma no se lo discutió.

—¿Qué es ese muro de piedra encima de la colina?

Ella se fijó en las dos paredes en ruinas, que aún conservaban dos de las ventanas. La torre había desafiado a los hombres que no venían en son de paz.

—Es la torre de San Telmo. Se trata de una atalaya medieval que sirvió de observatorio, bastión y defensa contra los invasores. También fue un punto de referencia para los navíos, porque se encendían fogatas que servían de guía en los días de tormenta —le contó ella con orgullo—. Recibió su nombre de un milagro atribuido a San Telmo, el patrono de los navegantes, que se produjo cuando una embarcación ocupada por peregrinos que se dirigían a Santiago de Compostela naufragó frente a estas costas.

—Debo entender que sobrevivieron todos, ¿no es así?

—No te hagas el listillo conmigo, por favor.

Él sonrió con sarcasmo. Eric no pudo evitar sentir cierta admiración por aquellas ruinas que un día fueron una fortaleza y que salvaron vidas.

—Vaya, al parecer los cántabros sabíais defenderos.

Ella pudo sentir cómo él sonreía.

—No se lo pusimos fácil a otras civilizaciones.

—Algún día me tendrás que contar esa parte de la historia.

Ella supo que sus ojos tenían en ese mismo instante una expresión doliente.

—¿Lleva tu nombre?

—Creo que yo soy quien lleva el de la torre.

Él soltó una carcajada.

—De acuerdo. ¿Quién decidió llamarte Telma?

—Mi padre —La respuesta la entristeció, pero se negó a caer en ese saco vacío y oscuro, como solía hacer cada vez que lo recordaba.

Eric percibió la preocupación en la voz de ella.

Él la atrajo, como si eso fuera posible, más hacia su cuerpo. Inhaló su perfume, esa fragancia que a él le volvía loco. Con una de sus manos le apartó el pelo del rostro y dejó al descubierto su cuello. Le acarició el cuello con la nariz, sintió cómo ella se ponía tensa entre sus brazos y eso le excitó. Se había jurado darle espacio y tiempo, pero él no disponía de ninguno de los dos conceptos. Los días transcurrían demasiado deprisa y sus heridas comenzaban a curar. Ya podía respirar sin dificultad, lo que excluía la posibilidad de tener una costilla fracturada. La pierna iba recobrando fuerza a medida que él la obligaba con los ejercicios y aumentaba la presión. Pronto estaría bien y debería marcharse. La sola idea le enfureció. Había algo en Telma que lo volvía loco, un algo que lo había pillado desprevenido y que no había encontrado hasta aquel momento en ninguna mujer.

—¿Qué es esa edificación que hay debajo de la torre?

Telma se fijó en la ermita de Santa Justa e ignoró el escalofrío que la recorrió la columna vertebral cuando sintió el aliento de él sobre su piel.

—Una ermita de la que nos sentimos muy orgullosos.

Eric entrecerró los ojos, quizá por las pequeñas dimensiones de la iglesia. Llevaba días con la mirada puesta en ella, pero no había llegado a ninguna conclusión.

—¿Es mi impresión o es que es muy pequeña? —preguntó, al tiempo que observaba, gracias a la iluminación de la zona, las dos paredes de mampostería con apenas decoración.

La brisa marina revolvió ligeramente el cabello a Telma. Tenía la vista fija en la ermita.

—Está incrustada en la roca y es maravillosa, te lo aseguro —comenzó a decir ella—. Solo se puede llegar hasta ella atravesando ese estrecho camino tan cercano al agua —señaló el sendero que se distinguía en la

distancia— y cuando la marea está baja y el mar en calma. Tiene su propia historia y está ligada a las gestas de los cántabros. Se cree que lleva en pie desde el siglo VIII y que vivió en ella un anacoreta que huía de las invasiones musulmanas.

Él asintió, como si todo aquello tuviera sentido.

—Otros dicen que la ermita se consagró a dos santas, Justa y Rufina, y que sus cuerpos descansan dentro de la ermita —Ella giró la cabeza y se limitó a mirarlo. Eric parecía fascinado con la historia, así que decidió proseguir—. Algunos destacan que la ermita se consagró cuando Fernando III el Santo conquistó Sevilla gracias a la cooperación de la flota cántabra. El rey castellano reclutó a marineros cántabros para que sus naves se lanzasen contra el puente que unía Sevilla, en época de almohades, con Triana, y ese acto fue decisivo para la toma de la ciudad.

—Es increíble que la ermita haya soportado la historia y las inclemencias del tiempo hasta nuestros días —afirmó Eric, mientras la idea de llegar hasta la pequeña iglesia al día siguiente iba tomando forma en su cabeza.

—Se han hallado documentos, las ordenanzas de Puente Avíos de 1578, en las que se obligaba acudir a la romería de Santa Justa bajo multa de cien maravedíes.

—¿De dónde has sacado esa información?

—Me gusta leer —dijo ella con naturalidad. Después arqueó los labios con una sonrisa.

—Sin duda es un lugar de culto.

—Es nuestro tesoro, la joya de Ubiarco.

Eric la observó con intensidad.

—¿Dónde se encuentra exactamente Ubiarco?

A ella le gustaba escuchar su acento francés. Tenía algo especial que se

adueñaba de su alma.

—A nuestra espalda.

Eric se volvió, sin soltarla, y observó el pequeño conjunto de luces que brillaba con intensidad. Esa tarde solo era un conjunto de tejados y casas en la lejanía.

—Tras la torre se encuentra la playa del Sable de Tagle, Punta Ballota y la Villa de Suances —continuó ella—. Y a unos cinco kilómetros, en esa otra dirección —señaló con el dedo índice— está Santillana del Mar.

—¿El pueblo que me señalaste en el mapa y donde trabaja el novio de Marina?

—Así es —respondió Telma. Con ayuda del móvil y de Google Maps habían realizado un pequeño recorrido por la zona—. Es un pueblo precioso y medieval. Estoy segura de que te encantaría.

Él la atrajo nuevamente hacia él.

—Me gustaría visitarlo.

Ella sopesó las diferentes opciones.

—Es un pueblo abarrotado de turistas, pero aun así no pierde ni un ápice de su belleza.

Él supo a lo que estaba refiriéndose Telma. Si paseaban por las calles de Santillana del Mar siempre podría haber alguien que pudiera reconocerlo.

—¿Tiene bares, restaurantes?

Ella lo miró sin saber muy bien hasta dónde quería llegar Eric.

—Sí, claro.

—Por la noche será más tranquilo, ¿no?

—Sí, pero...

—Telma, necesito con urgencia una señal de internet.

Ofrecerle su móvil sería una pérdida de tiempo, lo había intentado de nuevo la noche anterior, pero Eric se había negado en rotundo.

Estrechó con suavidad las manos de él, que seguían alrededor de su cintura.

—Eric, ¿por qué querían matarte esos dos hombres?

Él, ante la pregunta, pegó la nariz al cuello de ella.

—Es una historia muy larga.

A ella se le encogió el estómago. No se atrevió a moverse por miedo a romper el momento y que Eric se negara a responder a sus preguntas.

—Si algo me sobra ahora mismo es tiempo.

Eric sintió la brisa del mar que lo envolvía.

—Me gustan más tus historias sobre la ermita o la torre.

—Eric... —instó ella.

Él soltó el aliento de golpe y se colocó frente a ella. Al parecer había llegado la hora de contar la otra parte de la historia. Sabía que Telma no pararía hasta saber toda la verdad, pero ante todo debía ser realista.

—Sí, pero antes necesito hacer esto...

Tomó la mano de ella y se la estrechó con suavidad. Fue en ese preciso instante cuando Eric deslizó la mano hasta su cadera y la atrajo más hacia sí. Los ojos de Telma relampaguearon en la oscuridad, algo que a él le fascinó. Ladeó la cabeza y amoldó su boca sobre la de ella, de una manera suave, sutil, tanto que a ella le sorprendió y, al mismo tiempo, la encendió.

Los labios de ella no se resistieron, se abrieron y lo recibió lentamente, despacio, como si intentaran entre ambos crear una nueva coreografía. Telma perdió la noción de espacio y tiempo, y por un momento necesitó que aquella sensación no terminase nunca. El efecto de flotar entre los brazos de Eric era impresionante y podía llegar a ser adictivo.

Eric necesitó más y profundizó en el beso. Jamás se podría arrepentir de un beso tan increíble y a una mujer tan deseable como Telma. Estaba excitado, duro, y la necesidad de estar dentro de ella era imperiosa. Pero en el

último segundo anheló más que un beso, así que muy a su pesar se separó bruscamente y la miró directamente a los ojos.

Sorprendida, pestañeó y trató de adivinar lo que estaría pensando.

—Sé que no tengo ningún derecho a pedirte esto, pero lo quiero todo —admitió con cautela y al mismo tiempo excitado.

Telma intentó ralentizar su ritmo cardíaco y luego comenzó a soltar despacio el aire contenido en sus pulmones. El beso había sido asombroso, indescriptible, y aún tenía la impresión de que no se iba a recuperar tan pronto de algo así. No tenía ni idea de cómo manejar la situación, tenía la extraña sensación de que se le iba de las manos.

Ni siquiera supo cómo brotó la voz de su garganta cuando dijo:

—Necesito que confíes en mí.

Eric meneó los hombros, parecía disgustado ante la sugerencia. Se frotó la cara con las manos y a continuación las introdujo bruscamente en los bolsillos de sus pantalones. De pronto, su semblante se endureció y, sin previo aviso, se dio la vuelta, en dirección a la cabaña.

Giró la cabeza y habló por encima de su hombro. Su voz sonó irritable:

—Solo te puedo decir que el infierno está vacío y que todos los demonios están aquí, viven muy cerca de nosotros.

Telma se quedó paralizada, lo vio entrar en la cabaña. Se abrazó a sí misma con más fuerza y, por más que lo intentó, no pudo evitar que las lágrimas que anegaban sus ojos saliesen a la luz.

Todo parecía que iba en su contra: la danza, Víctor y ahora Eric.

¿Qué parte de responsabilidad tenía ella en cada una de estas situaciones? Tenía la impresión de que la vida le arrebatava todo cuanto ella deseaba. Quizá fuera una deuda que tenía pendiente con el pasado, todo era posible. No pudo evitar pensar en su padre y fue cuando realmente se sintió culpable. Cerró los ojos y permitió que la noche la atrapase.

«Somos nuestro propio demonio y hacemos de este mundo nuestro propio infierno». Eric tenía razón, los demonios estaban aquí.

CAPÍTULO 12

Eric se despertó sobresaltado y bañado en sudor. Abrió la boca en busca de esa bocanada de aire que tanto ansiaba para salir del mal sueño. La pesadilla en la que su amigo, Arnaud, le rogaba que no le dejase solo, que no permitiera que acabaran con su vida, era muy real. Percibió sus músculos tensos por el dolor, la rabia y la decepción consigo mismo, una combinación de lo más explosiva.

Arnaud había muerto a manos de Ulloa, estaba casi seguro de ello, aunque no lo podía demostrar. Muy a su pesar, durante el tiempo que había estado infiltrado no había encontrado pruebas que lo corroborasen y le diesen un poco de paz. Ulloa sabía muy bien cómo guardarse las espaldas y borrar sus huellas para que no lo relacionasen con ningún asesinato.

Se pasó la mano por el pelo y continuación la dejó caer sobre la almohada, por encima de su cabeza. Sería su superior quien lo matase a él por haber desobedecido sus órdenes y regresar a su país con las manos vacías. Su carrera pendía de un hilo y él poco podía hacer al respecto más que hacerle frente a las consecuencias. Giró la cabeza, como si de repente se percatase del lugar en el que se encontraba. No estaba en París sino en la cabaña que compartía con Telma. El lado que ocupaba ella estaba vacío y frío, y las sábanas se arremolinaban en mitad de la cama. Cerró los ojos y soltó una imprecación entre dientes. Se lo tenía bien merecido.

Frunció el ceño y apretó los labios. A continuación, resopló con fuerza.

—¡Joder!

Parecía salir de una pesadilla para entrar en otra. Despegó la mano de

la almohada y se la pasó por la mejilla. Pudo sentir su hirsuta barba raspando contra su piel, llevaba días sin afeitarse.

Sabía que Telma no se encontraba en la cabaña, no hacía falta ser un genio para descubrirlo. Un silencio sepulcral lo absorbía todo, y por primera vez en mucho tiempo se sintió más solo que nunca. Retiró las sábanas hacia atrás y dejó que el frío de la mañana lo recibiera. Sus ojos volaron a la herida de la pierna y no pudo evitar acariciar el muslo de arriba abajo. Solo esperaba que no estuviera dañado. No tenía tan mal aspecto y parecía estar menos inflamada y roja. El dolor era más que soportable, pero no por ello iba a renunciar a los antiinflamatorios.

Solo con los bóxers salió de la habitación. Como había supuesto, se encontraba solo.

Golpeó con la mano cerrada en forma de puño una de las paredes de la cabaña.

—Eres el gilipollas más grande que habita en la faz de la tierra —dijo en voz alta, a sabiendas que no lo escuchaba nadie.

Ella le había salvado la vida, le había ofrecido su casa y había evitado que muriese ahogado, hambriento y deshidratado. ¿Y él cómo le respondía? La respuesta se le atragantó en la garganta.

—Las has jodido pero bien, Eric —se acusó a sí mismo.

Se dirigió directamente a la cafetera. Solo esperaba que Telma regresara pronto para poder aclarar lo ocurrido la noche anterior.

Los errores se pagaban y muy caro.

Telma dejó que sus pies se amoldasen a los adoquines del centro histórico de la villa medieval. Le encantaba Santillana del Mar, un pueblo

entrañable. Era como entrar en el túnel del tiempo y encontrarse cara a cara con el pasado.

Se había despertado tras dormir apenas tres horas. Eric descansaba a su lado. Antes de dejar la cama, había estudiado detenidamente cada uno de sus rasgos. Sin duda era un hombre atractivo, pero demasiado misterioso; no obstante, poco podía hacer al respecto, se estaba enamorando de él y eso no podía significar nada bueno. Salir de una relación tóxica para entrar en otra, que sabía de antemano que no tendría un final feliz, era un fracaso seguro.

El sol lucía tímidamente entre las nubes. Los gráciles rayos eran de agradecer. Continuó su caminata y fue dejando atrás tiendas repletas de artesanía y el encanto de la vía empedrada, que miles de turistas pisaban al día. Lo que estaba comenzando a sentir por Eric nunca lo había sentido con Víctor. Cerró los ojos y avanzó despacio, a sabiendas de que en el pueblo, al estar cerrado al tráfico, ni los malos humos ni los cláxones de los automóviles la iban a molestar.

A su paso encontró algunas de las casas construidas en sillería con balcones repletos de flores —que no habían perdido su esencia tras varios siglos—, tiendas de artesanía y productos típicos donde los turistas solían comprar sus recuerdos. Las posadas recibían al viajero con el mismo calor de antaño. Quizá esa fuera una de las razones por las cuales era complicado encontrar una habitación libre. Prosiguió su camino respirando historia y dejando atrás el museo de la Inquisición.

Llegó a la altura del antiguo lavadero, hoy en día el abrevadero, donde las mujeres en el pasado habían lavado la ropa a mano, donde habían frotado y habían dejado la fina piel de sus nudillos contra telas y prendas y la dura roca, a pesar del frío y la humedad. Fue allí donde se detuvo para admirar lo que le rodeaba. La villa era pura magia.

Avanzó sin poder despegar los ojos de la colegiata, impresionante

templo del siglo XII, que surgió a partir del paso del Camino de Santiago. Recordó haber leído en algún libro que el nombre de Santillana derivaba de apocopar Santa Juliana. Nunca, por muchas veces que visitase la villa, se cansaba de contemplar la verdadera belleza del románico, camino de peregrinos.

Era sábado. Pensó en Marina y sonrió: era una de las razones por la cual había decidido dejar la cama y llegar hasta allí. Sin más, se dio media vuelta y se encaminó a la tienda que regentaba César, el novio de su amiga.

Eric cerró la puerta de la cabaña tras de sí. Tenía la mirada fija en la ermita. Recordó la conversación y los detalles que había mantenido con Telma la noche anterior. Todo había ido perfecto hasta que él había actuado como un necio. Se esforzó por controlar su enojo, y decidió que había llegado el momento de poner a prueba su pierna.

Con la luz del día y a una distancia corta, la ermita ganaba de forma considerable. No pudo evitar una mueca de dolor cuando el cuádriceps se resintió por la caminata. Se llevó la mano al costado y respiró profundamente. Se alegró cuando sintió sus pulmones expandirse y las costillas no protestar demasiado. No había sido un gran recorrido. Tras cruzar un pequeño puente de madera, el primer tramo, el terreno hasta llegar allí había sido ascendente y algo abrupto. Ahuecó la mano y la colocó debajo de un chorro de agua que emanaba de la roca. El agua fresca y limpia refrescó su sedienta garganta, algo que agradeció.

Aún no se podía creer que aquel pequeño paseo hubiese diezmando su resistencia.

El mar se encontraba en calma y la marea baja, lo cual facilitaba el acceso. Telma tenía razón, era una construcción singular y de increíble belleza.

Una puerta de madera con una pequeña ventana con rejas era la toma de contacto con un interior sencillo, lúgubre y austero. A la derecha distinguió un pequeño altar de madera y a su izquierda algo parecido a una terraza con vigas, también de madera, envejecidas por el paso del tiempo y la humedad.

La ermita en cuestión era como una pequeña sala excavada en la roca. Sus manos fueron cerrándose alrededor de las rejas hasta transformarse en puños. Comprendió la pasión de Telma por aquel lugar. Dejó caer la cabeza entre los hombros y cerró los ojos. Debía regresar a su mundo cuanto antes, porque hacer frente a los sentimientos nunca había sido lo suyo.

Escuchó a lo lejos el ruido de un motor y empezó a fruncir poco a poco el entrecejo hasta que su frente se arrugó por completo. Rogó que fueran pescadores, pero su intuición le decía otra cosa. Dejó caer las manos y se acercó al pequeño muro situado entre las rocas. Esperó unos segundos hasta distinguir con más claridad la embarcación. Cuando lo hizo, todos sus sentidos se pusieron alerta. El ruido del motor desapareció y el yate fondeó. Lo reconoció de inmediato y supo que Ulloa no se daría por vencido, le conocía bien: quería una prueba de que estaba muerto.

Atisbó a Garrido y a Castillo en la popa, junto a otros dos hombres más. Tenía la impresión de que Ulloa estaba perdiendo la poca paciencia que solía tener. Su corazón aumentó de ritmo. Con un brusco movimiento, todo lo que le permitió la pierna, pegó la espalda a una de las paredes de piedra de la ermita. Fue entonces cuando se permitió respirar profundamente.

Estaba en un serio aprieto.

Su mirada voló a la cabaña. Más pronto que tarde, los hombres que lo habían intentado asesinar sacarían sus propias conclusiones y Telma sería el foco de atención. Después de eso, no habría marcha atrás.

Telma se disculpó amablemente y se apartó para que un cliente que acababa de entrar en la tienda pudiese ver con más detalle algunos de los *souvenirs* que se encontraban a su espalda. Miró en dirección a Marina, que sonreía educadamente a uno de los turistas. Pensó que, aunque fuese profesora, en la tienda se desenvolvía como pez en el agua.

La tienda de César tenía su propio estilo, quizás porque vendía regalos únicos y exclusivos. Muchos de esos detalles, la mayor parte de ellos, eran moldeados a mano con arcilla. Eran obra de Carla, una fantástica artista y pintora de la zona, que se iba abriendo poco a poco camino en un mundo demasiado complicado como era el de la artesanía. Carla, además de ser la mujer más creativa que había conocido jamás, era también su amiga. Junto a Marina y ella formaban un trío variopinto, se complementaban unas a otras.

Solo con pensar que debía decirle a Carla que vivía con un desconocido en la cabaña se le ponían los pelos de punta. Si Marina había sido demoledora, Carla no lo sería menos. Suspiró intentando infundirse valor a sí misma, iba a necesitar toneladas.

—Ya estoy —La voz de Marina la sobresaltó y dio un respingo.

—No puedes alegar que te he sorprendido porque me estabas esperando —comentó Marina con ese aire que la hacía tan única y al mismo tiempo tan increíblemente maravillosa.

—Estaba centrada en mis pensamientos —alcanzó a decir Telma mientras se dirigía a la salida. Algo le llamó la atención y no pudo evitar detenerse un segundo. Agarró al vuelo un bisonte de barro de una de las estanterías. Levantó la ceja y preguntó con un tono de incredulidad:

—¿Desde cuándo Carla se dedica a hacer bisontes en serie?

Marina le arrebató la figurilla de entre las manos.

—Tengo la impresión de que llevas viviendo mucho tiempo en Madrid

—repuso en tono burlón—. Te recuerdo, por si lo has olvidado, que a escasos kilómetros de aquí se encuentra la Capilla Sixtina del Paleolítico y que su protagonista más ilustre es el bisonte.

Telma alzó ambas cejas.

—No necesitaba una clase de prehistoria, listilla. Solo quería que respondieses a mi pregunta.

Marina sonrió y sus ojos negros brillaron con más fuerza.

—La respuesta es sencilla: oferta y demanda —repuso con aire de suficiencia.

Telma soltó un bufido perfectamente audible.

—Cuando quieres ser insoportable, lo eres con ganas.

—Mira quién fue a hablar —contraatacó Marina.

Se dio por vencida. Se giró y se despidió de César. Este la sonrió y levantó la mano a modo de despedida. Ambas salieron de la tienda.

—Creo que has encontrado al único hombre perfecto que pisa la faz de la tierra.

Marina se atusó el pelo y luego sonrió.

—Lo sé.

Telma no pudo evitar devolverle la sonrisa mientras meneaba la cabeza de un lado a otro. Comenzaron a caminar despacio, sin prisa, por la calle empedrada. El día avanzaba. A medida que las horas se sucedían, la villa seducía a más turistas de todas las nacionalidades que uno pudiese imaginar.

—He quedado con Carla.

Telma dejó de caminar.

—¿Le has contado algo? —preguntó atónita.

—Por supuesto —respondió Marina con calma—. Me he limitado a hacer algo que tendrías que haber hecho tú.

Telma observó a su alrededor sin saber muy bien cómo gestionar esa información.

—Es Carla —adujo Marina, como si las demás explicaciones sobrasen—. Está preocupada por ti y no paraba de hacer preguntas. Mentir no es uno de mis fuertes, ya lo sabes.

Telma la miró con incredulidad.

—¡Por el amor de Dios, no me mires así! Lo que estás pensando fue una chiquillada y sucedió cuando tenía catorce años. Si estás pensando en revolver el pasado, ten en cuenta que la que saldría perdiendo serías tú —le advirtió.

Telma ladeó la cabeza y la miró con atención.

Marina reanudó su paso y la dejó atrás.

—Te recuerdo que mi madre se esforzó por darme una gran lección, que no ha caído en el olvido —dijo en voz alta para que Telma la escuchase alto y claro.

Telma aumentó el ritmo de sus pasos. Cuando llegó a la altura de su amiga, dijo:

—Tienes razón. Debería haber sido yo quien se lo contase a Carla, pero es que no tengo ni idea de cómo manejar la situación.

—Ese es el problema, Telma —la señaló con dedo acusador—. Ya no es un problema, es un gran dilema que va creciendo a cada minuto que pasa.

—Marina, no le conoces —apuntó resignada.

—Claro que no —rezongó su amiga—. Y tú tampoco. Reconozco esa mirada, y solo te lo voy a decir una vez: no vas por buen camino. No te enamores de ese hombre. No le conoces de nada y solo te traerá problemas.

Telma dejó escapar un suspiro ahogado. Marina tenía razón, la estaba poniendo en su lugar, con los pies en el suelo. Estos días solo había estado viviendo en una fantasía.

—¿A dónde vamos?

—Vamos a dar un paseo antes de ir a la sala de exposiciones —respondió Marina.

En esta ocasión, Telma soltó todo el aire de golpe.

—Te estoy haciendo un favor, Telma. Solo quiero que no se rompa nuestra amistad —repuso en un tono que no daba lugar a dudas—. Os quiero a las dos y no voy a permitir que dejes a Carla fuera de esto.

Telma pensó que llevaba demasiados días haciendo frente a situaciones complicadas. Marina no volvió a abrir la boca, lo que dio a entender que había zanjado el tema.

La sala de exposiciones se encontraba situada en la plaza del Abad Francisco Navarro, muy cerca de la colegiata de Santa Juliana. En ese momento estaba cerrada al público, era casi la hora de comer. A Telma siempre le sobrecogía traspasar las puertas del museo y la fundación que llevaba el nombre de Jesús Otero, un reconocido escultor cántabro, nacido en la villa, que donó toda su obra a su municipio antes de su muerte.

Dejaron atrás las esculturas al aire libre y se acercaron al edificio en una de cuyas salas Carla las esperaba. Un silencio denso les dio la bienvenida.

—¿Por qué no sabía que Carla tenía una exposición entre manos?

Marina miró a su amiga.

—Te lo hemos comentado hace semanas por teléfono, Telma.

Telma se sintió más que culpable. Se encontraba tan inmersa en sus propios problemas que había dejado de lado a sus amigas, algo imperdonable. Se odió a sí misma por convertir a Víctor en el núcleo de su existencia.

Carla las recibió con una enorme sonrisa en los labios, las abrazó y les enseñó su colección. Telma admiró los óleos y las acuarelas con admiración. Su amiga sabía mejor que nadie cómo plasmar el mar o las emociones en un trozo de lienzo.

—Son increíbles, Carla.

Su amiga, a su lado, asintió satisfecha.

—Gracias. Tu opinión es importante para mí.

Carla era una mujer creativa y como tal tenía sus propios arranques de espontaneidad. Tenía unos ojos almendrados del color del topacio. Su melena apenas le rozaba los hombros y solía llevarla sujeta con una goma, le daba personalidad y naturalidad al mismo tiempo.

—Lo siento.

—Lo sé —respondió Carla sin dejar de mirar el cuadro que tenía delante de los ojos. Representaba una tempestad en alta mar y era un vivo espectáculo de tonos grises, blancos y azules.

—Debería haberte contado lo de Eric.

Fue en ese instante cuando Carla giró la cabeza y la miró fijamente.

—Lo estás haciendo ahora.

—No quería involucrarte en todo esto —le confesó—. Metí a Marina sin pensar en las consecuencias y ahora me arrepiento de ello.

—¿Se llama Eric?

—Sí.

—¿Qué sabes de él?

—No mucho, pero aun así...

—Solo dime una cosa —la interrumpió su amiga.

Telma dejó de mirar la tormenta para centrar la mirada en Carla.

—¿Merece la pena?

Telma sopesó la pregunta. No había una respuesta fácil, incluso quizá

ni existiera. Giró la cabeza y observó a Marina concentrada en un paisaje otoñal. Dejó escapar un suspiro y luego toda la atención recayó en Carla.

—Sí —dijo con aparente calma—. Hay algo que no puedo ni explicarme a mí misma, pero creo que estoy haciendo lo correcto.

Carla asintió despacio, sin perder detalle de cada uno de los gestos de Telma. Eran amigas desde la infancia y sabía que Telma lo había pasado mal los últimos meses. Había regresado herida a su tierra, a ellas. Como amigas, no podían defraudarla.

—Crees que estoy loca, ¿verdad?

Carla tardó en responder tanto que Telma creyó que no iba a hacerlo.

—¿Qué sería el mundo sin una pizca de locura!

Telma, satisfecha con la respuesta se rebujó, en su abrigo. En ese instante, Marina apareció a sus espaldas, posó sus manos en los respectivos hombros de sus amigas y las tres hicieron una piña.

—¿Todo arreglado?

Tanto Carla como Telma sonrieron y asintieron al mismo tiempo.

—Bueno, ahora vamos a lo que realmente importa.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Telma.

Marina la miró con desdén.

—Detalles, Telma.

Telma la miró sin entender, luego pareció comprender y abrió mucho los ojos.

—¿No te estarás refiriendo a...?

—A todo, Telma, a todo —dijo Marina con una sonrisa maliciosa dibujada en los labios.

La risa de Carla fue el pistoletazo de salida a una conversación que solo unas buenas amigas podrían tener.

CAPÍTULO 13

Había sido un día lleno de emociones, por una parte agotador y por otra se podía decir que hasta divertido, si no fuera porque su mente regresaba una y otra vez hasta Eric. La verdadera razón de ese desvelo es que le echaba de menos.

¿Cómo podía ser posible, si solo se conocían desde hacía unos días? Tanto la pregunta como la respuesta la estaban volviendo loca y la asfixiaban.

La noche anterior la había besado. Debía reconocer que Eric sabía besar y muy bien, sin embargo necesitaba que él confiase en ella antes de llegar más lejos.

La exposición de Carla había sido un éxito. Los allí presentes habían alabado su obra y su técnica, y eso había dado un impulso a las horas restantes. Después de cerrar la sala de exposiciones, las tres se habían ido a celebrarlo a una de sus cafeterías favoritas en la villa.

Allí habían salido a relucir muchos temas, entre ellos el de Eric, pero ella había intentado, por todos los medios, desviar la conversación a cuestiones más mundanas. Casi lo consiguió.

Abrió la puerta de la cabaña sin tener muy claro cómo iba a hacer frente al hombre que había dejado durmiendo esa mañana. Se lo encontró en la cocina. El espacio le pareció más reducido que de costumbre. Él parecía llenarlo todo. Cuando regresara a su país, le iba a echar de menos y no le gustaba para nada la huella que dejaba ese pensamiento.

—Hola —saludó él, nada más verla.

—Hola —respondió ella cerrando la puerta tras de sí—. Huele bien.

—He hecho la cena. Espero que no te importe.

—No, claro que no.

Él la miró, tratando de adivinar lo que ella estaría pensando, pero no lo consiguió.

—¿Has estado fuera todo el día por mi culpa?

Ella no respondió, se limitó a mirarlo y a ocultar su inseguridad tras una tenue sonrisa.

—Sí, ha sido así, lo siento —dijo Eric dejando el vaso que tenía entre las manos sobre la encimera—. Me he comportado como un auténtico idiota, quiero que lo sepas. Asumo mi responsabilidad.

Telma se recostó contra una de las paredes de la cabaña para prolongar su silencio. Solo el mar, que golpeaba con fuerza contra los acantilados, se atrevía a interrumpir la tensión que comenzaba a fluir en el interior de la cabaña.

—Estaba preocupado por ti. No tenía forma de ponerme en contacto contigo —Cruzó una mirada con ella. Se tenía bien merecido que lo ignorase. No pudo seguir mirándola a los ojos y apartó la mirada.

Ella sintió una punzada de culpabilidad. Era tarde y ya había anochecido, las agujas del reloj estaban a punto de señalar las nueve. No se habían visto en todo el día. Se despegó de la pared y seguidamente se quitó el abrigo. Afuera las temperaturas habían descendido considerablemente y seguro que al día siguiente llovería, pero ahora la verdadera tormenta se estaba desatando en el interior de la cabaña. Decidió ser sincera, es lo menos que podía hacer.

—He ido a Santillana del Mar y he pasado el día con Marina y Carla —dijo ella al fin, colgando su abrigo y el bolso en el perchero.

Él levantó la cabeza y le sostuvo la mirada un momento. Al menos no había estado con otro hombre. La imagen de Telma en la cama con otro ya se estaba convirtiendo en una obsesión con el paso de las horas. No tenía

derecho a pensar así, lo sabía; no obstante, no podía evitarlo y eso le estaba volviendo loco.

—¿Carla? —preguntó, a la vez que intentaba poner una barrera a los pensamientos que le asaltaban.

—Amiga de la infancia, igual que Marina —explicó—. Es una gran artista que intenta abrirse camino en el complicado mundo del arte —dijo a *grosso modo*—, pero está claro que uno puede morir de hambre si decide que quiere vivir de sus cuadros o de la danza.

Él procesó la información que Telma le ofrecía. Esperó unos segundos antes de hablar de nuevo:

—¿Lo de la danza lo dices por ti? —preguntó con gesto adusto.

—¿Por quién sino?

—No deberías ser tan dura contigo misma —Abrió una de las puertas del armario y colocó el vaso en la balda inferior—. No sabía si ibas a venir a cenar, así que te he dejado unos macarrones con queso —señaló un cuenco que había sobre la mesa.

—Gracias —dijo sin más pretensión que sentarse y cenar.

Telma reconoció que tenía una pinta estupenda, así que abrió el cajón de los cubiertos y eligió un tenedor al azar. Se sentó y su estómago gruñó, tenía más hambre de lo que imaginaba. Pinchó varios macarrones a la vez y se los llevó a la boca. Los saboreó despacio y el queso parmesano se deshizo en su boca. El orégano y el perejil le daban un toque exquisito al plato. Estaban deliciosos.

—Están muy buenos.

Él dobló el paño de cocina y, a continuación, se sentó frente a ella, sin poder evitar una mueca de dolor al hacerlo.

—¿Te duele mucho?

—Podré soportarlo —fue la respuesta de él.

—Bien, porque, además de buen cocinero, no cabe duda de que eres un auténtico sufridor.

Él hundió los hombros. Estaba claro que Telma no se lo iba a poner fácil, aunque tampoco lo esperaba después de cómo se había comportado con ella la noche anterior. No había sido para nada considerado con ella y eso era imperdonable.

—Te he pedido disculpas y lo he hecho de corazón.

Telma hizo una pausa. Lo miró mientras sus dedos estrangulaban el mango del tenedor, que quedó suspendido en el aire.

—Disculpas aceptadas —Volvió a cargar el tenedor y se lo llevó a la boca.

—¿Así de sencillo?

—No soy una mujer muy complicada.

Él se recostó en la silla y la observó detenidamente.

—¿Tu amiga Carla sabe que estoy aquí?

No hizo falta una respuesta verbal. La mirada de ella se lo confirmó.

Eric se recostó en la silla y la observó con intensidad desde el otro lado de la mesa.

—Carla no dirá nada.

—Eso mismo dijiste de Marina.

La paciencia de Telma se estaba agotando. Apoyó el tenedor en el borde del plato.

—Mira, Eric, sé que te puede resultar difícil confiar en alguien, pero no me voy a disculpar. Son mis amigas desde que tenía uso de razón, forman parte de mi vida y si preguntan no voy a mentirles —Él la miró con dureza y ella se interrumpió. Arrastró la silla hacía atrás y con las patas arañó el suelo. Decidió que lo mejor era hacer mutis por el foro—. Además poco puedo decirles, ya que has decidido no confiar en mí.

Dejó caer el plato en el fregadero. El ruido que provocó la vajilla al golpear contra el acero inoxidable también la molestó. Se dispuso a aclararlo, pero en el último momento cambió de opinión.

—¡A la mierda, ya lo fregaré mañana! —exclamó más enfadada de lo que podía expresar.

Pasó como una exhalación cerca de Eric, pero al parecer no lo suficiente, porque una mano de él se cerró en torno a su brazo. Ella no tuvo otra opción que detenerse.

—Tengo que regresar a mi país, Telma.

Ella no se dignó ni a mirarlo. De repente la pared de enfrente pareció ser un punto de fuga muy atrayente. El corazón se le aceleró y un nudo le estranguló la garganta. ¿En qué momento exacto se había enamorado de él? No tenía ni idea, y eso la estaba matando por dentro. A pesar de haber pasado la tarde con sus amigas, se sentía muy sola, perdida en una vida que ni ella misma reconocía. Regresar a la cabaña era volver al pasado, a un pasado al que no había podido hacer frente nunca. Pensó en su madre y en su hermana, y como de costumbre las envidió porque a su manera eran felices.

—Mírame, por favor.

Sintió el contacto de Eric a través de su ropa. Era un hombre fuerte que podría acabar con ella en un abrir y cerrar los ojos. Tragó saliva con dificultad. Obedeció y él debió leer el miedo en sus ojos, porque la soltó de inmediato.

—Nunca te haría daño, te lo juro —Esbozó una mueca al sentir una punzada de dolor, pero en esta ocasión no provenía de la pierna sino de algo que no tenía ni idea de cómo llamar—. Apenas te conozco, pero aun así no estoy preparado para perderte.

Ella luchó contra las lágrimas y se envolvió en sus brazos, como si necesitase poner una barrera entre ellos. Conocía bien la sensación de la que

hablaba él. Desde el mismo instante que lo había arrastrado hasta las rocas, en el momento que lo miró a los ojos sintió la conexión. Quizás esa era la razón por la que no había llamado a la policía.

Eric se levantó y ella, sin pretenderlo, dio un paso atrás.

—Ya te he dicho que nunca te haría daño, Telma —dijo con voz áspera—. Necesito que comprendas mi situación.

—Lo intento.

—¿Seguro?

—Si te preocupa que Carla y Marina nos traicionen, no lo harán. Aun así, insistiré y hablaré con ellas de nuevo, así podrás quedarte tranquilo —Forzó una sonrisa—. Aunque no estés acostumbrado, en ocasiones hay que confiar en la gente que quieres para sentir que formas parte de algo importante.

—La gente que quieres también puede traicionarte.

La miró tratando de adivinar sus pensamientos. Saltaba a la vista que estaba asustada. Alargó el brazo y tiró suavemente de ella. Ella en un principio se resistió, pero él insistió, sin emplear la fuerza, y finalmente accedió. La abrazó y Telma apoyó la frente en el fornido pecho de Eric. El acto en sí se convirtió en un momento íntimo.

—No quiero dejarte aquí sola...

Telma se apretó más contra él.

—Pero no tengo opción.

Ella asintió despacio. Parpadeó varias veces para impedir que las lágrimas saliesen a la luz.

Eric la acarició el pelo mientras la abrazaba.

—Debo ir a dar explicaciones a mis superiores —comenzó a decir—. No les va a gustar lo ocurrido y debo hacer frente a las consecuencias.

Ella se separó lo suficiente para poder mirarle a los ojos.

—¿Es muy serio?

—Más de lo que me gustaría admitir —confesó—. Desobedecí una orden muy explícita y tengo que enfrentarme al hecho de que no les va a gustar el resultado.

Telma abrió la boca para intentar decir algo.

—No quiero que te preocupes por mis problemas, los resolveré de un modo u otro —le dijo poniendo su dedo índice contra los labios de ella.

Los ojos grises de Eric brillaron con intensidad. Dejó caer la mano.

—¿Qué te han preguntado exactamente tus amigas?

—Puedes imaginártelo. De todo.

—¿Qué les has dicho?

—No les he contado que trabajas para el Gobierno francés, si es eso lo que te preocupa. Ni tan siquiera les he dicho que eres francés. Les he dado evasivas.

—¿Y se han quedado satisfechas con tus respuestas?

—No, claro que no, pero he salido victoriosa del tercer grado al que me han sometido —Sintió que su tristeza acrecentaba por no haber podido confiarles a sus amigas la verdad—. Al final las he convencido de que no hay mucho que contar al respecto, que eres un hombre muy taciturno, lo cual es verdad. No les ha quedado otra alternativa que darse por vencidas. ¿Qué te hubiese gustado que dijera?

—Diles lo que se te ocurra, excepto la verdad.

—Entiendo. Intentaré crear una historia verosímil, no será muy complicado.

—Nunca hay respuestas correctas —La acercó más a él y respiró el perfume de su cuello.

—Quiero entender lo que pasa, eso es todo.

—Lo sé, pero el tiempo apremia.

Eric levantó la cabeza y observó la cabaña. Tenía la impresión de

haber encontrado su hogar, su lugar en el mundo; aun así, estaba decidido a regresar a París.

—Ni siquiera puedo pagarte los gastos ni el hospedaje, pero...

—No quiero tu dinero, Eric —le interrumpió ella—. Creo que eso había quedado claro ya.

—Si hubieses dejado que el mar me tragase, no te verías envuelta en todo este embrollo.

Ella abrió los ojos en su máxima expresión.

—Jamás hubiese podido dejarte morir.

Él sonrió.

—Lo sé, y por ello te estaré eternamente agradecido.

—¿Puedo serte sincera?

La sonrisa de él se hizo más amplia. Lo que más deseaba en ese momento era besarla, llevarla a la cama y hacerla suya, olvidarse durante unas horas que su cabeza tenía precio.

—Creo que estoy en mi derecho —insistió Telma.

—Sí, claro que lo estás.

Ella se apartó y Eric percibió de nuevo la soledad.

—¿Has sopesado la posibilidad de no regresar a París?

Él pareció meditar la respuesta, aun sabiendo cuál sería de antemano.

—No.

Telma se quedó sin palabras. La respuesta había sido corta y rotunda.

—Verás —comenzó a decir Eric—, hoy he salido con la única intención de ver más de cerca la ermita, de estudiar los alrededores con más detalle. Quedé sorprendido por todo lo que me dijiste anoche y quise comprobar por mí mismo si era posible que tanta belleza pudiese esconderse en un espacio tan reducido.

—¿Has salido de la cabaña? —preguntó ella, sin querer llegar al

alarmismo, pero no lo consiguió.

—Sí, y lamento que te moleste, pero necesito recuperarme, recobrar fuerzas —le aclaró—. Ya veo que la idea no ha sido de tu agrado.

—¿De mi agrado? —Ella se quedó mirándolo llena de perplejidad.

—Escucha...

—¿Te ha visto Félix? —indagó ella sin dejarle terminar la frase.

—¿Félix?

Telma alzó las manos en alto en un gesto de rendición.

—¿O alguno de los pescadores?

En ese momento, él cayó en la cuenta de quién era Félix.

—No, no había nadie en los alrededores.

—Bien —Telma dejó escapar un suspiro. No es que el hecho de que no le hubiese visto nadie la aliviara, pero al menos podía dejar a Félix fuera de la ecuación.

—Cuando estaba a punto de regresar a la cabaña —continuó—, en ese instante llegó una embarcación. La reconocí de inmediato. Fue la que me embistió.

Él se fijó en que Telma tenía los ojos muy abiertos, como si esperase más detalles.

—Dios mío... ¿Te vieron? —El corazón le latió tan aprisa que creía que se le iba a salir del pecho de un momento a otro.

—No. Esperé durante una hora más o menos. Me pegué, de forma literal, a una de las paredes de la ermita hasta que se marcharon. Al menos pude observar cada uno de sus movimientos.

Ella cerró los ojos y deseó que él volviera a abrazarla.

—Buscaban algún rastro que les llevase a ti, ¿verdad?

—Sí.

Los ojos de Telma reflejaban una tristeza que parecía no tener fin.

—¿Lo han encontrado?

Él alzó la mano y le retiró un mechón de pelo de la cara. Era tan delicada y tan perfecta al mismo tiempo... Era perfecta en todos los sentidos.

—Por lo que pude ver encontraron restos de la moto acuática.

—¿Llevabas algún tipo de documentación?

—Sí, pero no creo que la encuentren.

Insegura, se mordió el labio superior.

—¿Crees que habrán llegado a alguna conclusión?

—Estoy seguro de que sí.

—Telma —él elevó las manos para enmarcar su cara—, sabes lo que significa, ¿verdad?

Ella no pudo pronunciar una sola palabra y asintió.

—No encontrarán ningún cuerpo, por lo tanto no tardarán en atar cabos y será entonces cuando llamarán a esta puerta. La cabaña se ve desde el acantilado. Desde ese mismo instante ya no habrá escapatoria. No quiero involucrarte en todo esto —Sus ojos grises se redujeron a ranuras—. Necesito saber que estarás bien y que toda esta mierda de situación no te salpicará.

Ella lo miró fijamente, intentando razonar cada una de sus palabras, pero al parecer su corazón tenía otros planes.

—¿Quieres decir que cuando no encuentren ningún cadáver llegarán a la conclusión de que salvaste la vida?

—Sí, eso es —Con una mano le acarició el pelo.

—La corriente podría arrastrar un cuerpo a varios kilómetros de aquí —concretó, mientras se aferraba a una esperanza que sabía que no existía.

—Pero antes llamarán a esta puerta.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque es lo que yo haría.

—Quedarte no es una opción, ¿verdad?

—No, no lo es.

Ella se esforzó por intentar mantener la compostura. Tenía la impresión de que alguien que comenzaba a importarle la abandonaba. Cerró los ojos y se ordenó tranquilizarse.

—Está bien. Si has de marcharte, hazlo.

Cuando Telma abrió los ojos, Eric creyó que caería en un pozo oscuro y sin fondo.

—Para mí tampoco está siendo fácil —Dejó caer las manos, dio un paso atrás y se sentó sobre la superficie de la mesa de la cocina. Tocarla le hacía desearla más—. Sé que entre nosotros está naciendo algo, aunque no pueda ponerle aún un nombre. Supongo que esa fue la razón por la que me enfadé conmigo mismo anoche, porque necesito acelerar la situación. Pero, aunque he tardado, he comprendido que no eres de las que les gusta hacer las cosas de forma precipitada. Quiero que sepas que lo entiendo y lo respeto.

—Necesito tiempo —dijo sin poder evitar las lágrimas.

—No lo tengo, Telma.

Ella tragó saliva con dificultad. Necesitaba pensar, pero no disponía de tiempo ni de serenidad para poner en orden sus pensamientos. Si se acostaba con Eric, sabía de antemano que podría ser maravilloso, pero el recuerdo que quedaría entonces sería aún más doloroso.

—Creo que ha llegado el momento de que te hable de Arnaud.

Ella iba a preguntar algo, pero Eric no le dio tiempo para hacerlo. Se puso de pie, le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia él.

—Vamos a la cama. Esta conversación nos ha dejado exhaustos.

CAPÍTULO 14

—Arnaud era tu amigo —afirmó ella, intentando poner en orden todos los datos que Eric le había dado en la última hora—. Y murió a manos de Ulloa. ¿Lo he entendido bien?

—Eso no lo hemos podido verificar, pero yo sé que fue eso lo que ocurrió.

—Porque Arnaud te llamó unos días antes para decirte que creían que habían descubierto su tapadera —aseveró Telma con los ojos fijos en el techo.

—Así es.

Ya era medianoche. Ambos estaban tumbados sobre el colchón, con la mirada perdida en la habitación. Eric había decidido confiar en ella y contarle retazos de una verdad que a él le seguía doliendo. A su modo de ver, era lo mínimo que podía hacer. Se sentía responsable de la muerte de su amigo y esa culpa no lo abandonaría nunca.

—Ventura Ulloa es uno de los hombres más buscados por la Interpol —continuó Eric—. Es un asesino peligroso y un traficante de drogas reconocido y muy inteligente. Ha amasado su fortuna matando gente, la mayoría inocente.

Telma se giró de lado. Colocó el dorso de la mano sobre la almohada y fue allí donde dejó descansar su cabeza.

—Entre ellos, Arnaud.

—Sí —Eric ladeó la cabeza y la miró fijamente—. Era un buen amigo que no merecía morir tan joven, y menos a manos de Ulloa.

—No deberías sentirte responsable de su muerte.

—No puedo evitarlo.

Ella reconocía esa sensación. No era fácil vivir con esa culpa día tras día.

—¿Se infiltró solo?

—Sí. Se presentó voluntario para la misión —Se interrumpió y se frotó la sien. Recordaba ese fatídico día como uno de los peores de su vida. Arnaud le había ocultado su decisión hasta el último momento y él no pudo convencerle para que cambiara de idea. La muerte de su amigo pesaba sobre sus hombros como una losa—. Cuando me percaté de lo que tramaba ya era demasiado tarde.

—Él te conocía bien, esa fue la razón por la que te lo ocultó. Sabía que le pondrías trabas. Pero déjame adivinarlo... —dijo ella, antes de que Eric dijera nada—. Discutisteis antes de su marcha.

—Sí. No fue una discusión acalorada, pero las palabras que no se eligen bien, pueden hacer mucho daño —Hizo una pausa y tomó aire—. Bien sabe Dios que lo intenté, pero hizo oídos sordos a todas mis súplicas —Ahogó un juramento—. La misión en sí era una auténtica locura, yo lo sabía, y aun así le permití meterse solo en la boca del lobo.

—Y ahora eres tú el que está en la boca del lobo.

La mirada de Eric voló al techo.

—Supongo que sí, pero cuando me enteré de que Arnaud había muerto, algo se encendió y se apagó al mismo tiempo dentro de mí —Habló lentamente y sus palabras se convirtieron casi en un susurro—. Sentí que le había defraudado, que no había hecho suficiente y que yo era el único responsable de su muerte, así que recabé toda la información que pude sobre Ulloa y estudié los pormenores. El resto ya te lo puedes imaginar.

—No eres el responsable de la muerte de Arnaud, Eric —afirmó Telma, seria y con los ojos brillantes.

—Me repito eso mismo cada mañana, pero créeme cuando te digo, que

no son palabras de consuelo.

Ella le tocó la mano. Volvió la palma hacia arriba y entrelazó sus dedos con los de él.

—¿Por qué crees que Arnaud se presentó voluntario para una misión tan peligrosa?

Silencio.

—Marcus, el hermano pequeño de Arnaud, murió hace dos años por una sobredosis de droga —consiguió decir contra la sequedad de su garganta.

Telma suspiró.

—¿Cuántos años tenía Marcus?

—Veintidós. Era estudiante de Ingeniería Mecánica, un gran estudiante, el mejor de su clase. Arnaud también lo sabía y se desvivía trabajando para pagar la universidad a su hermano. Sus padres trabajan en el campo, y no podían permitirse hacer frente a los pagos —Eric, con la yema de los dedos, acarició la mano de Telma—. Pero Marcus se exigía demasiado a sí mismo.

Telma pensó que aquella historia podría ser la de cualquier familia de clase media.

—Cuando fui al cementerio a despedirme de Arnaud, vi a unos padres destrozados. Habían perdido a dos hijos en un espacio muy corto de tiempo —Tensó los labios y continuó—. Estaban desolados, no sabían que habían hecho para merecer un castigo de tal magnitud y yo me sentí impotente. No pude darles la respuesta que tanto ansiaban.

—Nadie tiene la respuesta para algo así.

—Perdí a mis padres el mismo día en un accidente de tráfico y fue el peor día de mi vida. Sé lo que se siente cuando no te quedan fuerzas para luchar —Aspiró una bocanada de aire—. No encuentras consuelo y todo deja de importarte. Pierdes el rumbo —continuó, a pesar de la presión que sentía en el pecho—. Me vi reflejado en ese matrimonio y decidí hacer algo al

respecto, aunque mis superiores me prohibiesen salir del país.

—Eric, lo siento.

—Eres una mujer muy comprensiva, sé que lo sientes.

—No fue culpa tuya lo que les sucedió a Marcus y a Arnaud.

—Entonces, ¿por qué me siento responsable de su muerte?

Ella no supo qué decir.

—Estás siendo demasiado duro contigo mismo.

—La muerte lo fue más con mi amigo y compañero.

—¿Has estado a punto de morir! —exclamó ella, intentando que él entrase en razón.

—He fracasado, Telma. Así es como me siento.

Los ojos claros de Eric tenían una expresión doliente.

—¿Esa es la razón por la que tienes que regresar?

—Sí. Debo ser consecuente con mis actos, y con Arnaud.

Incómoda, Telma buscó algo que decir.

—Marcus comenzó a tomar estimulantes, ¿no es así?

—Exacto.

—Arnaud responsabilizó a Ulloa de la muerte de su hermano —dijo Telma despacio.

—¿Por qué no? Después de todo Ulloa es uno de los narcotraficantes que más droga introduce en Europa.

—Y a partir de ese momento Marcus entró en un bucle del cual no supo salir.

Eric se llevó la mano de Telma a los labios y la besó.

—Parece que conoces el tema.

Ella sintió una especie de cosquilleo que comenzaba a recorrer primero su piel y que luego se extendió por todo su cuerpo. Fueron como pequeñas oleadas de deseo, que la llevó a apretar una pierna contra la otra.

—No por mí —Un gemido se atascó en su garganta.

Él entrecerró los ojos, como si supiera lo que estaba sucediendo. Quizá por esa razón dejó una hilera de besos por el dorso de la mano de ella.

—¿Por quién, entonces?

—La danza también guarda sus trapos sucios —susurró ella—. No deberías hacer eso.

—¿Hacer qué? —preguntó Eric, inocente.

—Lo sabes muy bien —Ella lo miró con cautela—. Besarme la mano de esa manera.

Él sonrió de forma maliciosa.

—¿Cómo? —Volvió a besar su mano, pero esta vez de una forma más lasciva—. ¿Así?

Ella intentó retirar la mano, pero Eric no se lo permitió.

Una risa ahogada salió de su garganta.

—Me encanta tu risa.

Ella dejó de reír, pero su sonrisa quedó reflejada en sus labios. Se acercó a él y apoyó la cabeza en su hombro.

—No es buena idea, Eric.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo.

—Pues deberías.

—Cualquier hombre diría que soy un idiota —dijo irónico—. Estoy en la cama con una mujer bellísima a la que me encantaría arrancarle ese pijama ridículo y hacerle el amor hasta quedar exhausto, y sin embargo aquí estoy, besándole la mano.

Ella levantó la cabeza y lo miró fijamente.

—¿Lo del pijama va en serio?

Él sonrió de una forma muy peculiar.

—Completamente. Pero quiero que sepas —agregó— que la última

parte de lo que acabo de decir también lo es.

Ella se echó a reír y chocó su frente en el hombro de él.

—No me puedo creer que estemos manteniendo esta conversación.

—Sabes que no haré nada que no quieras hacer, ¿verdad?

Él le acarició el pelo y a ella ese gesto le pareció de lo más íntimo y hermoso. Ahora comprendía que la relación que había mantenido con Víctor se había basado solo en el sexo, porque su antiguo amante jamás le había acariciado de esa manera.

—¿En qué piensas? —Ladeó la cabeza, y en esta ocasión fue su mejilla la que descansó sobre el hombro de él.

Ella dudó en contestar. Él tomó su silencio como una respuesta. Eso solo podía significar una cosa, que podría estar pensando en otro hombre y, si estaba en lo cierto, eso dolía demasiado. Su propio pensamiento lo dejó confuso.

—Estás pensando en él, ¿verdad?

Telma comprendió que no podía negarle una respuesta. Al parecer era la noche de las confesiones. Para Eric no había sido fácil hablarle de su compañero, para ella tampoco le sería sencillo hablarle de Víctor.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Pertenezco a la DGSE, ¿recuerdas? Eso me da cierta ventaja.

Ella, de haber podido, se hubiese echado a reír.

—Sí, lo recuerdo. Cómo olvidarlo.

Él detuvo sus caricias, pero sus dedos quedaron enredados en el pelo de ella.

—Se llama Víctor. Tiene su propia familia y está casado —aclaró, sintiéndose aún culpable por un pasado que no conseguía dejar atrás.

Un silencio denso se interpuso entre ellos.

—No me ofreció nada —Ella sintió la necesidad de llenar ese silencio

con urgencia, así que continuó hablando—. Pero no perdí la esperanza, porque hasta el último momento creí que iba a dejar a su mujer por mí.

Él la besó en la cabeza, cerca de la frente.

—¿Estabas enamorada de él?

Esa era la misma pregunta que se repetía cada vez que Víctor ocupaba su mente.

—Creía que sí.

—¿No estás segura? —preguntó él, sin querer sacar ninguna conclusión errónea.

—No me siento orgullosa de la relación con Víctor, si es eso lo que quieres saber.

—No te estoy juzgando, Telma.

Ella no estaba tan segura, pero aun así, decidió guardar silencio.

Eric procesaba la información con cautela. Telma era una mujer maravillosa y sensible. Nadie debería hacerla sufrir, ni siquiera él mismo.

—¿Cuándo se terminó la relación?

—Este verano —respondió ella—. El colegio terminó, las vacaciones comenzaron y él tenía que pasar más tiempo con sus hijos. Le pedí algo que sabía que no me podía ofrecer —Tragó el nudo que tenía en la garganta—. Discutimos y decidí que lo mejor era dejar atrás todo y regresar a Cantabria.

—¿Qué lugar ocupaba Víctor en tu vida?

Ella no supo cómo interpretar la pregunta.

Eric, al ver que ella no respondía, reformuló la pregunta.

—¿Era un compañero?

—Era, y sigue siendo, el director artístico del *ballet*.

Eric cerró con fuerza los ojos. Aquella situación cerraba muchas puertas para Telma.

—La discusión más fuerte tuvo lugar cuando me operaron. Cinco

semanas con escayola, sola y en casa. Es un verdadero pulso contra la soledad.

—Así que decidiste dar un cambio significativo a tu vida...

Él notó cómo asentía contra su hombro.

—¿Por qué te sigue llamando por teléfono?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —preguntó él, sorprendido por la respuesta.

—Nunca respondo a sus llamadas.

Eso dio que pensar a Eric.

—¿Por qué no le bloqueas en el teléfono?

Ella no respondió inmediatamente, se tomó su tiempo.

—Porque cuando me llama sé que está pensando en mí y eso me hace enfocar todo esto desde otra perspectiva. Me digo a mí misma que aún no he salido de su vida, que quizá hay otra salida y pueda rescatar algunos de los mejores momentos del pasado. No todo fue malo en nuestra relación, ¿sabes? —adujo ella vacilante—. Sé que no lo comprendes, ni pretendo que lo hagas.

Eric se presionó los ojos con el pulgar y el índice. Tragó saliva e intentó procesar todo lo que Telma le estaba contando. Si pudiera, mataría a aquel hijo de puta con sus propias manos.

—¿Qué te gustaría hacer?

Telma tenía la impresión de que Eric no estaba disfrutando de la velada. Ella también se sentiría insegura si él le estuviese hablando de otra mujer.

—¿Te refieres a ahora o en el futuro?

—En un futuro cercano —aclaró Eric, deseando poder formar parte de él, aunque sabía que eso sería imposible.

Ella agradeció el cambio de tema, así que decidió explayarse, dejar que los sueños que se habían anidado en su mente fluyeran.

—Lo he meditado detenidamente a lo largo de estas últimas semanas —comenzó a decir—. Me encantaría abrir mi propia escuela de ballet. Yo no podré volver a subirme a un escenario como profesional, pero aún puedo bailar y sentir la danza en mi interior. Podría ayudar a otros niños a que sus sueños se convirtieran en realidad —Su voz denotaba entusiasmo y eso le agradó.

—¿Dónde abrirías la escuela?

Ella no tuvo que meditar la respuesta.

—Por esta zona. Me encantaría encontrar un local en Santillana del Mar. Cuando conozcas el pueblo, sabrás por qué. Pero de momento eso será inviable —confesó resignada—. Aunque no desisto.

Él bajó la mano y le acarició el hombro.

—¿Por qué es inviable?

Ella rio de una manera que a él le pareció de lo más excitante.

—El dinero siempre está por medio. Los sueños tienen siempre un precio, Eric —dijo ella, esta vez con seriedad.

Él puso un dedo bajo su barbilla, no tuvo otra opción que mirarle directamente a los ojos mientras le acarició la línea de la mandíbula.

—No deberías renunciar a tus sueños.

—Supongo que no, pero hay que hacerle frente a la realidad.

—Yo podría ayudarte.

En los ojos grises de Eric se reflejaba cierta inquietud.

—No quiero tu dinero, Eric.

Él hundió los dedos en los sedosos cabellos de ella.

—Entonces, ¿qué quieres de mí?

Ella se mordió el labio inferior, reprimió las lágrimas y decidió ser sincera consigo misma.

—Momentos inolvidables.

—No puedo quedarme, Telma. Creí que eso había quedado claro.

—Lo has dejado claro y lo acepto.

—¿Entonces? —preguntó él, confuso.

—Aprovechemos el tiempo y olvidemos, por un momento, el pasado.

Eric arrugó el ceño.

—¿Estás diciendo lo que creo?

Ella no podía apartar los ojos de él. Eric se iría y seguramente sus caminos no se volverían a cruzar. No tenía ni idea de cuando había tomado la decisión de llegar más lejos, pero si de algo estaba segura era de que, si no lo hacía, se arrepentiría.

Él se incorporó lo suficiente para que sus rostros quedasen enfrentados.

—¿Estás segura?

—Nunca he estado más segura de nada.

Eric le acarició con la mirada. Telma era preciosa y sabía de antemano que no podría olvidarla tan fácilmente; además, ambos podrían hacerse mucho daño. Ese pensamiento hizo que se replanteara seriamente lo que estaba a punto de hacer.

—Telma, si seguimos adelante, luego no habrá marcha atrás. ¿Lo comprendes?

Ella sintió una oleada de calidez. Prefería mil veces arrepentirse a preguntarse cada día qué hubiese sucedido.

—Te pedí que confiaras en mí y lo has hecho. Eso me hace pensar que soy importante para ti, aunque tengamos que separarnos.

Eric la estrechó contra su costado, conmovido por sus palabras.

—Eso no lo dudes nunca —le susurró contra sus labios. Siempre formarás parte de mí y nada ni nadie podrá cambiar eso.

Bajó la boca lentamente para darle a Telma la oportunidad de

detenerlo.

CAPÍTULO 15

Los labios de Eric se apoderaron de los de Telma y el sabor de ella despertó una necesidad latente con la cual llevaba días lidiando. Asaltó y saboreó su boca con gran maestría. Creyó perder el control cuando la lengua de Telma tomó contacto con la suya. Ella era como barro entre sus manos, moldeable y suave. De inmediato, deseó más y más.

Eric se tomó su tiempo. La besó despacio, sin prisa, con caricias lentas e infinitas. Telma se sintió flotar en un vacío inmenso donde solo había cabida para los sentimientos. Ese hombre sí que sabía besar y hacer que una mujer se deshiciera entre sus brazos. Lo deseaba rayando la desesperación, y sus braguitas empapadas por la excitación eran ya una prueba de ello.

Eric dejó de besarla, muy a su pesar, y de forma inmediata levantó la cabeza. Sus rostros quedaron a unos centímetros el uno del otro.

—¿Estás bien?

La voz de él sonaba calmada y ronca. Telma, conmovida por su preocupación y sin dejar de mirarlo a los ojos, asintió con una sonrisa enigmática en la boca.

Él permitió que aquella sonrisa calentase sus entrañas de una manera hasta aquel momento desconocida, y eso le agradó y le sorprendió al mismo tiempo. Telma era especial, de eso no había duda. Había algo en ella que le hechizaba, que le arrastraba a un abismo del cual no tenía ninguna prisa por salir.

—Podría estar toda la noche besándote —dijo él, mientras se percataba de cómo los ojos de ella se agrandaban y se oscurecían al mismo tiempo.

Ella colocó una mano sobre el hombro de él y lo acarició lentamente con la yema de los dedos. Le lanzó una mirada cargada de deseo antes de añadir:

—Pues hazlo.

Telma observó cómo un brillo burlón se apoderaba de la mirada de Eric.

—¿Estás segura?

Ella dirigió su mano a la boca de él y recorrió los labios con los dedos. Decidió contarle a Eric lo que le preocupaba:

—¿Tus heridas no se resentirán?

Él se acercó para hablarle al oído.

—En este momento, el dolor está concentrado en otra parte de mi anatomía, más que en la pierna.

Ella sintió cómo el hormigueo se intensificaba en la parte baja del vientre. Despegó la cabeza de la almohada para beber de la boca de Eric. Saboreó sus labios y luego atrapó su lengua. Lo que más deseaba en ese instante es que él la desnudara, le separase los muslos y se hundiese en ella. Despegó el trasero del colchón e hizo rodar el pantalón del pijama, junto con las bragas, primero por su cadera y luego a lo largo de sus piernas. No pudo evitar sonreír al ver la expresión de sorpresa que se reflejaba en el rostro de Eric. Parecía tan vulnerable que no lo pensó dos veces y lo besó de nuevo.

Eric tragó saliva con dificultad. Sentir a Telma piel contra piel era una sensación increíble para la cual creía estar preparado, pero se equivocaba. No podía hablar porque Telma era bellísima en todos los sentidos. Su cuerpo, pequeño y esbelto, era fibroso y sus músculos eran delicados, pero al mismo tiempo estaban bien definidos. Las horas de duro trabajo sobre un escenario eran más que visibles.

—Creo que estarás más cómodo así —Se colocó sobre él, a

horcajadas, y a continuación tiró de la parte superior del pijama por encima de la cabeza. Se sorprendió al no sentirse insegura ante su desnudez. Eric la admiraba como si se tratase de una diosa en manos de un mortal.

Telma, desnuda, era el sueño de cualquier hombre. Esa imagen grabada en su retina terminó por enloquecerlo. Deslizó la mano y la abrió sobre el vientre plano de ella. Su piel era delicada y aterciopelada al tacto. Ascendió despacio por los flancos y atrapó, con ambas manos, los pequeños y redondeados pechos, los amasó y se perdió en esa sensación tan exquisita. Todo en ella era pura perfección, y eso le sobrecogía. Acarició con los pulgares sus rígidos pezones. Telma respondió en el acto, se removió sobre su excitación y él pensó que no podría soportar un solo segundo más sin estar dentro de ella. Le apartó el pelo de la cara y la atrajo hacia sí para besarla de nuevo.

Cuando Telma recobró el aliento pensó que lo quería compartir todo con Eric, más noches como aquella y momentos inolvidables, como el que ahora estaban viviendo. Pero ella sabía que eso no iba a ser posible y necesitaba aferrarse a toda su voluntad para no suplicarle que se olvidase de todo y comenzase una nueva vida a miles de kilómetros de París. Era un tiempo prestado que ella no estaba dispuesta a desperdiciar.

Él pareció leerle el pensamiento.

—Si quieres podríamos mantener una conversación seria y profunda sobre lo que está sucediendo.

Las palabras de Eric hicieron que ella le quisiera más. Acarició el torso desnudo de él. Le encantaba que durmiese solo con los bóxers y sentir su calidez cuando sus cuerpos se tocaban.

—No es necesario —Telma reptó por el cuerpo de él, con cuidado de no hacerle daño. La mancha violácea aún teñía buena parte de la piel de su costado. Lo acarició con delicadeza con la yema de los dedos y luego dejó que

sus labios recorrieran cada centímetro del hematoma—. Esta noche solo quiero sentir.

Eric se estremeció al notar el aliento cálido de ella contra su piel. Si creía que podía volverle loco de deseo, lo estaba consiguiendo.

—Telma... —Logró decir a duras penas.

Ella lo ignoró de forma deliberada y siguió descendiendo hasta encontrar la goma elástica de los bóxers. La erección era más que evidente bajo los calzoncillos.

Arrastró la prenda interior y el pene, duro y excitado, salió al encuentro de Telma. Ella descendió y lo atrapó con su boca.

—¡Joder! —fue lo único que pudo decir Eric cuando sintió la lengua de Telma en contacto con su miembro duro y más excitado lo que había estado nunca. Sus dedos se deslizaron por la espalda de Telma mientras la sensación más primitiva y maravillosa que hubiese sentido jamás lo arrastraba de nuevo al abismo.

—Si... —se interrumpió porque a duras penas podía hablar—. Si sigues así, esto terminará antes de lo previsto, y quiero que sepas que yo no lo voy a permitir.

Ella se incorporó de repente y encorvó la espalda. Entonces, observó fascinado cómo ella se mordía el labio inferior. A él se le secó la boca. Telma, despeinada y con un aspecto salvaje, lo miraba excitada y con ojos color chocolate, velados por el deseo.

Ella sonrió con lascivia y abrió uno de los cajones de la mesita de noche. En pocos segundos, Eric vio bailar un preservativo sobre sus ojos. Ella hizo un mohín sensual con los labios y a continuación, sin pronunciar una sola palabra, rasgó el envoltorio y le colocó el condón.

Él buscó con los dedos el centro de placer de Telma. Cuando lo encontró se percató de que estaba húmeda y preparada para él. Aquello le

excitó aún más. Acarició con suavidad su clítoris hasta que ella se perdió en su propio orgasmo.

Eric alineó su miembro duro y palpitante con el de ella y la embistió con fuerza. Telma, de pronto, flotó. La calidez y la excitación la abrazaron con tal fuerza que no pudo ni quiso desprenderse de nada. Un gemido se escapó de su garganta para perderse un segundo después en un placer indescriptible.

Aunque Eric no lo quisiera creer, allí había algo más que una complicidad mutua.

Miedo y amor.

Eric se perdió en aquel torbellino de excitación cuando eyaculó. Jadeó con fuerza y le envolvió una sensación de ingravidez. Nunca en su vida se había sentido así con una mujer. Abrir los ojos y enfrentarse a la realidad, no era una idea muy sugerente. Se negó a pensar en las consecuencias y en las probabilidades.

Esa noche no.

Telma abrió los ojos. Había amanecido y aún seguía desnuda entre los brazos de Eric. Pensó en las horas anteriores, habían sido excitantes e increíbles. Los orgasmos se habían ido sucediendo uno tras otro y tras el último quedó exhausta. Cerró los ojos y sucumbió al sueño casi en el acto.

Ya era otro día y la mágica noche había quedado atrás, había llegado el momento de enfrentarse a la realidad. De pronto sintió frío, o quizá era miedo a despedirse de algo para lo que no estaba en absoluto preparada, no estaba del todo segura.

Eric sintió cómo Telma se revolvía entre sus brazos. Su precioso trasero estaba en contacto con la parte más vulnerable de su anatomía y eso no

le ponía las cosas nada fáciles. Anhelaba con urgencia volver a hacer el amor, sin embargo sabía cuándo tenía que recurrir a la paciencia.

—¿Estás bien? —susurró, esperando que la respuesta de ella fuese afirmativa, porque no tenía ni idea de cómo manejar el asunto que tenía entre manos.

—Sí.

Él tragó saliva y pensó en algo que decir.

—Telma..., yo...

—Eres un amante fantástico —dijo ella, con los ojos clavados en la pared—. Sería divertido ver cómo te desenvuelves si no tuvieras una cicatriz de un tamaño más que considerable en la pierna.

—Mírame, por favor.

Ella no se hizo esperar. Se giró y su precioso trasero dejó de estar en contacto con el cuerpo de Eric, algo que él lamentó de inmediato.

—Es mejor no decir algo de lo que luego podríamos lamentarnos.

—¿No quieres hablar de lo sucedido? —preguntó él, asombrado. Al ver que ella no decía nada, decidió romper el incómodo silencio que se había instaurado entre ellos—. Quiero que sepas que ha sido la noche más especial de mi vida.

Ella no pudo seguir mirándole a los ojos y apartó la mirada. Eso era lo único que iba a quedar, el recuerdo de una noche mágica y palabras bonitas. Decidió que era hora de levantarse de la cama y enfrentarse a la realidad de una vez por todas. Sin embargo, él la atrapó por la cintura y se lo impidió.

—¿Qué pasa, Telma?

—Nada, solo necesito ir al baño.

Él la estudió y creyó que no estaba siendo sincera. Aun así, la dejó marchar.

Telma recogió la camiseta de Eric, que seguramente cayó al suelo la

noche anterior, metió primero la cabeza y luego las mangas. La prenda en sí le quedaba holgada y le llegaba casi hasta las rodillas, pero a ella no le importó lo más mínimo. Por último, recogió su larga melena con la mano y dejó que cayera por sus hombros. Aceleró el paso hasta el cuarto de baño. Una vez dentro, cerró la puerta. No deseaba caer en la decepción; sin embargo, era algo que parecía del todo inevitable. Se apoyó con las manos contra el lavabo y respiró profundamente. Observó las manchas violáceas bajo los ojos. Estaba claro que últimamente no había descansado lo suficiente y su cuerpo le estaba pasando factura. Echaba de menos sus zapatillas de ballet, las mariposas en el estómago antes de salir al escenario y los aplausos del público. Anhelaba regresar a su vida, que ya no existía, y eso hizo que soltase una palabra malsonante, que hasta ella misma la sorprendió.

Dejó caer la cabeza entre los hombros y su preciosa melena ocultó su rostro. Todos la abandonaban. Se sentía sola en un mundo hostil y poco práctico.

Unos suaves golpes en la puerta hicieron que volviera a conectar con la realidad.

—Telma, ¿estás bien?

Ella tomó una bocanada de aire antes de responder.

—Sí. Dame un segundo, enseguida salgo.

Necesitaba vivir el presente y olvidarse de una vez por todas del pasado.

Los golpes se sucedieron de nuevo, pero esta vez no hubo tiempo de espera. Eric abrió. Estaba desnudo y no parecía preocupado por ello. Telma no pudo evitar fijarse en el gesto de preocupación que reflejaba su rostro.

—¿Seguro que te encuentras bien?

Ella lo miró a través del espejo. Su aspecto físico le recordaba a un guerrero que estaba a punto de entrar a la batalla. Sus ojos grises la

observaban con cautela.

Ella se quedó mirándolo en silencio antes de hablar otra vez.

—¿Por qué la gente pregunta si estás bien cuando sabe que no lo estás?

—Telma..., yo... —Eric cerró la mano en un puño y la apostó contra el marco de la puerta. Fue ahí donde apoyó la cabeza.

—¿Cuándo tienes planeado marcharte? —preguntó ella, sin miramientos.

«Así que es eso», pensó Eric, mientras acortaba distancia. Al llegar a su lado, hizo que se diera la vuelta hasta que sus rostros quedaron uno frente al otro.

Sus dedos se deslizaron por la mejilla de Telma. La sintió temblar y el deseo de protegerla se aferró más a él.

—Esta noche me gustaría ponerme en contacto con alguien de la agencia.

—Claro —dijo, sin más—. Te llevaré en coche hasta Santillana del Mar.

Él ignoró de forma deliberada la respuesta de ella.

—Telma, por favor, esto ya lo hablamos —Sintió la necesidad de abrazarla, pero no lo hizo—. Quedarme aquí contigo no es una opción. Te pondría en peligro y, si te ocurriera algo, no podría perdonármelo nunca.

Ella lo sabía, y por esa razón se sintió aún más estúpida.

—No tienes por qué preocuparte —dijo levantando la cabeza para poder mirarle a los ojos—. Es solo que ni la vida ni el apego deberían ser tan difíciles de sobrellevar.

Eric arrugó el ceño.

—¿Eso es lo que sientes por mí, apego?

Los ojos grises de Eric buscaron los suyos para que le dieran una respuesta que ella no tenía.

—¿Recuerdas que te conté que mi padre murió de un ictus?

Él asintió.

—No te conté toda la verdad de lo que sucedió.

Eric detuvo las caricias y toda su atención recayó en ella. No tenía ni idea de a qué venía ese cambio en la conversación, pero por algún motivo que aún no llegaba a comprender se limitó a responder.

—Sí —Bajó las manos hasta llegar a la cintura de Telma—. Pero no sé qué tiene que ver tu pregunta con...

—Murió mientras discutíamos —le interrumpió ella.

Eric abrió la boca, sin saber muy bien qué decir a continuación.

—Él deseaba que no dejase mi carrera de Enfermería y yo lo que más anhelaba en el mundo era convertirme en bailarina. Lo que más me duele reconocer es que tenía razón —Se limitó a suspirar—. Ahora tendría trabajo y estaría ayudando a otras personas que lo necesitasen. Sería una versión diferente de mí misma, una verdadera liberación.

—Telma...—Él aferró la cintura de ella con sus manos—. No fue culpa tuya. Tomaste una decisión en su momento y esa decisión es la que ha forjado a la mujer que eres hoy. No debes lamentar nada. Lo que le ocurrió a tu padre no tuvo nada que ver contigo, créeme.

Telma tuvo que recurrir a todo su control para impedir que las lágrimas saliesen a la luz.

—Sí, yo fui la responsable de su muerte —Tomó aire antes de seguir hablando—. Le desilusioné. La conversación se me fue de las manos, quizá porque solo pensaba en mí y en nadie más. En su momento intenté escapar de cómo me sentía y hoy es una verdadera pesadilla.

Eric la atrajo hacia él y la estrechó entre sus brazos.

—No eres responsable de la muerte de tu padre —instó él, pensando bien cuáles serían sus próximas palabras—. A veces, sin saber cómo, esas

cosas suceden.

Ella se separó lo suficiente de él para mirarlo a los ojos y acariciar la oscura sombra de la barba incipiente que ya cubría su mandíbula.

—Hace ocho años que me repito esas mismas palabras. He aprendido a vivir con ellas y con la culpa. —Ladeó la cabeza y lo miró detenidamente—. Por esa razón, sé lo que sientes cuando te haces responsable de la muerte de Arnaud. Yo podría decirte lo mismo a ti, que esas cosas pasan a veces y que nadie debe culparse por algo así.

Eric la acarició el pelo.

—Además de bella, inteligente.

—Prométeme que nunca más te responsabilizarás de la muerte de Arnaud.

Él bajó la cabeza y dejó que sus labios se posaran sobre la frente de ella.

—Quiero que tú hagas lo mismo.

Ella se humedeció los labios y tomó aire antes de contestar.

—Al menos lo intentaré.

Él besó su pequeña y respingona nariz.

—Es muy posible que llegue un día en el que me perdone —le dijo, muy cerca de los labios—. Quiero que sonrías todos días, que encuentres un motivo para ser feliz.

—Lo que me pides no es fácil.

—Si tú eres feliz, yo también lo seré.

Telma cerró los ojos. Se imaginó un mundo sin Eric y la sensación de vacío se incrementó considerablemente, hasta un punto que creyó que no podría respirar. Un segundo después él asaltaba la boca de ella con maestría y con una pasión desbordante, como si necesitase absorber ese instante para convertirlo más tarde en un recuerdo. La alzó con ambas manos y la sentó

sobre el lavabo.

—Ahora déjame que te demuestre lo que puedo llegar a hacer por las mañanas.

Ella dibujó una media sonrisa cuando sintió cómo la mano de Eric se deslizaba entre sus muslos.

CAPÍTULO 16

Ventura Ulloa recurrió a toda su paciencia antes de levantarse del sillón. La situación se complicaba por momentos y necesitaba zanjarla ya o se vería en un serio aprieto. Entonces sería su vida la que pendiera de un hilo, y eso no lo iba a permitir. Ante él se encontraban dos de los hombres más ineptos que había contratado, pero por el momento no podía disponer de nadie más porque la operación que tenía entre manos ya estaba en marcha.

—Venir con las manos vacías no es una decisión muy acertada —les dijo empujando hacia atrás el sillón.

Dio un rodeo a la mesa observando a los dos hombres y sopesó las diferentes opciones. Consideró que eran dos tipos leales, pero con eso, a esas alturas de la historia, no era suficiente.

Garrido y Castillo, visiblemente nerviosos, asintieron con la cabeza.

—Pensad en cualquier detalle que se os haya podido pasar por alto —dijo mientras acariciaba la caja de puros que descansaba sobre la mesa de caoba—. Siempre hay un hilo suelto del que poder tirar.

Garrido carraspeó con fuerza. Ulloa levantó la mirada, y toda su atención recayó sobre él.

—¿Y bien?

—Ahora que lo dice —tragó saliva con dificultad—, hay una cabaña en lo alto del acantilado.

Ventura Ulloa no se lo podía creer. Entrecerró los ojos. Se despegó de la mesa y se acercó a los dos hombres.

—Cabaña que doy por hecho que ya habéis registrado.

Silencio.

—Porque lo habéis hecho, ¿no? —instó Ulloa con acritud.

En esta ocasión fue Castillo quien, algo nervioso, respondió:

—Lo haremos, señor. Nunca creímos en la posibilidad de que Dufort saliese con vida —explicó algo aturullado—. Estuvimos varios minutos allí y no salió a flote, ni vivo ni muerto. Algo incomprensible.

—Dufort nos la ha jugado y bien —apuntó Ulloa—. Tiene suficiente información para encerrarnos de por vida. Si no queremos que eso suceda, tenemos que hacer algo.

—Estamos en ello, señor —respondió Castillo, sin perder de vista por el rabillo del ojo a Ventura Ulloa.

—¿Estamos en ello? —preguntó Ulloa. Lo miró inquisitivamente.

—Es zona de pescadores y el tiempo que hemos estado allí no hemos visto merodear a nadie. Hemos dado por hecho que la cabaña era un apero sin más —repuso, en esta ocasión, Garrido.

Ulloa se repasó los dientes con la punta de la lengua. Se acercó a uno de sus hombres y, a una velocidad que le sorprendió hasta él mismo, le arrebató el arma que escondía en la cintura.

Se aseguró de quitar el seguro y, un segundo después, el cañón tomó contacto con la sien de Garrido.

El hombre en cuestión sintió el frío metal en contacto con su piel y cerró con fuerza los ojos. Notó como una gota de sudor le resbalaba por la nuca. En segundos la camisa azul celeste que ese día había elegido del armario quedó empapada. Tragó saliva y, sin poder evitarlo, se echó a temblar.

—Última oportunidad —rezongó—. Si no me traéis a Dufort hoy mismo mañana seréis vosotros quienes os convertiréis en comida para los peces. ¿Lo habéis entendido?

Castillo no se atrevió ni a desviar la mirada. Fue Garrido quien, a duras penas, respondió:

—Sí, señor.

Ulloa dejó caer el arma sobre la alfombra de su despacho. Sin decir una sola palabra más, se giró y salió de la estancia. Tras él, se escuchó un portazo que hizo que los dos hombres se sobresaltasen.

Castillo intentó llenarse de aire los pulmones. Miró hacia el suelo y, además del arma, encontró un charco en la alfombra. Perplejo miró a su compañero: Garrido se había meado en los pantalones.

—Hace una noche estupenda.

Eric estuvo de acuerdo con Telma. Miró en dirección al cielo y se encontró con un manto oscuro cubierto por miles de puntos luminosos y una luna llena que brillaba con una intensidad abrumadora. Era un verdadero espectáculo para la vista.

—Tenías razón —dijo él. La pierna le dolía más de lo que quería reconocer. Las últimas horas habían sido algo movidas, pero no las cambiaría por nada. Hacer el amor a Telma era como formar parte de ese cielo.

—¿Sobre qué? —preguntó Telma, deteniéndose al lado de Eric.

—Este pueblo tiene magia —dijo, mientras sus pies pisaban el suelo empedrado y las estrechas calles les acogían dándoles la bienvenida.

Ella sonrió abiertamente; él la imitó.

—Es realmente precioso, lo admito.

—Te lo dije —apuntó ella, a la vez que reanudaban la marcha. Se recolocó sobre el hombro el bolso donde guardaba su ordenador. Cruzaron la Plaza Mayor con la vista fija en los edificios históricos que los rodeaban—. Esta balconada de flores es el ayuntamiento, y allí... —señaló con el dedo índice— están las dos torres: la de Don Borja, el último noble que ostentaba

el título del mayorazgo de la familia durante el siglo XIX; y la de Merino. Ambas datan del siglo XIII.

No había nadie en la plaza, solo ellos. El misterio parecía rezumar por cada uno de sus rincones. Sus calles con adoquines, sus magníficas casas de piedra e increíbles edificios emblemáticos, que habían sobrevivido a varias generaciones y que eran testigos del legado de muchas vidas que quedaron, sin pretenderlo siquiera, atrapadas en la historia.

—¿Quién habitaba en la torre de Merino?

La iluminación ornamental del casco histórico permitió que Eric entreviera una construcción de mampostería con esquinas de sillería.

Telma enarcó una ceja y pensó unos segundos.

—Creo recordar que era la residencia del merino mayor de las Asturias de Santillana. Eran los administradores —explicó—, los representantes del rey.

—Interesante. ¿Cómo conoces tantos detalles?

Telma le observó con atención y tardó varios segundos en responder. Cuando ya pensaba que no lo iba a hacer, ella comenzó a hablar:

—A mi padre le encantaba pasear por Santillana y estudiar cada símbolo, escudo o fachada que encontraba a su paso —explicó—. Le gustaba mantener conversaciones con historiadores y sumergirse en el pasado. Supongo que de niña le escuchaba con atención porque no encuentro otro motivo por el cual recuerde tanta información.

Él la estudió antes de tomar la palabra.

—Tengo la impresión de que era un gran hombre.

—Le tocó lidiar con una hija muy rebelde —asumió con un tono desolado.

—Sabes que eso no es cierto, solo defendiste un sueño, y eso no tiene nada de malo.

Ella no quería sentir ese calor en el estómago, ese cosquilleo que le indicaba, para bien o para mal, que Eric ya formaba parte de su vida. No parecía ser el mismo hombre que le había hecho varias veces el amor la noche anterior y que había hecho que llegase al orgasmo sobre un lavabo o sobre la mesa de la cocina, unas horas después. Ahora parecía un turista más inmerso en la belleza de todo lo que le rodeaba. Se puso de puntillas y, sin pensar demasiado en las consecuencias, se atrevió a rozarle los labios.

Él dejó los emblemáticos monumentos históricos a un lado para centrar la atención en ella. Sus cejas oscuras se arquearon sorprendidas. La caricia en los labios lo encendió por completo.

Telma se mordió el labio inferior y, antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, él le rodeó con un brazo su estrecha figura y la atrajo hacia él.

—¿Quieres esto?

No pudo negar su propio deseo cuando Eric asaltó su boca. Los labios de él se volvieron más exigentes y se movieron con maestría sobre los de ella, profundizando en un beso que la dejó sin aliento.

Cuando él tomó distancia, Telma aún jadeaba. La miró, como si fuera el ser más maravilloso que pisara la faz de la tierra.

—Podría pasar horas besándote.

Ella apoyó la cabeza en uno de los hombros de Eric.

—Nadie te lo impide.

Pensativo, besó su pelo. Tenía que hacer frente a una realidad que a ninguno de los dos les gustaba; sin embargo, debía hacer lo correcto.

Eric sintió cómo el viento nocturno y otoñal hacía acto de presencia y apartó con delicadeza de su lado a Telma.

—Será mejor que continuemos —dijo, sin atreverse a mirarla a los ojos. Si lo hacía estaría perdido y la volvería a besar. En ese instante, se fijó

en un escudo situado en la fachada de una enorme casa de piedra.

—Es un escudo increíble.

Telma se arrebujo en su abrigo, aunque el hecho de hacerlo no era por frío. Sentir decepción no tenía ningún sentido, Eric le estaba brindando una salida digna y ella debía aferrarse a ella para evitar que la herida, ya abierta, se hiciese más profunda. Miró en dirección a lo que él señalaba. Se armó de valor y decidió que había llegado el momento de hacer frente al hecho de que Eric se iría pronto y que jamás volvería a verle. Un nudo en el estómago no se hizo esperar. A veces había que olvidarse de los sentimientos y aferrarse a lo que la vida te brinda, lo que realmente mereces.

—Son las casas de la Parra y del Águila, respectivamente —le aclaró.

Eric observó con fascinación las dos edificaciones. La casa situada más al norte era de estilo gótico, con dos puertas de arco ojival. Al lado se encontraba la que portaba el impresionante escudo del águila en la fachada, lo que le dio a entender que por esa razón se le llamaba la casa del Águila.

—Fascinantes.

—Sí, los son. Siglo XVI y XVII, creo recordar —dijo Telma.

Ella se puso de nuevo en marcha y quiso dejar a Eric atrás, tal como intentaba hacer con sus pensamientos.

Eric sintió la necesidad de correr tras ella y decirle que todo se iba a arreglar, sin embargo, no lo hizo. Le dio espacio, mientras la luna, como único testigo, le acompañaba a cada paso que daba.

Eric observó la cafetería donde se encontraban con atención. Siempre lo hacía, estuviese donde estuviese. Gajes del oficio. Era un lugar tranquilo, con suave música de fondo y temperatura agradable. Y lo más importante, el café no era malo.

Telma, a su lado, guardaba silencio, como si estuviera a la espera de

una condena. Eric respiró hondo y se dijo a sí mismo que era lógico que ella levantase un muro, solo intentaba protegerse de un presente incierto. Introdujo la contraseña wifi del local, aporreó algunas teclas y a continuación bebió un sorbo de café.

—¿Vienes mucho por aquí?

Telma sopló su café, a continuación, bebió un pequeño sorbo y volvió a dejar la taza sobre el pequeño plato que se encontraba sobre la mesa.

—Suelo hacerlo con Marina y Carla —respondió ella con la mirada ausente.

—No hay demasiados clientes —dijo Eric, repasando cada rincón del local.

—Es día de labor y, a estas horas y con el frío, la gente está cómodamente en su casa.

Eric reconoció la puya de inmediato, pero no dijo nada. Se aclaró la garganta.

—¿Te apetece cenar? —preguntó, a la vez que observaba los pinchos y los bocadillos que se alineaban en una buena parte de la barra de madera. Tenían un aspecto delicioso.

—No, gracias.

Telma se recostó en su asiento y observó detenidamente la pantalla del ordenador. Cuando apareció la página que supuestamente buscaba Eric, su corazón se paralizó. En ese momento supo que no habría marcha atrás. Eric se había puesto en contacto con los suyos.

—No espero que lo comprendas, Telma, pero me debo a esta misión —empezó a decir mientras sus ojos seguían clavados en la pantalla—. La vida de muchas personas está en juego si no actúo.

Telma cruzó las piernas y apoyó los brazos en las rodillas.

—Lo entiendo.

—¿Seguro? Porque yo creo que no es así.

Ella respiró profundamente, como si con ello intentara darse fuerzas.

—Eric, has llegado a mi vida hace pocos días. Reconozco que han sido días intensos y duros, pero quiero que sepas que no me debes nada. No creo en las casualidades, sí en el destino —apuntó—. Y si algo he aprendido es que cuantas más personas dejas entrar en tu vida, más salen de ella.

Eric la observó impertérrito.

—Solo quería decirte... No importa —se interrumpió a sí mismo—. Pero está bien saber lo que pasa por tu cabeza.

En aquella ocasión él la miró con dureza. Soltó un bufido perfectamente audible.

—Necesito ser sincera —dijo a modo de explicación—. Porque soy una persona que toma constantemente malas decisiones.

Eric se dejó caer en el respaldo de la silla, ignorando por un momento la pantalla del ordenador.

—Telma, el tiempo lo cura todo.

Ella lo miró y le dedicó una leve sonrisa.

—Eso no es cierto, Eric. Lo que pasa es que el paso del tiempo lo hace más tolerable.

Él la observó, sin saber muy bien qué decir. No tuvo que hacerlo porque la imagen de la pantalla parpadeó varias veces.

Los suyos acudían en su ayuda.

No sabía si sentirse exultante o decepcionado.

CAPÍTULO 17

Golpes.

Telma dejó lo que tenía entre manos, dirigió la mirada a la puerta y prestó atención. Eric seguía en la ducha. Descartó de inmediato a Carla y a Marina. Ellas conocían con detalle su situación con Eric y estaba segura de que no se presentarían sin avisar, y menos a esas horas de la noche.

Habían llegado a la cabaña hacía aproximadamente una hora. Eric había sido muy precavido y había tomado medidas al respecto, se había asegurado de que nadie estuviese husmeando por los alrededores, algo que a ella le pareció inquietante y que solo había visto en las películas de acción.

Golpes de nuevo.

Tomó aire y se dirigió, más nerviosa de lo que nunca querría reconocer, a la puerta. Esperó unos segundos. Podría ser cualquier vecino del pueblo que precisase ayuda. No pensó más y actuó.

Al abrir se encontró con dos hombres muy diferentes físicamente. La alarma en su cerebro saltó: aquellos tipos no podían traer nada bueno. Curvó los labios en una sonrisa, con la única intención de aparentar serenidad.

—¿Puedo ayudarles en algo? —preguntó, intentando que no le temblara la voz.

—Verá... —dijo el más alto—, estamos buscando a un hombre.

Telma creyó que se iba a desmayar. Notó que todos sus músculos se le tensaban.

—¿Un hombre? —consiguió preguntar.

En esta ocasión fue el de menos estatura el que tomó la palabra.

—Disculpe, no nos hemos presentado.

—¿Son policías? —le interrumpió Telma demasiado rápido.

Ambos hombres cruzaron una mirada de complicidad. El más alto esbozó una mueca, eso fue todo lo que necesitó Telma para saber que podría tratarse de hombres que trabajasen bajo las órdenes de Ventura Ulloa. Ese pensamiento aceleró su corazón hasta un punto insostenible porque nadie, a excepción de Marina y Carla, sabía que Eric se encontraba en la cabaña.

—No, exactamente.

El agua de la ducha seguía cayendo y Telma rezó para que siguiera así. Si se detenía de golpe tendría que improvisar sobre la marcha una excusa, y no iba a ser nada creíble.

—Tendrán que disculparme, pero iba a meterme en la ducha y no me gustaría desperdiciar el agua —dijo con la única intención de cerrar la puerta.

El más alto se adelantó e interpuso el pie entre el marco y la puerta. Telma, asustada, no pudo hacer nada para detenerlo. Tragó saliva con dificultad.

—Es muy tarde —se excusó, en un intento de aparentar normalidad—. Si me disculpan.

—Ha desaparecido un hombre. Es moreno, complexión atlética, ojos claros y puede medir más de un metro ochenta —explicó Garrido, con voz cortante—. Quizá le haya visto merodear por aquí.

Telma tomó aire e intentó mantener el control de la situación. No le cabía la más mínima duda de que aquellos hombres eran peligrosos. No podía estar del todo segura, pero podrían ser los mismos que intentaron matar a Eric, y si estaba en lo cierto, tenía un grave problema.

—Mire, señor...

—Garrido.

Ella tuvo que hacer un verdadero acto de fe para aparentar que ese nombre no le decía nada. Eric los había nombrado en un par de ocasiones,

como de pasada. Se ajustó la chaqueta al cuerpo mientras sopesaba todas sus opciones; a decir verdad, no barajaba demasiadas.

—Garrido —afirmó—, he llegado hace aproximadamente una hora de Madrid, y siento decirle que no he visto ni oído nada. Ahora, si me disculpan, estoy muy cansada del viaje.

—Señorita... —instó su compañero.

—Señores, como les he dicho, estoy agotada —murmuró en un tono cortante—. Es muy posible que tengan que hablar con los pescadores de la zona, quizás ellos hayan visto a ese hombre rondar por aquí en los últimos días —Sin más empujó con fuerza la puerta y cerró. Garrido a duras penas pudo sacar el pie.

Escuchó una maldición tras la puerta, que ella ignoró de forma deliberada. Le temblaba todo el cuerpo.

Fue en ese mismo instante cuando el grifo de la ducha se interrumpió.

—Gracias a Dios —dijo ella con alivio.

Eric apareció. Llevaba una minúscula toalla alrededor de la cintura y cientos de gotas de agua aún estaban impregnadas sobre su piel húmeda. Tenía que reconocer que era un hombre increíble e irresistible.

—¿Qué sucede? —preguntó él confuso al verla temblar y con la espalda pegada en la puerta.

El nudo que ella notaba en la garganta comenzó a aflojar.

No tenía ni idea de cómo decírselo a Eric, así que optó por la sinceridad.

—Han estado aquí —susurró.

La sorpresa demudó los rasgos de Eric.

Acortó la distancia en solo un par de zancadas.

—Creo que eran los hombres de Ulloa —explicó ella en voz baja, al presentir cuál iba a ser la siguiente pregunta de Eric—. Eran dos, uno más

alto, y el otro no tanto. El más alto dijo llamarse Garrido.

Eric la asió de la mano y la despegó de la puerta.

—¿Qué haces? —preguntó alarmada—. Me haces daño.

Eric ignoró su protesta y la llevó al dormitorio. Ella tuvo que correr para seguir la zancada de él. Cuando ambos estuvieron en la habitación, Eric la dejó caer en la cama y pensativo comenzó a frotarse la frente con los dedos.

—Joder, sabía que esto iba a suceder tarde o temprano —Dejó caer la toalla al suelo y comenzó a vestirse a una velocidad vertiginosa, a pesar de que su piel seguía estando húmeda—. Tenía que haberme ido hace días. He sido un estúpido al creer que no me encontrarían.

—Llevas aquí algo más de una semana —Telma intentó recomponer sus pensamientos. Sabía lo que iba a suceder a continuación: Eric desaparecería de su vida esa misma noche—. Aún no estás recuperado —adujo, como si eso fuera a detenerlo.

Él se giró. Observó lo asustada que estaba y se increpó por ello. Telma tendría que haber estado fuera de la ecuación. Sus preciosos ojos color chocolate buscaron los suyos para que le diera una respuesta que no tenía.

—Te he puesto en peligro, algo que no me perdonaré nunca.

—Eric, por favor... Escúchame.

—¿Qué les has dicho? —preguntó con aire de suficiencia.

—Que acababa de llegar de Madrid y estaba a punto de darme una ducha.

Telma observó que los ojos de Eric estaban cargados de preocupación.

—Buena respuesta. Solo espero que se la hayan tragado.

Ella, nerviosa, se colocó el pelo detrás de las orejas.

—¿Crees que volverán?

Aparecieron arrugas de preocupación en la frente de Eric. Lo escuchó maldecir.

—Son como tiburones, Telma. Cuando dan caza a una presa, ya no la sueltan.

Ella sintió que el corazón le brincó en su pecho.

—¿Qué vas a hacer?

La mirada de Eric era indescifrable.

—No puedo quedarme más tiempo aquí, Telma.

Ella calibró sus pensamientos y llegó a la conclusión de que era mejor enfrentarse a la humillación de un rechazo que mantener sus sentimientos en secreto.

—Llévame contigo —dijo de pronto.

Él, antes de ponerse la camiseta, entrecerró los ojos.

—Por favor —suplicó ella.

—No —fue la taxativa respuesta de él.

Telma durante un momento dejó de respirar. Al parecer la humillación del rechazo era mucho mayor de lo que había supuesto en un principio.

—¿Por qué? —quiso saber ella, aún sentada sobre el colchón.

—No funcionaría, Telma.

Ella levantó el mentón, a modo de desafío.

—¿Hablas en serio? —sintió que se debilitaba, pero sacó fuerzas de alguna parte de su cuerpo—. Pues yo creo que el sexo entre nosotros funciona de maravilla.

Él farfulló un improperio.

—En una relación hay algo más que sexo.

—Hay más, Eric. ¡Tú lo sabes y yo también! —alzó la voz.

—No levantes la voz, ¿de acuerdo? —le pidió Eric—. Aún podrían estar fuera.

Ella se sintió aterida por sus palabras.

—Mira, Telma, digas lo que digas, no funcionaría.

Ella no se podía creer lo que estaba escuchando. Tenía la sensación de estar rompiéndose en mil pedazos.

Eric bajó la mirada, como si de repente la timidez lo hubiese abordado.

—Sé de lo que hablo. Mi padre era policía y mi madre no lo llevaba bien.

Comenzó a pasearse por la habitación, molesto consigo mismo por sacar trapos sucios y decir a Telma que no la quería en su vida. Era un cabrón con suerte. Si no fuera por ella, él ahora estaría bajo el fondo del mar, pero necesitaba tenerla a salvo de toda esa mierda.

—Murieron en un accidente de tráfico cuando venían de una fiesta — terminó por decir.

Ella se quedó mirándolo en silencio.

Él continuó hablando:

—Mi madre suplía la ausencia de mi padre con fiestas y cenas con amigos, que a la larga se convertían en sus amantes —Recalcó la última palabra con desprecio—. Se olvidaba de que tenía dos hijos que la necesitaban desesperadamente. No sé por qué, pero nunca aceptó su responsabilidad como esposa ni como madre —Esto último lo dijo con rencor, como si fuera lo más relevante, aunque no del todo cierto. Decidió ser aún más sincero—. Viajo continuamente, no suelo deshacer la maleta y mi apartamento suele estar vacío buena parte del año, y más a menudo de lo que me gustaría me apuntan con un arma. ¿Son esos suficientes motivos para ti?

Ella creyó que se ahogaba. Cerró los ojos para detener las lágrimas.

—Siento mucho lo de tus padres —logró decir—, pero no puedes compararme con ella.

Él intentó ignorar los furiosos pensamientos que lo abordaban, pero le fue imposible.

—Nadie te compara con nadie, Telma. Solo intento ser sincero contigo, eso es todo.

Tomar aire dos veces no le sirvió para contener las lágrimas.

Él se detuvo, la observó y soltó una imprecación con las manos en la cabeza.

—¡Telma, necesito que lo comprendas!

A ella el corazón se le subió a la garganta. No podía dejar de llorar y eso la enfurecía más.

Eric dejó caer las manos y se acercó a la cama.

Telma levantó un brazo, poniendo distancia entre ellos.

—No me toques, por favor.

La orden le sentó como una patada en el estómago. Estaba claro que no lo podía tener todo. Hundió los hombros y exhaló una especie de bufido. Se sentó, apoyó los antebrazos en las rodillas y dejó caer la cabeza.

—Al amanecer vendrán a buscarme.

Ella se sorbió la nariz. Las lágrimas no cesaban.

—Bien —consiguió decir.

Él giró la cabeza.

—No quiero despedirme de ti de esta forma.

Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas, pero en esta ocasión parpadeó y respiró hondo dos veces. Él tenía razón, no podía desperdiciar el poco tiempo de que disponían.

—No lo harás —logró decir ella a duras. Se frotó los ojos con la parte inferior de las palmas, arrastró las lágrimas e intentó serenarse.

—¿Estás mejor?

Ella le lanzó una mirada con intención de fulminarlo que no dejaba lugar a dudas.

—Lo siento. Es una pregunta estúpida.

Se atrevió a acariciar su mejilla con los nudillos. Eliminó el rastro de algunas lágrimas huidizas.

—Lo siento.

Ella asintió despacio mientras trataba de tragar el nudo que se le había formado en la garganta.

—Lo he intentado, eso es lo que realmente cuenta.

—No pretendía que ocurriese esto —se lamentó Eric—. De haberlo sabido nunca...

Ella cubrió la boca de él con su mano.

—No lo digas, por favor. Ahórrate lo de «no eres tú, soy yo».

Eric le rodeó los hombros con el brazo.

—Está bien. Lo siento, Telma. Lo siento, de verdad.

Ella titubeó unos segundos antes de hablar.

—Prométeme que tendrás cuidado y que harás lo posible para que no te maten.

Él la estrechó contra su cuerpo. De haber podido, hubiese sonreído, pero no fue así.

—Te lo prometo.

Ella apoyó la cabeza sobre su hombro. Repasó mentalmente los últimos días. ¿Cómo podía golpear el amor con tanta fuerza?

—Te ibas a marchar mientras dormía, ¿verdad?

La tensa expresión de él se suavizó.

—Es lo que pretendía, sí —Estiró la pierna porque la cicatriz se resintió. Estaba siendo un día duro, más de lo que jamás llegó a imaginar nunca.

—Me lo suponía.

—Ahora eres tú la que me tienes que hacer una promesa: que vas a salir de la cabaña, olvidar los fantasmas del pasado y buscar la felicidad que

tanto anhelas.

Ella no respondió. Le observó largamente, prestando atención a sus enormes manos.

—Telma —instó él—, prométemelo.

Ella tragó saliva con dificultad. Su vida ya no iba a ser la misma.

Lo miró y se arrepintió en el acto. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo?

—Hazme el amor.

Eric abrió la boca para decir algo, pero la cerró de golpe.

—No creo que sea buena idea, Telma.

La sombra de duda en el rostro de él se intensificó.

Ella se puso de pie y, acto seguido, se arrodilló frente a él. No dijo nada, se limitó a acariciarlo. Aunque los ojos de él estaban cargados de preocupación, ella los ignoró. Sintió la necesidad de acercarse y se inclinó más sobre él. Le acarició el cuello con la nariz, lo lamió, bajó y lo mordisqueó hasta llegarle a la clavícula.

—Telma, no creo que...

Le impidió que terminase la frase y amoldó su boca a la de Eric.

Él intentó pensar con claridad, pero no podía. Debería levantarse y marcharse de una vez por todas, pero le era del todo imposible alejarse de ella. Era una mujer increíble, la única que había tocado su alma. La excitación comenzó a hacer mella en él, sin poder evitarlo la agarró de la nuca y la atrajo hacia sí para besarla con una fogosidad desmedida.

Sería la última vez que estuviesen juntos, la última vez que podría hacerla suya. Maldijo a todos los hombres que vendrían después de él, la desnudarían y le harían el amor. Sentir celos de unos auténticos desconocidos era una insensatez, sin embargo, no pudo ocultar su malestar.

Telma se desnudó, lo hizo tan rápido que él no pudo ni impedirlo. Antes de que él pudiera protestar, él también estaba sin ropa.

Telma acarició su miembro, ya duro y excitado, con la mano. Él creyó que podía morir allí mismo, y lo haría feliz si así fuera, de esta manera no tendría que enfrentarse a los daños colaterales que llegarían tras tomar la decisión de plantar cara a Ulloa.

A pesar de que le seguía doliendo la pierna, sintió la necesidad de llevar el control de la situación. No hubo preliminares, solo necesidad. La tumbó sobre la cama, le separó los muslos y la penetró con fuerza. Toda su rabia y su propia frustración parecían aliviarse con cada embestida.

Ella se arqueó, gimió y sollozó, todo al mismo tiempo.

—Deja que entre en ti mil veces más —gruñó, mientras deslizaba su miembro duro y con virulencia contra la húmeda apertura. Embistió con fuerza, una y otra vez más—. Eres mía, mía... Me perteneces en cuerpo y alma.

Telma gritó, a la vez que el orgasmo le llegaba sin previo aviso. Eric golpeó con las caderas impetuosamente hasta que Telma no lo pudo soportar más y todo su ser se rompió en mil pedazos. Gimió cuando él la volvió a embestir. Ella lo abrazó y él se desplomó con cuidado sobre su delicado cuerpo.

—Mía... —le dijo en un susurro, al oído—. Mía.

Fue en ese momento cuando Telma no pudo aguantar más las lágrimas y comenzó a sollozar.

—Sí —confesó a duras penas, mientras él seguía dentro de ella.

Eric cerró los ojos. Había pensado con anterioridad que había pisado el infierno, pero se equivocaba del todo: el verdadero Averno era dejarla a ella sola, en aquella humilde cabaña.

¿Pero qué otra cosa podía hacer?

Ignoró cada una de sus respuestas.

Horas después, Telma se despertó sobresaltada. Creyó haber

escuchado un portazo. No le hizo falta abrir los ojos para comprobar que él no estaba a su lado. Podía sentir su ausencia. Apoyó el rostro contra la almohada y lloró hasta que creyó que no le quedaban más lágrimas que derramar.

Se ahogó en su propio sollozo. Tenía la impresión de que la cabeza le iba a estallar. Estaba hundida en el hoyo más profundo que alguien podría imaginar.

A duras penas consiguió ponerse en pie para buscar su móvil. Tras varios minutos, lo encontró en el interior de su bolso. Cuando lo palpó se aferró a él, como si fuera un salvavidas.

La cabaña estaba sumergida en un silencio frío e intranquilo. El aroma de Eric estaba impregnado en todas partes y decidió que aquel día no abriría las ventanas.

Sabía que no podría ponerse en contacto con él. Había desaparecido de su vida para siempre, y eso dolía tanto que creyó que desfallecería de tristeza.

Había un antes y un después tras Eric, eso estaba claro, pero ahora tenía que aprender de nuevo a subsistir. Se apartó el pelo de la cara antes de marcar un número de teléfono.

Alguien contestó al otro lado de la línea y ella se sintió aún más vulnerable.

—Hola, mamá —murmuró, mientras intentaba no derrumbarse.

CAPÍTULO 18

París, 48 horas después.

Eric sopesó la opción de abandonar el despacho de su superior, pero valoró seriamente las consecuencias y decidió que lo mejor sería seguir sentado en la silla que le habían ofrecido nada más traspasar la puerta. Estaba agotado en el más amplio sentido de la palabra. Hacía dos días que no pegaba ojo, y cuando por fin lograba conciliar el sueño, la imagen de Telma, llamándolo, lo sobresaltaba y lo despertaba, dejándole una desagradable sensación.

Las dos últimas horas de la tarde las había pasado en un centro médico, haciéndose pruebas y evaluando su condición física. Al parecer Telma era una gran profesional, aunque careciera de título, y había realizado un trabajo sublime, según el doctor que le había atendido.

Pero lo que su médico no sabía era que él nunca volvería a ser el mismo, y ese pensamiento le desquiciaba. Más que nunca, estaba seguro de que jamás podría olvidarla, relegarla a un segundo plano. Intentó sacudirse esa extraña sensación; sin embargo, no lo consiguió y eso le desesperó aún más.

La voz de su superior le devolvió a la cruda realidad.

—No puede volver a hacer esto, Dufort —dijo Paul Berger, director general de Inteligencia—. Ha puesto en riesgo mi puesto y el de sus compañeros. Me he pasado una hora hablando con el presidente de la República Francesa, excusándole.

Eric deseó hacer oídos sordos, pero por más que lo intentó no pudo. Tenía encima un problema grave y no veía ningún resquicio de luz en el túnel

en el que parecía encontrarse atrapado.

Paul Berger no era un tipo alto, ni simpático, pero sí inteligente e intuitivo. Su calvicie y las arrugas que tenía en el contorno de la boca y los ojos no le hacían justicia.

—Otra hora disculpándome con el director del CNI —aseveró—, y así podría seguir hasta escribir una lista kilométrica —resolló con fuerza—. Putos huevos los suyos, Dufort. Lo que no tengo muy claro es si todo esto ha sido un gesto de buena voluntad o una maniobra maquiavélica.

Eric se apoyó en el respaldo de la silla con expresión pensativa. Cruzó las piernas de tal forma que apoyó un tobillo sobre la rodilla de la otra. La herida de la pierna se resintió y no pudo evitar un gesto de dolor, que a Berger no se le pasó por alto.

Si algo había de lo que alegrarse en ese momento era que Ventura Ulloa ya se encontraba entre rejas, sin fianza, a la espera de un juicio. Todos sus secuaces, los que no habían muerto o habían resultado heridos en la redada, lo acompañaban. Les caerían los suficientes años de cárcel, tantos que Ulloa tendría que pedir la jubilación cuando volviese a quedar en libertad.

La operación se había llevado a cabo la misma mañana que él había abandonado la cabaña en cooperación de los agentes de intervención de la Guardia Civil y el CNI. Varios de sus compañeros, que habían llegado en avión privado desde París, ya le estaban esperando para entrar en acción. Todo había ido muy rápido porque él mismo les había informado la noche anterior de la localización de Ulloa y de sus pasos mientras tomaba un café con Telma.

La Guardia Civil se había hecho cargo del registro de varios pisos francos donde la banda escondía el arsenal de droga y joyas. Otra unidad española se había encargado de localizar los productos químicos y las diferentes fórmulas para tratar las diversas sustancias y su equipo, la DGSE,

junto al CNI, del operario del aeropuerto que hacía de enlace. Este era el que recogía las maletas con la cocaína que llegaba en aviones desde varios países de Hispanoamérica.

La operación fue un éxito.

Ese había sido siempre el plan. Una noche más, las últimas horas con Telma, antes de regresar de nuevo a su vida. Pero la presencia de Castillo y Garrido en la cabaña pocas horas antes de la operación había sido el detonante de una situación enrevesada y demasiado precipitada.

Al menos su equipo de asalto no había sufrido bajas, y eso era algo positivo.

La diatriba de Berger prosiguió, pero él ya no prestaba atención porque, por más que lo intentaba, no podía dejar de pensar en Telma. Dejarla había sido la peor de las estupideces que había hecho a lo largo de su vida; pero ahora ella estaría bien, o eso es lo que necesitaba creer, lejos del peligro. Aunque se lo repetía al menos mil veces al día, la duda le asaltaba constantemente.

Pensar en ella lo exasperaba porque no tenía ni idea de cómo iba a retomar su vida. No había sido mucho mejor que el idiota que había dejado en Madrid. La culpabilidad le golpeó con fuerza. Él no era mejor que el capullo de Víctor.

El día anterior, el CNI había informado que habían hallado dos cuerpos flotando en el mar, a varios kilómetros de la casa que Ulloa había alquilado. Según los informes del forense, ambos cuerpos habían sufrido una muerte violenta. Eric no tuvo que preguntar quiénes eran los cadáveres, solo tuvo que atar cabos: Garrido y Castillo se habían topado con el peor de los destinos.

Toda aquella situación era como vivir dentro de un remolino.

Se pasó la mano por la cara, estaba más cansado de lo que quería

reconocer.

—¿Me está escuchando?

Eric aterrizó bruscamente en el mundo real.

—Sí, señor —respondió a duras penas, sin saber muy bien cómo retomar una conversación que había quedado relegada a segundo plano.

Decidió guardar silencio. Como supuso, Berger volvió a retomar la palabra:

—No hace falta que le diga, Dufort, que su situación es muy complicada ahora. He leído su informe y tengo la impresión de que no está completo.

Eric entrecerró los ojos de manera especulativa, pero decidió guardar silencio de nuevo.

—Verá —continuó Berger al percatarse de que no estaba siendo nada fácil traspasar el férreo muro que su agente había construido a su alrededor—, creo que hay algo más; si es así, me gustaría que comenzase a explicarse.

—No hay nada más, señor.

—¿Seguro?

Eric ya sabía que Berger no era un hombre estúpido, pero decidió guardar silencio ante la idea de que pudiese haber un topo en la agencia. Él no creía en las casualidades y últimamente se veía envuelto en muchas.

—Cree que hay un traidor entre nosotros, ¿verdad? ¿Eso es lo que quiere decirme, Dufort? —Eric percibió una nota de impaciencia en aquellas palabras—. Esa fue la razón por la cual decidió apostar a varios agentes de su confianza alrededor de la fortaleza de Ulloa la noche que usted se puso en contacto con la agencia, ¿me equivoco?

—No, señor.

Berger lo miró con dureza.

—Deseaba evitar a toda costa que Ulloa huyese porque estaba seguro

de que alguien le daría el soplo. ¿Es así?

—Es muy posible, señor —Eric se interrumpió buscando las palabras más adecuadas—. Son solo sospechas.

—Comprendo. Esa es la respuesta de un hombre inocente y competente —Berger se movió inquieto en su sillón de oficina y carraspeó antes de volver a tomar la palabra—. No le voy a negar que sigo disgustado —Lo miró directamente—. Tendría que haberme visto cuando estudié sus sugerencias sobre cómo manejar la situación; no tengo ni idea de por qué decidí seguir su plan, pero está claro que dio buenos resultados y me quedo con eso. Sin embargo, debe entender que ha colocado a la agencia en una posición delicada. Quiero que sea sincero conmigo.

Eric respiró profundamente.

—No puedo, señor.

—¿No puede o no quiere?

Eric se removió inquieto en su silla.

—Como le he dicho antes, son solo sospechas, no tengo pruebas.

A Berger se le contrajo un músculo de la cara. Estaba claro que no le gustaba la respuesta.

—Me ha puesto en una situación que me deja como un idiota. Desobedeció mis órdenes y decidió actuar por su cuenta, sin calibrar cuáles podrían ser las consecuencias —le acusó con el dedo índice—, y eso no se puede consentir. Para más inri —instó— pone a una mujer civil en peligro.

Que hablase de Telma fue más de lo que estaba dispuesto a soportar Eric.

—¡Usted me miró a los ojos y me dijo que lo de Arnaud había sido un accidente! —explotó, a sabiendas de que podría perder su puesto—. Yo demostré que no fue así. Gracias a mí y a mis compañeros, ahora Ventura Ulloa se encuentra entre rejas y la droga va a ser destruida.

—¡La muerte de Arnaud es información privilegiada! —gritó—. Ni usted ni nadie tenía derecho a meter las narices.

—Era mi amigo —gruñó Eric, a punto de perder el control.

—Y las personas que trabajan aquí son sus compañeros. A ellos les debe también lealtad y no debería haberlos puesto en peligro —rezongó Berger de mala gana—. Yo no redacto las reglas, Dufort, pero a usted parece que le encanta jugar con ellas. Déjeme decirle que estoy cansado de tantos trapicheos y que deberá tomar una decisión a muy corto plazo.

Eric trató de asimilar aquella información mientras sus manos se aferraban a la silla. Deseaba salir de aquel despacho más que nada en el mundo, pero si lo hacía su carrera se desvanecería como por arte de magia.

—Puede seguir con esto, Dufort, pero déjeme decirle que hasta llegar al puesto que ocupó hoy en día he lidiado con mucho y con muchos. Sé lo que es golpearse contra una pared una y otra vez —indicó Berger, algo más apaciguado—. Hoy puede ser un soldado leal o marcharse por donde ha venido.

—No puede estar hablando en serio. ¿Es un ultimátum?

Berger aspiró una bocanada de aire y luego dejó que saliese por su boca.

—Solo le recuerdo que trabaja para el Gobierno francés y que si juega bien esta baza pueda que consiga el ascenso que tanto desea.

Eric se pasó una mano por el pelo.

—¿Por qué supone que quiero un ascenso?

—Supongo que por experiencia. Cualquier hombre de este departamento y en su sano juicio lo querría.

—No fui a España en busca de un ascenso, señor.

Berger chasqueó la lengua.

—Lo sé, Dufort. Quizá esa sea la razón por la cual quiero darle otra oportunidad. La lealtad es algo que valoro.

—¿Habla en serio?

—No suelo bromear, ya debería saberlo.

Esta vez fue Eric el que necesitó llenar sus pulmones de aire.

—No encuentro las palabras adecuadas, no sé qué decir.

—Pues búsquelas. Y ahora, salga de mi despacho cagando leches.

Eric se levantó, sin saber muy bien qué debía hacer a continuación.

—Una cosa más, señor Dufort.

Eric, con la mano ya en el pomo, se giró y observó que Berger también se levantaba de su sillón. Se abrochó la americana y carraspeó, como si lo que fuera a decirle fuese de suma importancia.

—Canalice su ira y regrese a su puesto de una puta vez. Intente no meterse en líos, por favor, o conseguiré que Francia entre en conflictos diplomáticos con algún país aliado. Si eso llegase a ocurrir, su nación no se lo perdonaría nunca.

Eric asintió bajo una nube de inquietud.

—Dufort.

—¿Señor?

—Una cosa más: procure ser puntual mañana.

—¿Estás seguro de que todo va bien?

Eric alzó la mirada hacia su hermana. Se encontraba sentado en uno de los cómodos sillones que Morgane había comprado para decorar el salón de su preciosa casa a las afueras de París. Era un ambiente en el que se respiraba paz, a pesar de que hacía pocos minutos sus dos sobrinos habían estado revoleteando y gritando por cada rincón. Se respiraba a hogar, al igual que en la cabaña.

El mohín desdeñoso que Morgane advirtió en los labios de su hermano le dio que pensar. Nunca lo había visto tan tocado, a excepción de cuando murieron sus padres.

—¿No te ha gustado la cena? Has estado muy callado.

Eric, a pesar de todo, sonrió.

—Está claro que Jacques no ha perdido su toque. El pollo estaba exquisito, al igual que la tarta de manzana.

Morgane le devolvió la sonrisa.

—Deberías medir tus palabras cuando se lo digas, porque, si no lo haces, me lo restregaré durante mucho tiempo, y debo informarte de que los niños me han robado la escasa paciencia que solía tener.

Eric se esforzó por sonreír de nuevo.

—Eres una madre y una esposa maravillosa.

Ella vaciló durante unos segundos. Su hermano no era uno de esos hombres que solía enumerar las virtudes de nadie.

—Gracias. Es un verdadero placer que alguien piense que lo estoy haciendo bien.

—Estoy seguro de que Jacques piensa lo mismo.

—Ya, pero él no cuenta, porque compro sus elogios con sexo.

Las comisuras de los ojos de Eric se arrugaron cuando sonrió.

—Por Dios, Morgane, solo tú puedes decir algo así.

Su hermana se le quedó mirando fijamente.

—Ahora en serio, Eric. ¿Es por ella? —preguntó su hermana, sentándose a su lado.

Eric lamentó haberle hablado a Morgane sobre Telma, pero el daño ya estaba hecho y poco podía hacer al respecto. Se echó hacia adelante. Apuntaló los codos en los muslos, evitando en todo momento tocar la cicatriz del muslo, y dejó caer la cabeza entre sus manos unidas. Cerró los ojos y dejó que el

dolor que había estado dándole la lata hasta aquel momento rezumara por cada poro de su piel. Se encontraba perdido, en un mundo en el que había vivido siempre y que ahora parecía no encajar. Eso hacía que se sintiese pusilánime. Al fondo escuchó la voz de los niños y de su cuñado. Al parecer sus hijos le habían plantado una batalla campal a la hora de irse a la cama, en vez de irritarle, agradeció el alboroto a gran escala de Adrien y Bastián.

Sintió que Morgane se le acercaba. Ella lo estrechó contra un costado.

—¿Qué ocurre, Eric?

¿Cuántas veces se había formulado él esa misma pregunta en las últimas semanas?

—Si te digo que nada, ¿me creerás?

Su hermana lo abrazó con más fuerza.

—Puedes intentarlo.

Él sintió una punzada de culpabilidad.

—Si la quieres, ¿por qué no vuelves a por ella?

Lo inundó una oleada de calidez cuando su hermana lo besó en el hombro.

—No puedo.

La respuesta dio que pensar a Morgane. Al fin decidió preguntar:

—¿Está casada o tiene pareja?

A Morgane solo le había contado algunos detalles, ni siquiera estaba al tanto de la gravedad de sus heridas, ni que había estado inconsciente un par de días. Respecto a la pregunta, no pudo evitar pensar en Víctor. El remordimiento no tardó en aparecer, como había sucedido en ocasiones anteriores. Había dejado a Telma sola, con sus fantasmas.

—No.

—¿Entonces?

—No es fácil, Morgane.

—Eric, mírame, por favor.

Él escuchó su nombre, giró la cabeza y la miró. Su mejilla quedó apoyada sobre sus manos unidas, en forma de puño.

Morgane no dijo nada, solo se limitó a observar a su hermano. Jamás le había visto así por una mujer, y eso le desconcertaba y le preocupaba al mismo tiempo.

—¿Por qué tengo la impresión de que me ocultas algo?

Eric estiró la espalda y, como de costumbre, la sintió dolorida. La pegó al respaldo del sillón y respiró profundamente. Morgane le dio el espacio que pareció necesitar y lo miró desde el otro lado del sofá con cierto recelo.

—¿Recuerdas cuando mamá salía de fiesta? —Eric abrió un poco las piernas, unió sus manos y apoyó los antebrazos en los muslos—. Eras pequeña, pero supongo que no habrás olvidado el rastro de perfume o a coñac que dejaba a su paso.

Morgane ladeó la cabeza y de pronto lo comprendió todo. Eric no había pasado página, seguía atrapado en el pasado.

—Mamá era una mujer de armas tomar, y sí, lo recuerdo perfectamente. Era pequeña —torció la boca en una agria mueca—, pero no tonta. No tardé en descubrir que se veía con otros hombres.

Eric vio su propio reflejo en los ojos de su hermana, eran muy parecidos a los suyos. Algo más oscuros y grandes, pero brillaban con la misma intensidad. Su cabello era más claro y mucho más largo. Su propio pensamiento le hizo sonreír. Compartían los mismos genes, sus rasgos físicos eran muy afines. Eran familia y la palabra en sí comprendía muchos aspectos, ellos lo sabían mejor que nadie. Desde la muerte de sus padres solo se habían tenido el uno al otro. Sus abuelos habían estado ahí, pero nunca se involucraron demasiado, no se lo reprochaba. Habían hecho todo lo que había

estado en su mano. El paso del tiempo les había dejado huérfanos de muchos sentimientos y experiencias.

—Yo soy su hija y no me parezco a ella —continuó Morgane—. Mamá era infeliz, Eric, e intentaba llenar sus vacíos con otros hombres.

—¿Y por qué no lo hacía con nosotros? La necesitábamos y ella parecía no darse cuenta.

Morgane sonrió con franqueza.

—Claro que se daba cuenta, Eric —repuso su hermana con calma—. Se encontraba atrapada en su vida, pero tardó demasiado tiempo en comprender que no quería el papel que le había tocado. Pudo abandonarnos, pero no lo hizo; quizá esa sea la razón por la cual yo la haya perdonado hace mucho tiempo. Ahora que soy madre la comprendo mejor. Ella no quería responsabilidades demasiado grandes. Sé lo que significa que alguien esté a cargo de ti. Tienes la sensación de que no te puedes permitir ni un solo fallo, y déjame decirte que la perfección no existe.

—Si no quería hijos, ¿por qué se quedó embarazada?

La respuesta por parte de Morgane no se hizo esperar.

—Porque era lo que papá más deseaba.

—¡Por el amor de Dios, Morgane, nunca estaba en casa! —dijo con sarcasmo.

Morgane apoyó la cabeza en el respaldo y lo miró desde el otro lado del sofá.

—Eric, en esa época estabas enfadado con el mundo. Eras un adolescente insufrible, no veías más allá de tu ego y las piernas de las chicas —Ella soltó el aire despacio. Su hermano le prestaba atención y esa fue la razón de que continuase hablando—. Papá llamaba decenas de veces al día por teléfono y hablaba conmigo. Yo tenía doce años y tú, diecisiete. Me pedía que le contase nuestro día, me preguntaba qué habíamos comido o cuál había

sido la última vez que habíamos sonreído. Me solía decir que yo era la más madura de los dos, a pesar de mi edad. Me hablaba de hormonas y de temas que aún no comprendía, pero sus conversaciones me debieron calar hondo porque jamás te abandoné. Te seguí cuando ellos se fueron y cuando te hiciste un hombre. Te permití que cuidaras de mí porque en el fondo sabía que lo harías de corazón, mejor que nadie. Siempre he confiado en ti y nunca me has defraudado.

Eric frotó el tejido del sofá con aire distraído. Arrugó el entrecejo y tragó un par de veces saliva, antes de volver a hablar.

—El hecho de que formes parte de mi vida es una bendición, Morgane.

—Lo sé. Puedo decir lo mismo, aunque desaparezcas durante semanas y cada vez que suene el teléfono me sobresalte. A medida que pasa el tiempo, comprendo más a mamá.

—Admito que puedo estar equivocado.

—Has estado viendo la situación desde otra perspectiva, eso es todo.

—¿De verdad hacía eso papá?

—Así es, pero tú estabas ocupado escuchando música, besuqueándote con alguna chica o hablando de sexo con tus amigos en tu habitación, razón por la que nunca oías el teléfono.

—¿Por qué me cuentas ahora todo eso? —preguntó mientras se frotaba el cuello agarrotado con aire distraído. El silencio reinaba en la casa, por lo tanto, su cuñado ya debía haber acostado a los niños. Durante una milésima de segundo él deseó hacerlo algún día con sus propios hijos. El pensamiento en sí lo dejó consternado—. Tengo la impresión de que vivíamos en la misma casa, pero vidas muy diferentes.

—Eran vidas diferentes, Eric —dijo ella con resignación—. Mi adolescencia estuvo envuelta por el duelo y la pérdida. Me aferré a ti como una tabla de salvación y tú —le señaló con el dedo índice— me mantuviste a

flote hasta que conocí a Jacques. A pesar de tu carácter huraño, nunca me fallaste. Soy la mujer que soy gracias a ti.

Incómodo, Eric buscó algo que decir.

—Jacques es un buen hombre.

—Por supuesto que lo es, esa fue una de las razones por la cual me casé con él.

Fue en ese instante cuando la miró directamente.

—¿Qué intentas decirme, Morgane?

Ella respiró profundamente antes de responder.

—Telma es tu tabla de salvación, Eric —Él se puso de pie y dio unos pasos, demasiado inquieto y preocupado para permanecer sentado—. ¿Crees que no soy consciente de que has estado malherido? ¡Eres mi hermano, por el amor de Dios! —exclamó, sentada aún en el sofá—. Tienes la misma expresión que cuando murieron papá y mamá. En esta ocasión nadie te ha arrebatado nada, Eric, tú lo has dejado de lado.

Eric, cansado, se frotó el puente de la nariz.

—No lo entiendes —farfulló de repente—. Me encanta mi trabajo, arriesgo mi vida un día sí y otro también. ¿Qué futuro podría ofrecerle?

—¿Qué te ha pedido ella?

Él se dirigió a la ventana.

—Quería venir conmigo a París.

Morgane se acomodó en el sofá y cruzó las piernas.

—¿Nada más?

—No.

El silencio se apoderó de la estancia.

—No tengo nada que ofrecerle —dijo él, de repente, casi con desesperación.

—Yo creo que sí lo tienes, lo que ocurre es que tienes miedo.

Eric hizo una pausa. Observó a través de la ventana un paisaje muy diferente al que a él le gustaría ver. De pronto, echó de menos el sonido de las olas rompiendo contra el acantilado, la pequeña ermita frente a la cabaña o las ruinas de San Telmo divisando, desde su privilegiada posición, el horizonte.

—¿Y si no la hago feliz? —Cerró los ojos y permitió que la desazón se apoderara de él.

—Ya la haces infeliz.

Eric se giró y encontró a su hermana arrellanada en el sofá.

—No quiero ser como ellos.

Morgane le lanzó una mirada indulgente.

—Pues no actúes como ellos.

CAPÍTULO 19

Las voces de Marina y Carla se entremezclaron entre sí; Telma escuchó alguna risa pérdida, pero no se inmutó, su mirada seguía fija en la humeante taza de café que tenía ante ella. Desde que Eric se había ido, y de eso hacía un mes, vivir se había convertido en una de las pruebas más duras. Se encontraba perdida en un mar de dudas y no tenía ni idea de cómo volver a su vida, a su realidad.

Sentada en una mesa de una de sus cafeterías preferidas, suspiró. No había vuelto a saber nada de él. Ni una llamada, ni un wasap siquiera. Acarició con los dedos la taza caliente antes de cogerla por el asa y llevársela a los labios con aire distraído.

—Tierra llamando a Telma.

Al escuchar su nombre dio un respingo. Maldijo, porque una ínfima cantidad de café caliente se derramó por sus dedos. Dejó la taza sobre el plato, cogió una servilleta de papel y se limpió los restos de café. Entonces, levantó la mirada. Sus dos amigas la contemplaban expectantes.

—¿Qué ocurre?

Carla y Marina cruzaron una mirada cómplice.

—Eso te lo deberíamos preguntar a ti —dijo Marina con ambas cejas arqueadas—. Llevas más de diez minutos sin pronunciar una sola palabra.

Telma miró a Marina, Marina a Telma y Carla miró a ambas.

Pensó algo rápido que decir, pero su mente embotada, como de costumbre, la traicionó.

—Le echas de menos, ¿verdad? —preguntó Carla, de repente.

Las cejas de Telma se unieron en un movimiento molesto. Exhaló un

pequeño quejido. Se había pasado horas escuchando las noticias en la radio y buscando información en internet sobre el arresto de Ventura Ulloa. Ni una sola vez había escuchado o leído el nombre de Eric Dufort, solo que agentes de la unidad de intervención de la Guardia Civil, en colaboración con la DGSE, lo habían hecho posible.

Había perdido la esperanza y eso la atormentaba. Recordaba a Eric como un sueño que se iba diluyendo poco a poco, y eso la mortificaba, porque en el fondo sabía que se estaba agarrando a un clavo ardiendo. Ni la vida ni el amor deberían ser tan complicados de sobrellevar.

Los murmullos de otros clientes y el sonido de la cafetera del bar se relegaban a segundo plano. Tuvo unos segundos para pensar una respuesta.

—Es muy probable, pero poco puedo hacer al respecto.

—Nunca has sido muy explícita respecto a Eric, ¿por qué?

Telma posó sus manos suavemente sobre la mesa.

—No hay mucho que decir.

Observó la desilusión en el rostro de sus amigas, pero poco podía hacer. La realidad era bien distinta: Eric era un agente francés y era de suma importancia que su identidad siguiese oculta. Se odiaba a sí misma por mentir a sus amigas.

«Diles lo que se te ocurra, excepto la verdad». La voz de Eric martilleó en su cerebro.

—Telma —comenzó a decir Marina— no sé cuándo ha sido la última vez que te has mirado al espejo, pero...

Aunque no terminó la frase, Telma comprendió lo que quería decir. Estaba más delgada, no dormía más de tres horas seguidas. Se pasaba las noches en vela con una taza de café en la mano mirando a la nada y buscando respuestas absurdas en las paredes. Le echaba de menos, esa era la realidad, tanto que le costaba respirar. Jamás pensó que el amor podría hacer rehenes.

Se había enamorado, y lo peor de todo es que no tenía ni idea de cómo gestionar sus sentimientos y aquella pérdida.

—¿Por qué no le llamas?

Telma ocultó su malestar tras una sonrisa. No había sido del todo sincera con sus amigas respecto a Eric y eso ahora le estaba pasando factura. Decidió responder a Carla.

—No tengo su teléfono.

Sus dos amigas la miraron como si en ese mismo instante le hubiese salido otra cabeza del cuerpo.

—¿Perdona? —inquirió Marina, mientras sus ojos oscuros brillaban con fuerza.

—Es una larga historia, y ahora no deseo entrar en detalles.

—Telma —comenzó a decir Carla—, somos tus amigas y sabemos que algo no va bien; pero, si no eres sincera con nosotras, no podemos ayudarte.

Aunque tenían razón, no podía hacer nada. No estaba del todo segura de sí Eric estaría vivo. Pensar que no lo vería más la desesperaba. La incertidumbre en sí estaba acabando con ella. Le había prometido guardar su identidad, y eso es lo que haría, se llevaría el secreto a la tumba.

—Debo irme —dijo de repente, con la única intención de respirar aire puro y huir—. Tengo una cita con una agencia inmobiliaria.

—¿Con una inmobiliaria? —preguntó Marina, extrañada—. ¿Te mudas?

—Ellos me han llamado a mí. No tengo muy claro para qué.

Sus dos amigas la observaron como si tuvieran ante ellas a una desconocida que había perdido el sentido común.

Telma arrastró la silla contra el suelo. Dejó su café intacto porque necesitaba salir de allí lo antes posible. Si no lo hacía se derrumbaría.

—Tengo que irme —instó—. Lo siento —Iba a sacar el monedero del

bolso, pero Marina la detuvo.

—Estás invitada, no te preocupes.

El detalle hizo que se hundiera un poco más en el hoyo que ella misma estaba cavando, pues su economía no era boyante, razón por la cual cada céntimo contaba.

—Gracias —agradeció, colgándose el asa del bolso del hombro.

—¿Sigues pensando en viajar a Bélgica?

La pregunta de Carla la descolocó por completo. Su hermana y su madre, tras varias llamadas de teléfono, insistían en que pasase unas semanas con ellas. La idea no era mala, pero tampoco buena.

—Sí, es muy probable que lo haga —mintió—. Tengo que irme. Nos vemos pronto, ¿de acuerdo?

Salió de la cafetería como alma que lleva el diablo.

—¿Qué te parece? —preguntó Carla a Marina cuando ya no había rastro alguno de Telma.

—Que está tocada y hundida —respondió Marina sin despegar los ojos de la puerta.

—Eso quiere decir que tenemos mucho trabajo entre manos.

—Ni te lo imaginas —dijo Marina con la mirada perdida en el mismo lugar que había visto por última vez a Telma.

Telma no se lo podía creer. Miró al hombre que tenía ante sí e intentó procesar toda la información que le había dado en poco menos de media hora.

—No lo entiendo bien del todo. ¿Puede repetirlo, por favor?

El hombre, moreno, y ya no tan joven, carraspeó por enésima vez.

—Esta casa es para usted.

Telma le lanzó una mirada beligerante, luego observó a su alrededor y descubrió que lo que veía le encantaba. Era como un sueño hecho realidad. Abrió la boca, pero de su garganta no salió ni un solo sonido, así que decidió pegar de nuevo los labios.

La casa se encontraba en una de las bonitas calles empedradas del emblemático pueblo de Santillana del Mar. Era una sobria casona cántabra blasonada, de dos alturas alrededor de un patio, tres amplias habitaciones, un acogedor salón con chimenea, dos baños, una cocina bien equipada con un balcón de madera maciza y una terraza a la que se llegaba a través de dos puertas correderas, tipo establo. Las estancias se encontraban vacías, a excepción de la cocina, que, aunque sencilla, era muy práctica.

—Creo que se equivoca —No podía despegar los ojos de cada uno de los rincones—. Yo no busco casa.

—Sígame —dijo aquel hombre sin prestarle atención—. La madera tiene alrededor de un siglo.

Ella lo hizo, como hipnotizada. Durante un momento creyó que no podría despegar los pies de aquel suelo con más de cien años de antigüedad. El agente abrió una de las puertas y se adentraron en una de las habitaciones más espaciales, sin duda alguna era la principal. El hombre, con una enorme sonrisa en los labios, abrió la enorme ventana que daba acceso a un precioso balcón de madera, que aunque necesitaba una buena mano de barniz, hacía de aquel espacio un lugar único. Se echó a un lado y permitió que Telma admirase el paisaje.

—Vistas directamente al claustro de la Colegiata —dijo él.

Telma se quedó sin habla.

—Impresionante, ¿verdad?

Ella se apartó, sin saber muy bien qué decir. Se alejó, de forma precipitada, de la ventana y se refugió en el interior de la habitación.

—Yo no puedo permitirme esto, como le he dicho, creo que es un error.

El hombre en cuestión pareció ignorarla de forma deliberada.

—Abajo hay un local acondicionado para un negocio, por ejemplo una academia de baile.

Los ojos de Telma se estrecharon. Todas las alarmas posibles se conectaron en su mente.

—¿Cómo dice?

El hombre carraspeó de nuevo.

—Bueno, eso es lo que me han contado, que le gustaría abrir su propia escuela de danza.

Ella enrojeció de rabia. Las piezas comenzaban a encajar en el puzle.

—¿Quién se lo ha dicho?

El agente inmobiliario cerró la ventana a toda prisa.

—Realmente eso no importa, es un simple detalle sin importancia. Me gustaría decirle que la casa está alquilada por un año y...

—¿Quién? —le interrumpió Telma, intentando no perder los nervios.

El hombre no sabía dónde meterse. De haber habido una cama, seguramente lo hubiese hecho debajo.

—Como le he dicho, es un dato insignificante.

—¿Quién? —vociferó Telma, haciendo que el bolso resbalase por su hombro y cayese directamente a su mano.

—Por favor... —le suplicó el agente inmobiliario.

—No se lo voy a volver a preguntar —le amenazó Telma—. Si no me da la respuesta que quiero iré a su inmobiliaria y haré que pierda el trabajo a la voz de ya, ¿me ha entendido?

La verdad es que no se sentía muy cómoda con la amenaza, pero necesitaba oírsele decir.

El hombre tartamudeó algo inteligible.

—No lo haga, por favor.

—No lo haré, si responde a mi pregunta. La paciencia no es una de mis virtudes —Estaba más que enfadada, estaba dolida y se sentía despechada, porque aunque el hombre que tenía ante sí no le había dado ninguna respuesta, ella ya la sabía.

—El señor Eric Dufort.

Telma cerró los ojos y los abrió a los pocos segundos.

«Está vivo, está bien», fue lo primero que pensó, aliviada.

—¿Cuándo ha hablado con él? —preguntó cuando logró recuperar un poco la calma.

Él hombre no pareció entender la pregunta.

—¿Cuándo? —instó Telma, de mala gana.

Como si fuera un tic nervioso, el agente volvió a carraspear. Se veía a leguas que estaba de lo más incómodo.

—Hace un par de días.

Ella boqueó y se movió inquieta por la habitación. Estaba enfadada con Eric, con ella misma y con el mundo por tratarla de esa manera. Soltó una imprecación entre dientes.

—¿Se encuentra bien, Telma?

El tono de voz del agente inmobiliario fue como un mazazo. Intentó mantener la calma, pero no pudo, algo cambió de repente. Toda la rabia contenida durante un mes entró en erupción, como si se tratase de un volcán.

—Puede decirle al señor Dufort que se puede meter la casa por el culo —vociferó—, que no necesito su caridad. ¿Me ha comprendido?

Observó cómo los ojos del agente inmobiliario se dilataban de terror y que su boca se aflojaba, pero lo ignoró deliberadamente. Se giró y se dirigió a la puerta con determinación. Bajando las escaleras a la planta baja, no pudo

soportar más, sus lágrimas brotaron con rabia.

—¡Te odio, Eric Dufort! —gritó, antes de abandonar la casa y dar un portazo.

Diez minutos más tarde conducía hacia su casa. Si seguía llorando iba a tener un accidente. Arrastró las lágrimas con las mangas de su chaqueta de lana.

¡Maldita sea, Eric! ¿Por qué tuviste que aparecer en mi vida? —dijo en voz alta. Eso hizo que las lágrimas aparecieran de nuevo. Tenía una presión en el pecho que le impedía respirar. Escuchar su nombre de nuevo era como perderlo una vez más. No podía soportar la idea de volver a pasar por aquello.

El paisaje se nubló ante sus ojos. Se humedeció los labios y respiró profundamente.

«Deja de llorar, Telma», se ordenó a sí misma.

Giró con determinación el volante y estuvo a punto de colisionar con dos coches que circulaban en el carril opuesto al suyo.

«Si sigues así, vas a tener un accidente», se dijo.

Pero no pudo evitar que la mirada se le nublase de nuevo, porque sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Pisó el freno cuando llegó a la cala. Intentó serenarse, dejó caer la cabeza sobre el volante y se concentró en respirar.

—Tranquilízate.

Pero su corazón la ignoró. Acarició el volante con los dedos mientras intentaba recomponerse. Eric la había hecho añicos.

El destino le había vapuleado una vez más. Decidió que era el momento de salir del coche, no deseaba ser pillada *in fraganti* por ningún turista. El mar, en el mes de noviembre, estaba agitado. El aire frío la recibió

nada más posar un pie en el suelo.

Cerró la puerta y guardó las llaves en el bolso. Se arrebujó en su chaqueta y cabizbaja puso rumbo a la cabaña. Necesitaba recomponer de nuevo sus pensamientos y no tomar decisiones precipitadas que más tarde podría lamentar. Por algún motivo, levantó la mirada y divisó a un hombre.

El estómago le dio un vuelco. Ese día se había recogido el pelo y su coleta se balanceó en el aire cuando sus pasos se volvieron más apresurados.

Sus ojos se encontraron y ella no supo que decir.

—Hola, Telma.

Ella se apretó el vientre con la mano, quizá porque el estómago se le encogió de nuevo y le produjo un espasmo, que estuvo a punto de hacer que vomitara.

Sacó fuerzas de flaqueza para preguntar:

—¿Qué haces aquí, Víctor?

CAPÍTULO 20

Eric pestañeó, tras mantener fija la mirada en la pantalla de su ordenador. Sus ojos podían estar ahí pegados, pero su mente estaba a muchos kilómetros de París. Se recostó en el asiento y, con aire pensativo, se acarició el lóbulo de la oreja. La conversación con Morgane solo había servido para una cosa, para complicarle más la existencia y permitir que todos los fantasmas del pasado reaparecieran con más fuerza en su vida.

Recordó haber leído en alguna parte que el ser humano, en muchas ocasiones, fabricaba sus propios recuerdos falsos, según los entendidos en la materia, que era una manera de sobrevivir. Empezó a fruncir el ceño poco a poco, hasta que se le arrugó la frente por completo.

Toda su vida había creído que su padre era el enemigo al que debía batir; sin embargo, según Morgane, no era así. Era un hombre que se preocupaba por sus hijos, aunque su trabajo le impidiese compartir horas con ellos. Conocía los oscuros secretos de su esposa, pero no tomó ninguna decisión porque creyó que estarían mejor con ella que sin nadie en su día a día. Olivia Dufort, aunque asistía con asiduidad a las fiestas y era algo frívola, a su modo también había ejercido de madre.

Al parecer sus recuerdos eran selectivos. La pregunta era por qué.

Ahora en la piel de su padre comprendía que no podía culparle por todo. Él, como adolescente, había tenido su parte de responsabilidad, pero jamás había querido asumirla, al menos hasta aquel momento. Su padre estaba al tanto y por eso actuó en consecuencia. La vida sin ellos se había tornado espantosa. Dejó caer la mano hasta la mesa y repasó mentalmente algunos recuerdos más.

Quizá, después de todo, Morgane tuviera razón y él era el que había estado equivocado todos estos años.

En ese momento la puerta se abrió.

—Tengo lo que me pediste.

La voz de su nuevo compañero le hizo regresar al mundo real. Jerome Martel era un tipo inteligente. Más bajo de la media, rondaba los cuarenta, y tenía muchas ganas de ascender en la escala de mando. Le gustaba vestir de traje y corbata, algo que él odiaba. En el transcurso del último mes había llegado a la conclusión de que en el fondo era un tío legal y en el que se podía confiar. No era Arnaud, pero le recordaba mucho a él.

—Dame, lo necesito leer antes del almuerzo.

Jerome se acercó y no pudo evitar fijarse en la imagen que proyectaba la pantalla de Eric.

—¿Qué es eso? —preguntó, a la vez que ladeaba la cabeza—. Parece una iglesia.

Eric no se molestó ni en desviar la mirada a la pantalla. Se frotó los ojos antes de abrir la carpeta que Jerome le acababa de entregar. Sin más, comenzó a leerlo.

—Es una iglesia antigua, ¿no?

Eric, con la mirada pegada en los papeles, soltó un pequeño bufido.

—Es una colegiata del siglo XII.

Jerome arqueó ambas cejas sin despegar los ojos de la pantalla.

—¿Desde cuándo te interesa el estilo románico?

—Supongo que no desde hace mucho tiempo —fue la escueta respuesta de Eric.

Jerome no se dio por vencido.

—¿Qué pasa, Eric?

El bufido de Eric fue en esa ocasión más fuerte, lo que leyó lo desinfló

por completo. Cerró el informe y lo dejó caer sobre la mesa.

—Telma ha rechazado la casa.

Jerome rodeó la mesa y se sentó en uno de los sillones, frente a Eric.

—¿Conoces a la mujer del informe?

Eric sopesó la respuesta antes de hablar.

—Sí — La imagen de Telma surgió de repente en su mente—. Es la mujer que me salvó la vida cuando caí al mar. Estuve varios días con ella en la cabaña hasta que mis heridas me permitieron andar.

Jerome no se lo podía creer. Había oído hablar de esa historia en los pasillos, pero siempre había creído que era fruto de la imaginación desbordante de algunos de sus compañeros.

—¿Eras tú?

Eric asintió.

—Joder, tío.

—Sí, joder —repitió Eric—. La vida siempre es más complicada de lo que suponemos.

Jerome cruzó las piernas y observó fijamente a su compañero. Quizá sus heridas físicas estuviesen cicatrizadas, pero saltaba a la vista que las psíquicas no lo estaban.

—¿Estuviste en esa iglesia con ella?

Eric se ahorró el detalle de corregir a Jerome y decirle que no se trataba de una iglesia cualquiera. Recordó la noche en la que Telma le llevó a Santillana del Mar y le hizo de guía. Fue una noche mágica, algo indescriptible. Deseó regresar a ese momento para verla sonreír, para tocarla, apreciar el brillo de sus ojos, o para besarla y perderse para siempre en su boca.

—Deduzco que surgió algo entre vosotros.

Eric dudó en aclarar la duda, pero al fin lo hizo.

—Así es.

—Entiendo. Parece complicado.

—Supongo que estás en lo cierto.

Jerome le miró con cierta cautela.

—¿Esa es la razón por la cual has pedido un informe detallado de ella?

—Solo quiero saber que todo la va bien —se justificó, a sabiendas de que no era toda la verdad—. Me preocupo por su seguridad, eso es todo.

—Ya.

Jerome se levantó en ese mismo instante de su asiento.

—Creo que deberías leer el informe despacio —le sugirió—. Quizá lo que encuentres en él te haga preocuparte más de la cuenta.

—¿A qué te refieres? —preguntó, confuso.

Jerome, ya en la puerta, chasqueó la lengua.

—Solo digo que no me gustaría estar en tu lugar.

Salió y cerró la puerta tras de sí.

Eric dirigió toda su atención al informe, lo cogió y lo abrió. Empezó por la última página y al leer el nombre «Víctor» la sangre se le congeló en las venas.

¡Mierda! —exclamó de mala gana. Hizo volar el informe por encima de su cabeza.

La había perdido y lo peor de todo es que se lo tenía bien merecido.

Cerró su portátil y se compadeció de sí mismo, porque nadie lo haría por él.

Eres el mayor idiota que pisa la faz de la Tierra —dijo con ganas de estampar su puño en la cara del hombre que ahora estaba con Telma.

Salió de su despacho y raudo se dirigió al de Berger. Cuando llegó, no se molestó en llamar, abrió directamente la puerta.

—¿Se puede saber lo que ocurre, Dufort? ¿Nadie le ha enseñado a

llamar a la puerta?

Eric ignoró la puya. Entró con resolución y decidido.

—Hablemos de ese ascenso.

Escuchó el portazo tras él, pero lo ignoró de forma deliberada, tenía otras cosas más importantes de las que preocuparse.

Telma retiró la cafetera del fuego. Noviembre estaba siendo un mes frío y ya había caído la primera nevada del otoño a finales de octubre, lo que significaba que los siguientes meses iban a ser grises y muy húmedos por aquellos lares.

Se dio la vuelta y se encontró con la mirada impasible de Víctor. Si él hubiese llegado antes que Eric, ella ahora estaría dando saltos de alegría y sus esperanzas renovadas.

—No puedes estar hablando en serio, Telma.

Incómoda, Telma buscó algo que decir.

—Solo digo que dejar a tu mujer y a tus hijos no es una buena idea, eso es todo —Sacó del armario dos tazas y las llevó hasta la mesa—. Han pasado muchas cosas desde la última vez que nos vimos.

—¿Qué tipo de cosas? —quiso saber él.

Ella lo observó. Seguía siendo un hombre muy atractivo, y reconoció todas las cualidades que habían hecho que se fijara en él. Tenía una personalidad arrolladora, eso fue uno de los puntos clave que le llevó a rendirse a sus brazos. Sus ojos no eran demasiado grandes, pero sí le daban carácter y autoridad. Era tan alto como Eric, pero menos musculoso. Si algo tenía claro, en ese momento, es que ya no sentía nada por él.

Sirvió el café con aire ausente. Colocó el azucarero y las servilletas

sobre la mesa. Su madre le había enseñado a ser una buena anfitriona.

—Lo siento, de haber sabido que venías podía haber hecho un bizcocho —dejó caer—. Habrá que conformarse con unas galletas.

Él pareció no dar importancia ni al bizcocho ni a las galletas. Toda su atención estaba puesta en ella.

—¿Qué tipo de cosas, Telma? —insistió él—. No me puedo creer que unos meses hayan cambiado tus sentimientos hacia mí.

Ella se sentó frente a él. No le había hablado de Eric, Víctor no tenía por qué saber de su existencia. Ella deseó que fuera un recuerdo solo suyo y de nadie más.

Mientras soplabla el café, no pudo evitar imaginarse a Eric sentado en el mismo lugar donde se encontraba ahora Víctor. Ese pensamiento hizo que se le encogiera el estómago. Le echaba más de menos de lo que quería reconocer. Añadió un par de cucharaditas de azúcar al café y lo revolvió lentamente.

Víctor soltó una maldición, se puso de pie y dio unos pasos. Estaba demasiado inquieto y enfadado para permanecer sentado.

—Te estoy diciendo que estoy dispuesto a dejarlo todo por ti.

Ella tomó un sorbo de café.

—Y yo te digo que ya es demasiado tarde, que regreses junto a tu familia —le dijo sin dejar de observarle por el borde curvo de la taza—. Te lo supliqué e hiciste oídos sordos a mi ruego.

—No es tan sencillo, Telma —Levantó ambos brazos y los dejó caer con frustración—. Mis hijos son importantes para mí.

Telma dejó la taza sobre la mesa.

—Y así debe ser. Yo no hubiera permitido que te alejaras de tus hijos. Si lo has pensado en algún momento es que no me conoces bien —Se recostó en la silla e hizo una pausa—. Necesitaba que me eligieras como mujer, ¿lo comprendes?, que apostases por nuestra relación en ese momento.

Víctor se detuvo, frunció el ceño y apretó los labios antes de hablar.

—Te elijo ahora. ¿Qué diferencia hay?

«Eric», pensó ella.

Víctor clavó los ojos en ella.

—Dime, Telma —le instó—, ¿he conducido cuatro horas para decirte que te quiero, que deseo compartir mi vida contigo para volverme a Madrid con las manos vacías?

Ella sintió que se le partía el corazón.

—He conocido a otro hombre —reconoció. Hasta ella misma se sorprendió cuando se escuchó.

Víctor la miró con fría indiferencia.

—¿En serio? —preguntó, sin creerse ni una sola palabra.

Ella cerró los ojos y se ordenó serenarse. Cuando los abrió se encontró ante un hombre enfadado y confundido. Se armó de valor.

—Víctor, quiero hacerte una pregunta.

Él apoyó el peso sobre un pie y alzó las manos en alto para dejarlas caer un segundo después. Era un claro gesto de impaciencia.

—¿Ya le has dicho a Bárbara que la dejas?

Las cejas de Víctor se unieron en un movimiento molesto. Exhaló una buena parte del aire que contenían sus pulmones.

—No.

Algo terminó de romperse dentro de Telma. Intentó aparentar seguridad, aunque en el fondo de su ser estaba temblando. Se levantó de la silla e intentó sonreír, aunque el gesto quedó solo en un conato.

—Ahí lo tienes —comenzó a decir—. No dejas algo hasta que tienes asegurado lo otro. Me prometes que la dejarás, pero en el fondo de tu ser sabes que no lo harás, no te atreverás a hacerlo.

Víctor, ante la evidencia, dejó caer la cabeza.

—He tardado en darme cuenta —continuó Telma—, pero lo que había entre nosotros solo era sexo, nada más. Quizá no nos diéramos cuenta en el momento, pero los sentimientos siempre los dejamos a un lado. No te estoy culpando —aclaró—. No te estoy responsabilizando a ti solo de nuestra relación.

Él levantó la cabeza y se limitó a mirarla.

—No puedo creer que pienses así. Sabes que hay algo más, yo lo siento.

—Yo no, Víctor —respondió con las lágrimas brillando ya en las pestañas.

Él, sin saber muy bien cómo actuar, colocó los brazos en jarras.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Varias emociones se agarraban a su garganta, entre ellas la desilusión.

—Porque he conocido el verdadero amor y sé cómo actúa.

Víctor no supo qué decir. Dejó caer los brazos y se acercó despacio a Telma.

—No puedes estar hablando en serio —instó.

Ella solo pudo asentir.

—No he hablado más en serio en toda mi vida. Lo siento —consiguió decir antes de que las palabras se le agarrotasen en la garganta.

—Telma, necesito que recapacites. Tenemos un futuro juntos y tú te niegas a admitirlo —insistió él, a sabiendas de que las esperanzas iban disminuyendo a una velocidad pasmosa—. Te quiero.

Víctor la agarró por los hombros y se acercó con cautela. La miró a los ojos durante una fracción de segundo y luego se inclinó con la única intención de besarla.

Telma, al ver las intenciones de él, se apartó con celeridad.

—Lo nuestro se acabó, Víctor —adujo, temblando—. Lo que

tuviéramos se acabó. Lo mejor será que te vayas.

Él, sorprendido por la reacción de ella, se apartó y tomó cierta distancia.

Telma no pudo evitar fijarse en los movimientos gráciles y estudiados de Víctor, nada que ver con los de Eric, bruscos e improvisados.

—No me lo puedo creer —Se pinchó el puente de la nariz con el pulgar y el índice. Asimilar todo aquello le estaba costando una barbaridad—. ¿Dónde está él ahora?

—Eso no es de tu incumbencia.

Víctor levantó la cabeza como un resorte.

—Intentas decirme que no estás con él.

El corazón le latió con más fuerza.

—No intento decirte nada.

—Telma, escucha...

—Quiero que te vayas, Víctor —apuntó demasiado nerviosa. La voz se le quebró y ella se increpó por ello.

Él no se dio por vencido.

—¿Te das cuenta dónde vives? —Observó a su alrededor y echó un cálculo—. Son apenas treinta metros cuadrados.

Ella se armó de valor, reconocía cuando le presentaban batalla.

—No te incumbe —apuntó, a duras penas.

Víctor no se amilanó.

—¿Qué va a ser de ti? No puedes retomar la danza donde lo dejaste, no terminaste la carrera de Enfermería —contraatacó—. ¿No te das cuenta de que no tienes nada a lo que aferrarte?

Aquellas palabras le dolieron tanto que pensó que no podría mantenerse en pie más tiempo. Se llevó la mano al estómago e intentó sobreponerse en pocos segundos, porque no estaba dispuesta a recibir más

golpes contra su ego. Se le aceleró el pulso y su rabia brotó.

—¡Quiero que te largues ya! —vociferó—. ¡Ahora, Víctor! —le ordenó—. No te quiero volver a ver más, ¿lo entiendes? Te quiero fuera de mi vida.

Él buscó una réplica, pero no le dio tiempo porque Telma ya se encontraba al lado de la puerta, con el pomo en la mano.

—Vete y no regreses más a mí —Abrió la puerta y se encaró con el viento frío del norte, pero no le importó porque la fría ráfaga hizo que se sintiera viva.

La boca del hombre se convirtió en un gesto desdeñoso.

—Siempre has sido y serás una perdedora, Telma —rezongó—. Volverás a mí. Siempre lo haces, ¿recuerdas?

Ella cerró los ojos y se tragó la bilis.

Víctor pasó a su lado.

—Hasta pronto —se despidió, sin tan siquiera mirarla.

Telma cerró la puerta con toda su fuerza. La cabaña tembló, pero ella lo ignoró. Las lágrimas que ahogaban su garganta no se hicieron esperar.

«Vaya día de mierda», se dijo, mientras se dejaba caer en una de las sillas.

CAPÍTULO 21

Telma, antes de cerrar la maleta, se aseguró de no haber olvidado nada. Una vez comprobado su equipaje, agarró la lengüeta de la cremallera y tiró de ella hasta cerrarla por completo. Después la depositó en el suelo. Miró a su alrededor y suspiró. La nostalgia se apoderó de ella, no obstante, no iba a derramar una sola lágrima más.

Algunas batallas, a pesar de luchar con todas tus fuerzas, había que darlas por perdidas.

En parte, Víctor tenía razón. Siempre había actuado como una perdedora. Quizá su destino no era ser bailarina ni enfermera, pero había llegado el momento de descubrirlo, y no sería en España sino en Bélgica. Su madre y su hermana habían ganado ese asalto y a ella no le quedaba otra opción. A lo mejor ese paso no la llevaría a ninguna parte, pero la sacaría de donde estaba.

Se retiró un mechón de pelo de detrás de la oreja y pensó en lo duras que habían sido aquellas últimas semanas. Víctor no había vuelto a llamarla por teléfono, y de eso hacía ya siete largos días. Claro que tampoco esperaba que volviese a ponerse en contacto con ella, pero siempre queda ese rescoldo de esperanza que tardaba más en apagarse que el resto. Había momentos en los que se desmoronaba y pensaba que había cometido el mayor error de su vida dejándolo marchar; en cambio, en otros se sentía orgullosa de sí misma por haber puesto a Víctor en el lugar que le correspondía. No había sido fácil, ni lo estaba siendo.

¿Qué impresión daba a los hombres que todos ellos jugaban con sus sentimientos? Se juró a sí misma por enésima vez que no volvería a ocurrir.

Esperaba de corazón que pudiese mantener su promesa.

Arrastró la maleta tras ella, abrió la puerta y la dejó allí, en el pequeño porche. El viento del norte, como de costumbre, la recibió y la abrazó. Hacía un frío de mil demonios. Cogió del perchero su abrigo y salió al exterior.

Los primeros copos de nieve hicieron su aparición. Volvía a nevar a nivel del mar, y eso solo podía significar que muchas carreteras estarían intransitables. Lo mejor sería ponerse en marcha lo antes posible para que la noche no la pillase camino al aeropuerto. Cuando lo iba a hacer, las olas aclamaron su presencia. El sonido del mar la arrastró. Parecía tener todas las frecuencias, todas las cadencias que enamoraban al ser humano. El mar Cantábrico nunca guardaba silencio, y mucho menos cuando las olas enfurecidas embestían con ferocidad contra los acantilados.

Adoraba el pulso de su tierra, el ritmo que marcaba su vida. Se arrebujo en su abrigo y observó el espacio abierto del horizonte, una enorme masa de agua ajena a todo y a todos desde el principio de los tiempos. El cielo encapotado con nubes densas y plomizas amenazaban más aguanieve antes de lo previsto. A su derecha, se podían apreciar las inmensas rocas que por el continuo azote de las olas eran ya colosales paredes verticales que parecían querer desafiar a la gravedad.

Aquella era la tierra donde habían nacido sus antepasados, donde habían labrado su presente y su futuro. Sus pensamientos volaron a su infancia y a la cabaña que hoy quedaría vacía y al cuidado de Marina. Los recuerdos se iban entretejiendo los unos con los otros. Lo que dejaba allí no era una simple edificación, sino su hogar. Pensó una vez más en su padre y se preguntó, por enésima vez, si él estaría orgulloso de ella.

Nunca sabría la respuesta.

La brisa revolvió ligeramente su cabello, como si se tratase de una

caricia, una despedida. Con la vista fija en el mar, se emocionó.

Era hora de unirse al mundo y dejar de compadecerse de sí misma.

Varios copos de nieve cayeron al suelo y ella se quedó admirando su perfección, la maravilla de la naturaleza. Con los brazos aún cruzados echó un último vistazo a la ermita. Iba a echar de menos todo aquello.

Se dio la vuelta, con la única intención de volver a la cabaña y recoger su maleta. Fue entonces cuando le vio. Se retiró un mechón de la cara que el viento le había revuelto y comprobó que no fuera una ilusión óptica. Cuando se fijó bien, se le aceleró el pulso: era él.

Eric tenía los puños apretados en el interior de los bolsillos. Llevaba varios minutos observando la figura solitaria de Telma sobre el acantilado. Se la veía triste, nostálgica. No pudo evitar sentirse culpable. Decidió que había llegado el momento que tanto había estado temiendo. Acortó la distancia con pasos no muy largos, como si tuviera la necesidad de que ella se adaptase a su presencia.

Telma entrecerró los ojos, pero no movió ni un solo músculo. Seguía con los brazos cruzados a la altura del pecho y con la mirada más desolada que él hubiese visto jamás. Su aspecto no era el mismo que él había conocido semanas atrás: estaba más delgada y las oscuras sombras bajo sus ojos eran señal de que no había descansado lo suficiente. Después de todo, él quizá no fuera el hombre que ella necesitaba.

—Hola, Telma —saludó al llegar a su altura.

Ella le lanzó una mirada directa, cargada de recelo. Enderezó los hombros, como si estuviese a punto de entrar en batalla. Debía reconocer que tenía buen aspecto, incluso más atractivo. No quedaba rastro de la cojera, ni señales de las heridas que ella había curado. En ese momento se sintió más ajena a él, y eso le molestó y le entristeció al mismo tiempo.

—¿Qué haces aquí, Eric?

Él, en un esfuerzo por liberar la tensión, sacó las manos de los bolsillos y se pasó una de ellas por la nuca. Decidió ser sincero con ella.

—Llevo semanas viviendo una vida desastrosa, no me siento feliz — Su mirada se perdió en la distancia. Se sentía más vulnerable que nunca—. Necesitaba verte de nuevo.

Telma miró hacia el cielo con un gesto de cansancio.

—Voy a fingir que no he oído nada.

Eric ya sabía que Telma no se lo iba a poner fácil, pero aun así decidió intentarlo. Al fin y al cabo, ya lo había perdido todo.

—Para mí tampoco ha sido fácil.

Telma cerró los ojos para detener las lágrimas, no podía más.

—Enhorabuena por la detención de Ulloa. ¿Te han dado una medalla por ello? —preguntó irónica, con rabia.

Él soltó el aliento de golpe con un gesto de impaciencia.

—Una medalla, no, pero sí un ascenso.

La sensual boca de Telma se convirtió en una dura línea de desagrado.

—Felicidades entonces por tu ascenso.

Él ignoró de forma deliberada el sarcasmo. No quería ni deseaba entrar en el juego; si lo hacía ambos perderían.

—¿Te vas? —inquirió, sin poder evitar que la mirada recayera sobre la maleta que descansaba en el porche. No esperó ninguna respuesta, puesto que era una pregunta retórica—. ¿A Madrid?

El silencio fue interrumpido solo por el ruido de las olas y el graznido de algunas gaviotas curiosas que sobrevolaron sobre sus cabezas.

—¿Qué te hace pensar que regreso a Madrid?

Él, visiblemente incómodo, giró la cabeza hacia los acantilados.

—No lo sé, solo es una suposición.

Ella no lo sacó de su error.

—Donde vaya ya no es problema tuyo.

Los bonitos y oscuros ojos de Telma buscaron los suyos. Él sintió que había perdido más de lo que imaginaba.

—Tienes razón, lamento la pregunta.

Ella volvió a mirar al frente y su mirada se perdió en el horizonte, pero el resto de los sentidos estaban pendientes de él. Lo que más deseaba era abrazarlo, pero no, debía protegerse de sus propios sentimientos y de él. Se encontraba malherida y otra decepción la hundiría para siempre en un pozo sin fondo.

—He venido porque quizás quieras escuchar mi versión.

Ella se envolvió con más fuerza. Desoyó esa voz que le suplicaba que le diese otra oportunidad. También ignoró las mariposas que rebotaban contra las paredes de su estómago.

—Tengo que irme, Eric —comenzó a decir con la única intención de volver a la cabaña para recoger su maleta—. Ya me diste tu versión el día que decidiste marcharte y dejarme aquí, sola —Intentó llenar los pulmones de aire, pero no lo consiguió—. En su momento, me sentí abandonada y a ti no pareció importarte.

Él ya esperaba una respuesta parecida, no le pilló de sorpresa. Colocó una mano sobre el antebrazo de ella y la atrajo hacia sí. Ella no le rehuyó y él lo agradeció.

—Cometí un error —le confesó. Hizo un mohín despectivo con la boca—. Al parecer soy propenso a cometer errores —Se centró en lo próximo que quería decir. Tragó saliva y continuó—: Si algo he sacado en conclusión de todo esto es que no estoy preparado para perderte, Telma.

Eric le dio un apretón cariñoso, con el único propósito de llamar su atención.

—He tardado en comprenderlo, me ha costado lo mío, pero al final lo

he hecho —prosiguió—. He llegado a la conclusión de que lo que da sentido a nuestras vidas son las personas que nos quieren, que comparten nuestras penas y alegrías sin pedir nada a cambio.

Había parado de nevar, pero las olas, unidas al fuerte viento, seguían golpeando de forma incesante contra el acantilado, como si quisieran reclamar su atención. Telma tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no caer rendida en los brazos de él. Se armó de valor y levantó la barbilla, tratando de controlar el temblor que tenía en los labios.

—Lo siento, Telma, de verdad que lo siento —quiso ser sincero—. No busco tu perdón, solo quiero que sepas que vivir sin ti está siendo el peor de los castigos.

Eric dio gracias de que no hubiera señales de Víctor por la zona; la última información que había tenido era que él había estado allí, pero poco más.

Reconoció estar hambriento de ella y el deseo se adueñó de él, pero decidió no dar ningún paso en falso. Se jugaba demasiado y tenía la impresión de que no llevaba ventaja.

Ella se deshizo de la unión y la mano de él cayó.

—Estoy de acuerdo contigo, Eric. Vivir sin ti ha sido una condena, pero, si te soy sincera —tomó aire antes de seguir hablando—, estoy cansada y necesito pasar página.

Eric recibió el golpe con humildad; no había duda de que en los ojos oscuros de ella se reflejaba pesar.

—Está bien. ¿Es tu última palabra? —Volvió a introducir las manos en los bolsillos. La necesidad de acariciarla le estaba volviendo loco.

—No quiero ni puedo volver a perderme —Telma no podía apartar los ojos de él—. Espero que lo puedas comprender. Si no es hoy, estoy segura de que lo harás en un futuro.

—Sé que te hice mucho daño, lo entendí nada más llegar a París y enfrentarme con la realidad —Volvió a posar su mirada en ella y comprendió que el momento peligroso aún no había pasado—. Soy consciente de que te estoy pidiendo demasiado.

No hubo ninguna respuesta por parte de ella y eso desquició a Eric. Hundió los hombros, como el hombre derrotado que era.

—Si has tomado una decisión, no me interpondré en tu camino — Frustrado, sacó las manos de los bolsillos y se las pasó por el pelo—. No me imagino viviendo sin ti, pero lo intentaré si no me queda otra opción. Te amo y quiero lo mejor para ti, Telma. Es lo único que puedo decir en mi defensa.

Soltó un improperio y maldijo mil veces, en silencio, al cabrón de Víctor. Imaginarla con él iba a ser peor que una cadena perpetua, pero se lo tenía más que merecido por estúpido.

De la garganta de ella salió un quejido estrangulado. Escondió la cara entre sus manos.

—No lo entiendes, ¿verdad? —preguntó, dejando caer las manos—. He mentido a mis amigas y a mi familia por ti.

Él tragó saliva con dificultad.

—Lo siento —fue todo lo que pudo decir.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Lo sientes? —Vociferó tan fuerte que algunas de las gaviotas, que sobrevolaban sobre ellos salieron espantadas—. Lo que ocurre es que no entiendes lo que sucede —Sintió que los últimos pedazos que quedaban en ella se rompían de nuevo y que la dejaban vacía—. Todos, por una razón u otra, me abandonáis.

Sacó fuerzas de donde no tenía y echó a correr con lágrimas en los ojos, pero él la atrapó al vuelo. La intentó envolver en sus brazos, pero ella se resistió.

—Un momento, ¿qué quieres decir con que todos te abandonamos? — No podía apartar los ojos de ella. Telma dejó de ofrecer resistencia y pareció rendirse—. ¿Qué intentas decirme? Mírame, Telma —instó, intentando no perder los nervios ni levantar el tono de voz.

Telma procuró mantener a raya las lágrimas, pero no lo consiguió. Hundió los hombros y se zafó de la mano de Eric.

—Mis abuelos, mi padre —dijo entre lágrimas—, mi hermana, mi madre... —sintió que se ahogaba y tuvo que recurrir a todo su control para no derrumbarse—. Víctor y, luego, tú. Todos desaparecéis en algún momento puntual de mi vida y dejáis esa huella imborrable en mí.

Dejó caer la cabeza y comenzó a llorar.

—¡Todos me abandonáis! —dijo entre sollozos, hipando.

Eric comprobó que Telma estaba rota de dolor. Se acercó con cautela y la sujetó con suavidad por los antebrazos.

—Telma, he vuelto —Deslizó los dedos por sus antebrazos—. Cometí uno de los mayores errores de mi vida, no te lo voy a negar, pero ahora estoy aquí, contigo — Miró en dirección a la maleta—. ¿No regresas a Madrid?

Ella no podía dejar de llorar. Negó con la cabeza.

La atrajo despacio hacia sí y cuando ella enterró el rostro en su pecho el alivio de él fue inmenso. Apretó su mejilla en su cabeza.

—¿Puedo saber a dónde vas? —preguntó con suavidad.

Ella trató en vano de que no le temblara la voz. Entre los brazos de él se sentía segura y protegida, y no deseaba sentirse así.

—A Bélgica.

—¿Con tu madre y tu hermana?

—Sí.

Su respuesta fue solo un susurro. Él intentó asimilar aquella información mientras la abrazaba y le acariciaba el pelo.

—Pensé que volvías con Víctor.

Ella, antes de responder, respiró el aroma que él desprendía. ¡Dios, cuánto le había echado de menos!

—Pensaste mal.

El alivio fue instantáneo. Había conseguido el ascenso con la única intención de llevar una vida más confortable, menos arriesgada y más segura que ofrecerle a Telma. Pasaría el resto de su vida laboral de despacho en despacho, pero no le importaba. Todo lo que necesita lo tenía allí, entre sus brazos. La estrechó con fuerza contra su pecho y luego le besó el pelo.

—Puede resultar un poco presuntuoso por mi parte, pero... ¿te gustaría visitar París?

Ella se deshizo del abrazo y retrocedió tres pasos para verlo mejor. Había dejado de llorar y eso le daba cierta confianza en sí misma.

—¿París?

—Sí.

Los labios de ella se apretaron en una línea muy fina.

—Si algo tengo claro es que yo tampoco puedo más, no puedo vivir sin ti —dijo en un tono inseguro—. Seguramente no soy el mejor hombre que puedas encontrar, pero te prometo que seré un marido cariñoso, fiel y que te amaré todos los días de mi vida.

Ella lo observaba, de pie, muy quieta, sin saber cómo gestionar la situación.

—Una vez me salvaste la vida. Hazlo de nuevo, Telma —le rogó—. No hace falta que me des una respuesta ahora, puedes tomarte tu tiempo —La miró con fijeza mientras esperaba algún gesto por parte de ella.

—Lo de alquilar una casa fue una estupidez.

Él alzó los hombros y los dejó caer.

—Estoy de acuerdo, pero no me lo tomes en cuenta, por favor.

Ella le devolvió la mirada con sus enormes ojos color chocolate y se mordió el labio superior, indecisa.

Él metió la mano en uno de los bolsillos de su parka y sacó una pequeña caja de terciopelo. Hincó la rodilla en el suelo y la miró a los ojos. Telma lo miró sorprendida, pero debía arriesgarse. Sería todo o nada.

—No quiero pasar el resto de mis días sin ti...

Ella dejó escapar, poco a poco, su respiración contenida. Sonrió por primera vez, a pesar de los nervios.

—Telma, quiero pasar el resto de mi vida demostrándote que te quiero.

Ella observó la alianza, era preciosa y adornada con un increíble brillante. El sueño de cualquier mujer. De pronto, como si se tratase de una postal, comenzaron a caer copos de nieve.

Allí estaba todo lo que quería. Allí estaba el hombre que el mar le había entregado con un único propósito, ser feliz. Sería una tonta si le rechazaba porque, aunque se lo negase una y otra vez, debía admitir que estaba enamorada.

No iba a decir que no a ser feliz; así que asintió, nerviosa.

Una leve arruga asomó entre los ojos de él. Apretó la mandíbula y tragó saliva, intranquilo.

—¿Eso es un sí? —preguntó dudoso, y al mismo angustiado.

Ella ahogó un sollozo.

—Sí, quiero —dijo, al fin.

Eric se sintió aliviado. La presión que tenía en el pecho desapareció y dio paso a una felicidad infinita. Se incorporó, la atrajo hacia él y la besó con urgencia, con esa necesidad contenida. Se perdieron en un beso interminable y húmedo.

Cuando se apartó, ella tenía los labios rojos al contacto con su boca.

—No te volveré a fallar, Telma.

Ella se arañó el labio inferior con los dientes.

—No permitiré que lo hagas.

A él se le dibujó una sonrisa tenue y provocativa.

—No lo dudo.

El mar Cantábrico rugió con fuerza. No necesitaban más testigos.

FIN

EPÍLOGO

París.

Un año y un mes más tarde.

Telma cruzó la estancia lo más rápida que pudo. El pequeño Adrien estaba intentando encaramarse en el árbol de Navidad con la única intención de coger una de las bolas decorativas. Llegó justo a tiempo de que el niño no perdiese el equilibrio y el inmenso abeto cayese sobre él. Bastián, a su lado, observaba a su hermano gemelo expectante y con los ojos brillantes.

—Ni se te ocurra —le advirtió Telma—. Es peligroso.

El pequeño Bastián la miró sorprendido y desilusionado al mismo tiempo. Dejó a Adrien en el suelo, junto a su hermano, y Telma, por fin, respiró tranquila.

Morgane, su cuñada, rio a su espalda.

—Cada día se te da mejor.

Telma soltó un soplo de alivio. Hablaba francés con cierta soltura y eso le daba una gran seguridad. Su adaptación en París no había sido un camino de rosas, pero Eric siempre se había mostrado muy atento y paciente con ella. La corregía con cariño cuando conjugaba mal un verbo o una expresión se le trababa.

Hacía ya varios meses que trabajaba como profesora en una de las escuelas de *ballet* más importantes de París. Nunca más volvería a subir a un escenario, pero su pasión por la danza seguía ahí, muy dentro de ella. Ahora enseñaba a otros niños y adolescentes a alcanzar su sueño y eso le fascinaba. La recompensa era infinita, más de lo que jamás hubiese podido imaginar. Si

algo tenía claro es que París la había recibido con los brazos abiertos, al igual que la familia de su marido. Sentirse parte de algo tan especial era maravilloso y no podía pedir más a la vida.

—No sé cómo puedes hacerlo —dijo refiriéndose a los gemelos rubios y de ojos azules—. No paran. Son pura energía.

—Es complicado de explicar, pero algún día lo entenderás —dijo Morgane, con una sonrisa en los labios, sin poder apartar la mirada de sus hijos.

Su cuñada había sido clave desde su llegada a París. Se habían convertido en buenas amigas y cómplices, algo que ella agradecía mucho.

Al ver que Telma no decía nada, Morgane se fijó en ella.

—¿Qué ocurre?

Telma abrió mucho los ojos y sonrió de una manera inequívoca.

—No puede ser... —le lanzó una mirada esperanzadora—. ¿Voy a ser tía? —Se llevó la mano al corazón y, acto seguido, dio un pequeño salto de alegría—. Dime que sí, por favor.

Telma asintió con una enorme sonrisa en los labios.

—¿Lo sabe Eric?

Morgane se emocionó.

—No, aún no. Estos días tiene mucho trabajo.

La expresión de su cuñada se relajó.

—Lo entiendo, pero quiero que sepas que nunca había visto a mi hermano así. Está enamorado, Telma. —Le pasó la mano suavemente por el hombro—. Nada es más importante para él que tú. Y ahora ese bebé.

Sabía que Morgane tenía razón, pero Eric y ella nunca habían hablado de niños. Durante este último año se habían limitado a amarse y disfrutar de la vida.

—Deberías decírselo.

—¿Decirme qué?

Ambas dieron un respingo cuando Eric las sorprendió por la espalda, con una botella de champán en la mano.

Morgane sonrió con malicia.

—Niños, vamos con papá.

Eric paseó la mirada primero por su esposa y luego por su hermana.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupado. Dejó la botella de champán sobre una preciosa mesa decorada para la ocasión y se volvió hacia las dos mujeres más importantes de su vida.

—Creo que Jacques me reclama.

Eric arqueó una ceja, que él supiera Jacques no había abierto la boca. Morgane cogió a uno de sus hijos en brazos y al otro de la mano.

—Te quiero —le dijo a su hermano, al pasar a su lado.

Eric la observó, sorprendido y preocupado al mismo tiempo. Centró su mirada en su esposa.

—Me preocupa —dijo, refiriéndose a su hermana—. La última vez que me dijo algo parecido, me acompañaba al altar.

Telma no pudo evitar soltar una burbujeante carcajada.

Se habían hecho la promesa de amor eterno en la Ciudad del Amor y allí habían comenzado su vida juntos; no se arrepentía ni un solo día, ni un solo minuto al lado de Eric. Era feliz, en el más amplio sentido de la palabra.

Se acercó, se puso de puntillas y acarició los labios de su marido con los suyos, como era de esperar, Eric no se conformó, la atrajo hacia él, la envolvió en sus brazos y profundizó en el beso.

—¿Toda va bien? —preguntó cuando terminó de besarla—. Te noto preocupada.

—Creo que todo va de maravilla.

Y era cierto, por primera vez en su vida se sentía liberada. La

culpabilidad tras la muerte de su padre la había diezmado, la había destrozado, en el más amplio sentido de la palabra.

¿Qué habría sucedido si nunca hubiesen discutido? Quizá su padre aún estuviese en este mundo. Era la pregunta que siempre bailaba en su mente, una duda que no la había dejado avanzar. Hasta aquel día.

Eric le había dicho una vez, tras hacer el amor, que las personas queridas no morían nunca, que no se iban para siempre. Lo dijo tan convencido que a ella no le quedó otro remedio que creerle.

—Nos suelen hacer más fuertes y nos muestran el camino que debemos recorrer, en más ocasiones de las que pensamos. Muchas de las señales que nos envían pasan desapercibidas.

Ella supo que Eric, en ese momento, estaba haciendo referencia a su propia historia, a aquel adolescente que se tuvo que convertir en hombre de la noche a la mañana.

—¿En serio? —preguntó Telma, entre la penumbra que reinaba en la habitación.

—Cariño, tu padre no murió por culpa de vuestra discusión, sino porque había llegado su momento. Y nadie puede cambiar eso.

Ella, desnuda en el otro lado de la cama, lo miró con cariño. Llevaban un mes casados y nunca creyó que podría llegar a ser tan feliz. Por alguna razón había creído que su padre le había enviado a Eric, quería pensar eso con todas sus fuerzas.

—Le echo de menos —confesó.

Él se acercó a ella y la besó en la frente.

—De eso se trata, de no olvidarnos nunca de ellos, de hacerles sentir orgullosos allá donde estén —La abrazó—. Él solo quería que fueses feliz, estoy seguro.

—¿Sabes lo que creo? —inquirió ella distraída, mientras repasaba con

la yema del dedo algunas de las cicatrices grabadas en la piel de su marido.

—¿Qué?

—Él te envió. Creo que es la única vez en mi vida que he visto una señal tan clara.

Eric rio de buena gana. La besó en la punta de la nariz.

—Estoy totalmente de acuerdo, señora Dufort —dijo muy cerca de la boca de ella—. Me salvaste de una vida penosa e incierta.

Ya en el presente, Telma hizo un mohín con los labios. El trabajo de Eric no era fácil, y más cuando hacía unos meses que había descubierto al topo. No había sido muy explícito al respecto, pero ella sabía que le había afectado porque la persona que los traicionó era uno de los suyos, un compañero.

Todas las alarmas se conectaron en el cerebro de Eric. Las señales que le enviaba Telma parecían contradictorias y eso le inquietaba.

—¿Estás preocupada porque tu familia venga a pasar las navidades aquí, a casa de mi hermana? Porque si es eso...

—No es eso —le interrumpió—. El hecho de que vengan me hace muy feliz.

Los ojos de Telma lo miraron sin pestañear.

Eric la miró fijamente. Carraspeó nervioso, sin saber muy bien cuál era el paso que debía dar a continuación.

—Entonces, ¿qué ocurre? —inquirió temeroso.

—Tengo una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa? —preguntó—. Doy por hecho que las sorpresas son siempre buenas, ¿no?

—Eso dependerá de tu reacción —Inspiró hondo y se humedeció los labios.

—Cielo, ¿qué ocurre? —Le acarició con el pulgar la mejilla.

Telma paseó el dedo índice por el pecho de su esposo. Conocía bien a Eric y sabía que la preocupación comenzaba a hacer mella sobre él. Iba a soltar una bomba y no tenía ni idea de cómo iba a reaccionar.

—Estoy embarazada.

Eric sintió que el corazón le dejaba de latir. Fue presa de un sinfín de emociones contradictorias, pero finalmente una lenta sonrisa se anidó en sus labios.

—¿Lo dices en serio? —preguntó al fin, tras diez segundos interminables.

Ella asintió con una enorme sonrisa.

—¿Te parece bien?

—¿Qué si me parece bien? —preguntó Eric, ilusionado. Nunca habían hablado de aumentar la familia, pero la noticia en sí, era maravillosa—. Es el mejor regalo que podrías hacerme por Navidad.

Ella sonrió abiertamente.

—¿Tú estás bien? —inquirió inquieto—. No lo habíamos hablado ni planeado, y solo quiero que seas feliz, Telma.

La preocupación de Eric fue en aumento a medida que los segundos se dilataban. Habían tomado precauciones y no tenía ni idea de cómo había podido pasar. Telma se encontraba en un momento boyante, trabajando en la escuela de baile, y él no deseaba que nada cambiase. El hecho de que ella estuviera embarazada complicaba bastante la situación.

—No podría estar más feliz, Eric.

—¿Seguro?

—Van a cambiar un poco las cosas, pero ser madre me hace mucha ilusión.

Él se relajó al oír aquello. Con una sonrisa, apretó los labios contra su cuello.

—Dios, Telma...

—Te quiero, señor Dufort.

Él la abrazó, buscó sus labios y la besó con una necesidad imperiosa. La noticia era el colmo de su felicidad. Reclamó una vez más la boca de su esposa y se perdió en esa sensación de la que nunca se saciaba.

La vida le obsequiaba con un regalo, su propia familia. Colocó una mano sobre el vientre de su mujer y le hizo una promesa al bebé, fruto del amor con Telma. Sería el mejor padre del mundo.

El timbre de la puerta les interrumpió. Le costó una barbaridad dejar de besarla. A continuación, depositó un tenue beso en la punta de la nariz de Telma.

Su familia y sus amigas, Marina y Carla, habían llegado para celebrar la Navidad. Sería la segunda vez tras la boda que volvían a reunirse.

—¿Preparada? —preguntó él, con una sonrisa de oreja a oreja.

—A tu lado, siempre.

NOTA DE LA AUTORA

Cantabria es la tierra que me vio nacer, que me abrazó mientras crecía y que ha sido testigo, como muchos de vosotros, de que mis sueños se hayan hecho realidad.

Quién conozca mi tierruca sabe que es hermosa en todos los sentidos. Sus verdes paisajes son cautivadores, sus costas están bañadas por uno de los mares más hermosos y bravos del planeta y su gastronomía es un placer para el paladar.

Somos gentes reservadas, muy recelosas de lo nuestro y los nuestros, pero que una vez que abrimos los brazos y entregamos el corazón, no lo olvidéis, es para siempre.

Los que ya hayáis estado por aquí, os invito a dar otra vuelta y redescubrir algo más de nuestro arte, de nuestra capilla Sixtina del paleolítico, nuestro folclore, nuestra cultura o monumentos, como nuestras cuatro impresionantes colegiatas del románico que protegemos celosamente y que tan orgullosos nos sentimos de ellas.

Una de esas colegiatas se encuentra en Santillana del Mar, un pueblo medieval que, pasados los siglos, aún conserva su esplendor y su belleza, y que yo os invito a conocer. No os defraudará, os lo aseguro.

Me he tomado la libertad de elegir este enclave para mi novela. Lo que más anhelo es que os parezca acertado y haya estado a la altura. Si no es así, por favor, disculpadme.

Espero y deseo que disfrutéis, tanto como yo, de la historia de Eric y Telma.

Gracias a todos.

Dedicada a todas las personas que me quieren y que me arrancan una sonrisa cada vez que me encuentro con ellas.

Dedicada a todos vosotros.

Yolanda Revuelta

Yolanda Revuelta



Nació un 17 de enero de 1973 en Cantabria.

Cuando la lectura infantil pasó a formar parte de su baúl de recuerdos de pequeña, otro tipo de obras llegaron a sus manos, más acordes con la adolescencia por la que estaba pasando. Así conoció a los protagonistas de *Tempestad Salvaje*, de la autora Johanna Lindsay, donde se perdió entre los rincones del Oeste. Desde ese momento se convirtió en una voraz lectora del tan maravilloso género de la romántica, viajando y compartiendo adorables momentos, sintiendo mayor afinidad por las historias ambientadas donde los ranchos y el sol llenan el campo con sus características.

Y así continuó escribiendo también en la adolescencia, plasmando sus ideas en sus ratos libres, volcando sus pequeñas historias de amor producto, a veces, de sus propias experiencias y sus hormonas revolucionadas por la etapa por la que estaba pasando. Y ya nunca dejó de hacerlo.

Cree fervientemente en el proverbio Un amigo es un tesoro, por lo que disfruta de hablar, reír y divertirse enormemente con los suyos.

Hoy vive su propia historia de amor junto a su esposo, con quien ha tenido a su mayor inspiración, su hija Carla.

La mente de esta autora seguirá deleitándonos con bellas historias, pues en ella el bullicio que los cientos de personajes crean con sus diálogos nunca dejará de sonar.

Su lema Los sueños se cumplen si no los abandonas es el que la acompaña incansablemente, y es el que le da fuerzas en este camino del mundo de las letras.

Otros títulos de la autora:

Preludios del pasado.

Donde me lleven tus sueños.

Y de repente, un extraño.

El país de los vientos fríos

Trilogía Clan MacKinlay:

- Caricias del destino
- Caricias del poder
- Caricias del ayer

Bilogía Skye:

- La sombra de una mentira.
- La promesa de no olvidarte.

Colección Delicatessen:

- Noches en la niebla.
- Alma entre brumas.
- El vuelo de las mariposas.

Me puedes encontrar en;
Instagram, Twitter, google, Facebook
Y en mi página Web;

www.yolandarevuelta.es